



UN
HOMBRE
AL
MANDO

LAURELIN PAIGE



CHIC 

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



UN HOMBRE AL MANDO

Laurelin Paige

1

Traducción de Cristina Riera Carro



Contenido

Portada

Página de créditos

Sobre este libro

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Mensaje de Laurelin Paige

Sobre la autora

Página de créditos

Un hombre al mando

V.1: Septiembre, 2021

Título original: *Man in Charge*

© Laurelin Paige, 2020

© de esta traducción, Cristina Riera Carro, 2021

© de esta edición, Futurbox Project S. L., 2021

Los derechos morales de la autora han sido reconocidos.

Todos los derechos reservados.

Esta edición se ha publicado mediante acuerdo con Bookcase Literary Agency.

Diseño de cubierta: Laurelin Paige

Corrección: Cristina de la Calle

Publicado por Chic Editorial

C/ Aragón, 287, 2º 1ª

08009 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-17972-58-5

THEMA: FRD

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

Un hombre al mando

Los Sebastian son los dueños de la ciudad y su heredero, el hombre al mando

Me colé en una fiesta de lujo haciéndome pasar por otra persona y allí conocí a Scott Sebastian. Es arrogante y tremendamente atractivo, y no dejo de pensar en él. Pero no puedo distraerme: necesito firmar un acuerdo de patrocinio millonario con su empresa antes de que descubra quién soy en realidad. ¿Conseguiré cerrar el trato sin que me rompa el corazón?

Sumérgete en el lujoso mundo de los Sebastian

«Scott Sebastian es la combinación perfecta entre un macho alfa engreído y un *guilty pleasure* muy travieso.»

Jana Aston

Queridos lectores:

Me entusiasma presentaros este nuevo mundo, el de los Sebastian, una familia rica y poderosa que brinda todo un abanico de posibilidades de historias de amor tormentosas con multimillonarios. Espero poder explicaros más sobre ellos en el futuro, esto es solo el principio.

*Un abrazo,
Laurelin*

Capítulo 1

Tenía el brazo levantado y el móvil en la mano mientras buscaba cobertura cuando lo oí. Un maullido leve. El típico sonido de un gatito en apuros.

Agucé el oído y examiné a mi alrededor. Detrás de mí, cuatro estructuras con forma de silo se erigían apiñadas. Abajo, el bar de la azotea bullía de actividad. Enfrente, el Empire State atraía todas las miradas, resplandeciente con los colores del arcoíris (en honor a la manifestación en favor del colectivo LGBTQ, convocada para ese fin de semana), pero el exceso de luces centelleantes de discoteca del local hacía palidecer la atracción turística. Había mucho barullo, una de las razones por las que me había escabullido a la parte más alta del edificio: quería hacer una llamada. El otro motivo que me había empujado a subir a la azotea era que todavía no había conseguido que en mi pantalla apareciera más de una raya de cobertura.

Los maullidos, concluí, debían de proceder de los depósitos, sirvieran para lo que sirvieran. Imaginé que hacían las veces de trastero para guardar objetos mecánicos para el edificio: para el sistema eléctrico, el aire acondicionado y vete a saber qué más. Algún arquitecto de esos de prestigio había decidido, por alguna razón, que unas torres cilíndricas de un tono bronce con tapas que parecían un sombrero cónico asiático eran el mejor modo de hacer que el material industrial quedara más bonito. De verdad, la última moda en diseño de la ciudad de Nueva York escapaba a mi entendimiento. Para mí, tenían una pinta rarísima.

Además, los habían colocado en la parte más alta de un edificio de sesenta plantas, de modo que la probabilidad de que hubiera oído a un gatito extraviado era bastante ínfima.

De todas formas, el ruidito había cesado. Es probable que hubiera sido el chirrido de un generador o que me lo hubiese imaginado. Volví a centrarme en el móvil. Dos rayas si me situaba en esa dirección. Terminé de subir los tres escalones que faltaban para llegar por fin a la planta superior. ¡Tres rayas! Con eso bastaría.

Pero... volví a oír al gatito.

Otra vez. Y otra. Quedaba descartado que fuera algo mecánico. Bajé la mano con la que sostenía el teléfono y empecé a rodear uno de los depósitos. Si no se trataba de un gato (porque tan arriba no podía ser, ¿no?), ¿qué era entonces? ¿Esos ruidos los podían hacer las ratas?

Solo de pensarlo me puse a temblar. Lo cierto es que no tenía ningún motivo para ponerme a buscar de dónde procedía el sonido.

Pero ¿y si era un gatito? Quizá los del bar hípster de abajo tenían uno aquí en la azotea para que mantuviera a raya a los ratones. No era una idea tan descabellada y me empezó a picar la

curiosidad, así que, en contra de lo que me dictaba el instinto, seguí rodeando el segundo depósito.

De pronto, me quedé petrificada.

Aquel ruidito no lo emitía un animal, sino una mujer. Se encontraba a unos cinco metros y apoyaba la espalda en la pared de ladrillos de una chimenea al otro lado de los depósitos. Tenía los ojos cerrados, llevaba un vestido de fiesta remangado por la cadera y los sonidos que emitía eran gemidos de placer, no de sufrimiento. Según parecía, se los estaba provocando el hombre situado delante de ella. En concreto, su mano, que se movía entre sus piernas.

Y ¡uf!, a juzgar por la expresión de la mujer, el hombre sabía lo que hacía.

Retrocedí con sigilo y a toda velocidad mientras rodeaba el depósito y solté el aire despacio. No sabía si echarme a reír o... bueno. ¿Es que qué otra reacción iba a tener, si no? Desde luego, el cosquilleo instantáneo de excitación que se me había despertado entre los muslos no era la respuesta adecuada.

Vamos, que lo mejor era reírse. Me reí en silencio, para no molestar a los «tortolitos».

Sin embargo, cuando el impulso de tomármelo con humor se desvaneció, el cosquilleo seguía ahí. Hacía mucho tiempo desde la última vez que había echado un polvo. La última relación seria que había tenido terminó en verano, y luego busqué un clavo que sacara a otro calvo durante el fin de semana de Halloween, pero, desde entonces, nada... y estábamos a principios de septiembre. ¡Madre mía, pero si ya casi hacía un año! No me extrañaba que sintiera tanta curiosidad por aquel par de desconocidos que se metían mano en un rincón apartado de la juerga en la azotea.

La excitación indirecta era demasiado tentadora. Sin hacer ruido, rodeé el depósito de puntillas con el cuerpo pegado al edificio. Solo quería... echar una miradita.

Guau. Esta segunda vez, la escena era tan sensual como la primera. Más incluso ahora, que la mujer empujaba las caderas hacia la mano de él. La forma en que el hombre le sostenía las manos por encima de la cabeza, el hecho de que no se estuvieran besando, que los únicos puntos de unión entre sus cuerpos fueran la mano de él que le agarraba las muñecas y la otra metida entre sus piernas, constituían un espectáculo obsceno, lisa y llanamente.

Y cuando ella soltó otro gemido, por poco no se me escapó uno a mí también.

Tomé nota mental: «Por lo visto, mirar te pone cachondísima».

Tanto, que había olvidado por completo la razón por la que había subido a la azotea. Tanto, que me palpitaba la entrepierna. Tanto, que ni se me ocurrió esconderme cuando la mujer profirió un último grito ahogado y se estremeció al llegar al orgasmo.

Era evidente que aquel era el preciso instante en que debería haberme ido. Bueno, vale, debería haberme ido antes, pero como no lo había hecho, el momento era ese. Sin embargo, me quedé ahí, pasmada por la actitud indiferente con la que el hombre se sacó un pañuelo de un bolsillo interior del esmoquin y se limpió la mano antes de metérsela en el bolsillo. Ni siquiera se lo ofreció a la mujer.

No fui la única que se dio cuenta. Ella puso mala cara mientras se recolocaba el vestido, pero enseguida recuperó la sonrisa. Se echó la melena castaña por encima del hombro (oscura, pero no tanto como la mía), se acercó a él y le tocó la entrepierna.

—Va, Eden, que tú ya has terminado... —Aunque no alcanzaba a oírlo todo desde mi escondite privilegiado, sí que vi con claridad que él le apartaba la mano.

—Pero tú no —dijo ella entre susurros.

Él la miró fijamente unos segundos. Ojalá hubiera estado de cara a mí para poder ver su expresión. Oye, qué complicado era espiar a gente que no cooperaba.

—No te esfuerces —repuso al final. Una negativa, clara como el agua. No necesité verle el rostro para saberlo—. La única razón por la que he hecho que te corrieras ha sido para que me dejes en paz.

«¡Fua!».

¡Menudo imbécil, el tío!

Bueno, o quizá no. Había que tener en cuenta que, antes de rechazarla, le había provocado lo que, a todas luces, había sido un orgasmo de calidad excepcional. Claro que carecía de la información necesaria para formarme una opinión a partir de lo que había visto. Pero era difícil no figurarme los detalles de la situación mientras observaba la escena como quien come palomitas, y, en mi imaginación, al tipo se le daba tan bien follar como tener los modales de un auténtico imbécil.

La experiencia me había enseñado que ambas características iban de la mano.

Eden se aclaró la garganta, pero parecía que sabía cuándo retirarse:

—Tú te lo pierdes. Sabes perfectamente que te trato muy bien.

—Sí, exacto. Ese es el problema.

Madre mía, menudo cabrón. Era el típico tío que necesitaba poner distancia. El típico que solo se enrollaba contigo una vez y si te he visto no me acuerdo. Recordé que había alquilado el bar de abajo entero, en la azotea, para celebrar una fiesta con invitados de clase alta, y lo calé: un ricachón arrogante que se creía que tenía privilegios. Todo un casanova, vamos. Lo mejor que Eden podía hacer era salir disparada en dirección contraria.

Se le borró la sonrisa. Irguió la espalda y lo fulminó con la mirada.

—Eres un imbécil.

«Ya lo decía yo, Eden».

El casanova se encogió de hombros.

—Ya te lo advertí.

—Me avisaste, pero sabías que, al hacerlo, darías ni más ni menos que la imagen contraria. Mira, ¿sabes qué? Te mereces estar tan amargado.

Parecía que estaba a punto de irse, lo que significaba que yo debía salir por patas, pero vacilé al ver que él alargaba la mano y la agarraba del brazo.

—Espera, Eden.

La expresión de esta se suavizó, aliviada, como si hubiera deseado que él la detuviera. Yo también sabía lo que era albergar esa esperanza. Además, estaba bastante segura de que Eden sabía dónde se metía cuando se había enrollado con este cabrón, pero, aun así, me costaba no empatizar.

Le soltó el brazo y le acarició el rostro. Y, justo cuando creía que el casanova quizá no estaba tan mal, espetó:

—Límpiate antes de bajar. Se te ha corrido el rímel.

Eden se apartó de golpe y, sin mediar palabra, se fue echa una furia.

Una furia que venía derechita hacia mí.

«Mierda».

Salí disparada y rodeé el depósito lo suficiente para que no me viera cuando bajara las escaleras, pero no tanto como para que don imbécil me viera desde el otro lado. Entonces, esperé mientras trataba de oír sus pisadas para saber cuándo podría salir de mi escondite.

Por lo visto, el cabrón caminaba de forma muy silenciosa, porque no se oía ni una mosca. Así que me puse a contar hasta doscientos, solo para estar segura de que había pasado el tiempo suficiente. Y me pasé de los doscientos también, porque perdí la cuenta un par de veces cuando me asaltó una imagen de la escena tan sensual con la que me había encontrado.

Sin duda, en la lista de pendientes debía añadir «echar un polvo». No podía seguir así.

Al fin, asomé la cabeza por donde lo había visto la última vez.

No había nadie. Avancé unos pasos para asegurarme. No estaba en ninguna parte. Suspiré, aliviada.

—¿Buscas a alguien?

Di un bote al oír la voz a mi espalda. Giré sobre los talones y lo vi de pie, entre las sombras, donde había estado escondida hacía tan solo unos segundos.

Era imposible que supiera que yo estaba allí. Imposible. Igual de imposible que que supiera que los había visto. Llegué a esas conclusiones en un instante, de modo que me hice la inocente:

—Me había parecido oír a un animal. Un gatito atrapado. Solo estaba echando un vistazo.

«Bravo, Tess. No has sonado a la defensiva, qué va».

—Un gato. En la azotea de un edificio de sesenta plantas. —No se lo creyó, como era lógico.

—Ya, a mí también me parecía raro. Por eso estaba echando un vistazo.

—Ajá.

Estaba tan nerviosa que me había puesto a sudar. Tenía muy presente que había venido a la fiesta haciéndome pasar por quien no era y, aunque no había ninguna razón para que este tipo lo pusiera en duda, la posibilidad había hecho que me pusiera en guardia.

Pero eso no tenía por qué ser positivo *per se*. Porque debería haber defendido mi versión (era la verdad, al fin y al cabo) y haberme largado. Él seguía entre las sombras, con el rostro oculto en la oscuridad. Tampoco es que fuera a tratar de impedírmelo.

Con todo, esas dos sílabas encerraban una provocación, un reto implícito, y quien me conocía sabía que yo no era de las que salían corriendo ante un desafío.

Di un paso adelante para acercarme.

—¿Ajá? ¿Ajá, qué? ¿Qué quieres decir con eso? ¿No me crees?

Se encogió de hombros con la misma indiferencia que le había demostrado a Eden.

—Ajá solo quiere decir ajá.

—Ah. —Quizá me lo había imaginado. Toda esta odisea había sido un error. ¿Por qué había creído que sería capaz de hacerlo sin perder los papeles? Tal vez era el tipo de persona que no se achicaba ante un desafío, pero tampoco era estúpida, y haber venido a esta fiesta había sido una absoluta insensatez. Además, estaba imaginando conflictos donde no los había—. Bueno, pues... —dije y me di la vuelta para alejarme de ese hombre misterioso.

Del mismo modo que había alargado la mano para detener a Eden, elevó la voz para detenerme a mí.

—¿Sabes? Creo que has venido a echar un vistazo porque has oído algo y luego te has topado con otra cosa. Y en vez de irte..., has preferido quedarte.

Giré sobre mis talones de nuevo.

—No me he... —perdí el hilo de golpe. Había salido de las sombras y ahora, por primera vez, le vi la cara.

Y era impresionante.

Impresionante nivel: te quedabas sin respiración.

Impresionante nivel: braguitas chorreando.

No me extrañaba que Eden se hubiera muerto del gusto con él. Los hombres normales y corrientes no eran así. Este era como un modelo de portada de revista. Si me hubiesen obligado a describirlo, no habría sido capaz de decir qué lo hacía tan atractivo. Todo. La forma en la que encajaban sus rasgos. Los pómulos marcados. La mandíbula cincelada y manifiesta bajo una barba castaña, cuidada y corta. Los ojos... (había demasiada poca luz para identificar el color, pero estaban colocados en el lugar perfecto). Y, aunque su apariencia por detrás se disimulaba bastante, el traje confeccionado a medida que llevaba revelaba lo suficiente de la parte frontal para apreciar que tenía un cuerpo muy bien definido como quien no solo tiene un gimnasio en casa, sino que también se pasa horas en él.

Me sorprendió tanto, me pilló tan desprevenida, que vomité las palabras antes de tener la oportunidad de refrenarlas:

—Ostras, menudo pibón.

La vergüenza me subió por el cuello hasta el rostro. Mi piel olivácea no se sonrojaba con facilidad, pero la sangre todavía se me acumulaba en la cara cada vez que hacía el ridículo. Y acababa de hacer un ridículo monumental. Era imposible arreglarlo.

Mientras me mosqueaba conmigo misma y me moría por el bochorno, él metió cucharada como si nada:

—Justo estaba pensando lo mismo de ti.

Me acababa de tirar los tejos.

Y hacía nada que le había provocado un orgasmo a otra mujer. Pero qué bien lo había calado. Era un donjuán de manual.

Me eché a reír, en parte por los nervios y también porque no me lo podía creer.

—Eh... no. Eso no. No vamos... No. Gracias, pero creo que me voy a ir.

Estaba tan nerviosa que no había acabado de dar la media vuelta cuando me detuvo de nuevo.

—No, espera. Lo siento. No quería pasarme de la raya. Como lo has dicho tú primero, creía que podía responderte en los mismos términos.

Reflexioné unos segundos antes de contestar (algo que sabía que debería hacer más a menudo). Bueno, vale. Había decidido que no era más que un ligón, pero no tenía pruebas de ello. Y luego había sido yo quien le había soltado aquello a un completo desconocido. Sin duda, era yo quien se había pasado de la raya.

—Sí que lo he hecho —admití—. Lo siento, me ha salido solo.

—No hace falta que te disculpes. —Su sonrisa brillaba como el oro. Resultaba hipnótica. Capaz de convencer a muchas mujeres para cometer estupideces con tan solo exhibirla.

Deseé que ese «muchas mujeres» no me incluyera a mí. Pero también era realista, así que me puse en guardia porque lo más probable era que yo también formara parte de dicho grupo.

Y todavía estaba allí parada.

—También se aplica a que te hayas quedado aquí arriba después de presenciar lo que te has

encontrado. —Estaba decidido a obligarme a admitir lo que había visto. Eran meras suposiciones. Solo tanteaba el terreno.

Sin embargo, ¿había alguna razón de peso para negarlo? Sentía curiosidad por saber hacia dónde quería llevar la conversación, de modo que me limité a preguntar:

—¿Y?

—Y eso, combinado con el comentario que has hecho sobre mi físico, me ha dado a entender que esta conversación podría terminar de una forma muy distinta. —Avanzó hacia mí al acecho, como un depredador. Lo juro. Como un depredador.

Qué locura lo sensual que podía resultar un hombre con tan solo dar un par de pasos.

Y una locura todavía mayor era lo mucho que me estaba afectando.

Y, ay, la madre, me había costado unos segundos procesarlo, pero ¿de verdad acababa de soltarme eso?

—Por favor —dije, con un gruñido de irritación que iba tan dirigido a mí como a él—. Solo porque te he pillado en plena faena por casualidad, ¿crees que ahora yo también voy a querer?

—No, claro que no. —Se volvió a encoger de hombros con indiferencia—. Solo porque te hayas quedado mirando...

Otra oleada de sangre me incendió las mejillas. Él había estado de espaldas a mí durante todo el rato. Eden ni siquiera me había visto y era ella quien estaba de cara a mí. ¿Me había equivocado? Quizá en la pared de ladrillo había algo reflectante. Me giré para examinar el lugar donde había estado él. Volví la vista atrás hacia el punto donde había estado yo.

No, para nada. Imposible. No me había visto. Me giré para enfrentarme a él con una sonrisa de satisfacción.

—Es imposible que lo sepas.

Entonces, me devolvió la misma sonrisa, porque acababa de confesar que, en efecto, me había quedado mirando.

—Estaba evaluando si había sido consentido —añadí, en un arranque.

—Claro, te preocupaba la seguridad de otra mujer.

—Exacto. —La mentira me hizo sentir honrada. Como si, en realidad, me hubiera comportado como una heroína en vez de una mirona, motivada por la preocupación de si Eden estaba sufriendo una violación o no.

Su sonrisita de autosuficiencia me decía que no lo engañaba, pero me siguió el juego:

—Espero que hayas llegado a la conclusión de que era consentido.

—Al menos por parte de ella. —Lo dije porque pensé que sería una pulla, pero, al oírlo, me di cuenta de que parecía que estuviera tonteando.

Joder. Quizá sí que tonteaba.

Su expresión reflejaba la misma duda.

—No me he visto obligado a hacer nada que no quisiera. Pero sí, razón no te falta. Estaba un poco distraído. En cambio, tú tienes toda mi atención. —Dudara o no, tenía un descaro impresionante.

Y a mí me encantaban los ligones atractivos y descarados.

Pero enrollarme con uno no formaba parte del plan de esa noche, así que tenía que irme.

—Ah, muy bien —continué, echa un lío y atontada—. Vale. Sí. Me... Bueno. Gracias, pero no. Solo había subido para hacer una llamada, así que voy a ello. —Tuve la sensatez de

largarme, pero fui incluso más sensata al decirle mientras me iba—: Por favor, no me sigas.

Bueno, quizá no había sido la sensatez lo que me había impulsado a echar un último vistazo en su dirección. Quería saber si estaba mirando cómo me iba.

Y, quizá soy una idiota, pero me encantó saber que, efectivamente, lo hacía.

Capítulo 2

Teyana respondió tras el primer tono de llamada.

—Cuéntamelo todo.

Yo seguía con la cabeza perdida entre los depósitos, en ese desconocido tan atractivo y exasperante. Seguramente, debería haberme esperado a que me bajara el sofoco antes de llamar, pero me moría por ponerme al teléfono para que pareciera que estaba haciendo algo, por si se le ocurría seguirme.

No obstante, no había sido el caso y ahora estaba condenada a hacer un esfuerzo por hablar.

Solté algo a medio camino entre un gruñido y un suspiro.

—Todo iría mejor si estuvieras aquí —aseguré, y era la verdad, pero no lo habría expresado como una quejica si hubiese estado centrada. Al instante, traté de suavizar mi comentario—. Quiero decir, sé que no sería lo mejor para ti, pero lo sería para mí, y no trato de hacer que te sientas mal, pero es que me gusta que me acompañe mi amiga.

Joder, qué insensible. Mira que centrarme en cómo me sentía yo y lo mierda que era tener que estar sin ella en vez de preocuparme porque Teyana sí que sufría a nivel físico. Sabía comportarme como una buena amiga para alguien que padecía una enfermedad crónica y agotadora, pero, de vez en cuando, metía la pata hasta el fondo.

—Lo siento —añadí, mientras deseé haber comenzado por ahí.

—Eh, va, no empieces... —Como solía pasar, Tey terminó por consolarme a mí—. Soy muy consciente de que mis brotes no solo son una molestia para mí.

—Pero es que ahí está el problema: que solo para mí son una molestia. Para ti, son algo mucho peor.

—Sí —reconoció—. Son una absoluta mierda. Ojalá pudiera estar contigo, de verdad.

Ese había sido el plan original: venir juntas. De hecho, cuando había visto la invitación entre la correspondencia de mi jefa, mi idea había sido tirarla a la basura y no darle más vueltas, pero Tey me la había quitado de las manos y los ojos se le habían iluminado con un plan.

«La invitación va a nombre de Kendra», le había señalado yo.

«No van a pedir los carnés a los invitados. Pone que hay que llevar la invitación para entrar. Es lo único que necesitamos».

«No tengo nada que ponerme».

«Estás cuidándole la casa a una mujer que posee el mayor fondo de armario que hay más allá

de la Quinta Avenida. Seguro que tiene trajes y vestidos sin estrenar siquiera».

Fue entonces cuando me lo planteé en serio. Kendra nos había prestado ropa a Teyana y a mí millones de veces desde que las tres nos conocimos y nos hicimos amigas cuando cursábamos el máster en la Universidad de Georgetown. Aunque ya no éramos tan íntimas como entonces (convertirse en mi jefa tras la graduación había cambiado las dinámicas de la relación), sin duda me habría prestado algo de haber estado allí.

Claro que, si hubiera estado allí, yo no habría fisgado entre su correspondencia y no habría descubierto que se celebraba esta fiesta.

Tey debió de darse cuenta de que mi conformidad se abría paso: «Anda, Tess. ¿Cuándo volveremos a tener la oportunidad de ir a una fiesta organizada por los Sebastian?».

Los Sebastian pertenecían a la realeza estadounidense. Tenían dinero invertido en todo, desde el acero y el petróleo hasta medios de comunicación y tecnología, de modo que, prácticamente, la ciudad entera les pertenecía. Su apellido figuraba en tantos edificios como el de los Rockefeller, entre los que se contaba el Sebastian Center, la sede principal de la mayor parte de sus negocios en Nueva York.

Y una fiesta con estos fabulosos millonarios como anfitriones resultaba, sin duda, tentadora.

«Kendra no nos invitaría si estuviera aquí», había insistido Tey. «¡Es una oportunidad única en la vida!».

Y como razón no le había faltado en ese sentido, y dado que últimamente estaba un tanto resentida con Kendra, yo había accedido.

Pero entonces, Teyana sufrió un brote que la mandó derechita a la cama y en posición fetal. Solo había aceptado acudir a la fiesta para que ella pudiera vivirla de forma indirecta a través de mí. Hacía tanto tiempo que éramos amigas que era consciente de que, a veces, lo único que podía hacer para aliviar su enfermedad era vivir mi propia vida al máximo. En muchos sentidos, el hecho de que Teyana padeciera esta enfermedad me había impulsado a ir más lejos de lo que habría ido yo sola.

Y eso me hacía sentir incluso más culpable.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté esta vez.

—Mareada, y es como si alguien no dejara de clavarme un cuchillo de sierra entre las costillas. Pero, sobre todo, estoy aburrida, así que distráeme y cuéntame cómo va la fiesta.

—Bueno... —Lo cierto era que apenas había pisado la fiesta. Me había paseado de una punta a la otra de la azotea, había pillado unos cuantos aperitivos exóticos de las bandejas que se paseaban por el local y, por fin, había subido por la escalerilla para buscar cobertura y llamarla.

Sin embargo, esta versión de la noche no iba a distraerla, así que traté de echarle más miga:

—Todo el mundo va muy elegante, por supuesto. Ropa exclusiva, de diseño. De hecho, me da la sensación de que no voy todo lo arreglada que debería, y mira que llevo un Dolce & Gabbana.

—He visto la foto. Encajas a la perfección, te lo aseguro.

Bajé la mirada en dirección a la falda de tul rosado.

—Parezco una bailarina.

—Pareces la primera bailarina del *ballet* de Nueva York, en todo caso, y eres un pibonazo. Y punto. ¿Qué más? Venga, cuenta.

—La música que ponen es como la de la discoteca. Creía que iban a elegir clásicos estilo

Frank Sinatra, pero no, es ritmo a tope. He visto a un par de señores que lo daban todo en la pista y la verdad es que me han dejado impresionada.

—Qué aburrimiento, Tess. ¿Tú también lo has dado todo con ellos? Eso es lo que me interesa saber.

Evidentemente no había pisado la pista de baile. Eso era más propio de Teyana. Yo también sabía pasármelo bien, pero yo era más como la típica chica que se sentaba al frente de la clase y siempre levantaba la mano. Por eso éramos tan buenas amigas y encajábamos tan bien, y por eso me gustaban más las fiestas si me acompañaba ella. No era justo que, de nosotras dos, fuese ella la que estaba enferma cuando era tan extrovertida y yo, tan poco.

No obstante, no quería volver a caer en el pozo de la culpabilidad. ¿Qué más podía contarle? El espectáculo sexual que había presenciado, pero no iba a soltarle lo mejor tan pronto.

—¡No he bailado, pero he comido! La comida es espectacular. Y rara. Ni siquiera sé qué era la mitad de lo que me he llevado a la boca.

—Esa última frase me gustaría mucho más si hiciera referencia a otra cosa que no fuese comida —bromeó.

Vale, quizá sí que había llegado el momento de hablar de guarradas.

—Ah, y he visto cómo un casanova, que llevaba traje a medida y estaba buenísimo, por cierto, le metía los dedos a una mujer.

Casi oí cómo Teyana se incorporaba de la emoción.

—¡Por fin! Esto es lo que quería. Por favor, por favor, por favor, dime que la historia no termina ahí. Quiero todos los detalles.

Solté una carcajada.

—La verdad es que no hay mucho más que contar, lo siento. Estaba buscando un sitio más tranquilo desde donde llamarte cuando me los he encontrado. Y, entonces, debería haberlos dejado solos con sus cosas, pero me he quedado mirando, no sé por qué.

—Para contármelo después, claro.

—Por supuesto. Pero cuando ella ha terminado, él se la ha sacado de encima como si nada. Y luego... Flipa con esto, Tey: después, el tío ha tenido el descaro de tirarme los tejos a mí. —Seguía alucinada por su desfachatez. Y también me sentía halagada, lo cual era una estupidez, porque era muy probable que lo hubiese hecho con la primera que pasaba. Estaba segura de que ya se había olvidado de mí.

—Entonces, vas a encontrarte con él cuando cuelgues, ¿verdad?

—Eh... Lo dudo mucho.

Emitió un sonido de exasperación tan fuerte que lo escuché desde la otra punta de la ciudad.

Esta chica era increíble.

—¿Quieres que me enrolle con un asqueroso cualquiera que ya se lo ha hecho a otra mujer esta noche?

—No tiene que ser él sí o sí —respondió—. Pero con alguien. Por el amor de Dios, si es que no has estado con nadie desde Alejandro...

La interrumpí:

—Eso no es verdad. También acabé en la cama con un chico de la fiesta de Halloween del año pasado. Un tal Bob, o Bobby, o algo así.

—Y eso fue hace casi un año ya, cielo. Necesitas echar un polvo. Hazlo por mí. Ve y

encuentra a un imbécil que esté forrado y no vuelvas a llamarme hasta que no seas tú a quien le hayan metido los dedos.

No era tan fácil. Sabía que el sexo era eso, solo sexo, pero yo necesitaba sentir una conexión, lo cual siempre terminaba en un mar de lágrimas por culpa del tipo de hombre que, por lo visto, me atraía. Me iría mejor si fuera más como Tey, que era capaz de meterse en la cama con un tío que acababa de conocer y no volver a pensar en él, como si no hubiera pasado nada. Para protegerme a mí misma, había aprendido a llevarlo con un poco más de romanticismo: debía resistir durante al menos tres citas, y más le valía que me llamara después.

Por otro lado, había tenido un par de rollos de una noche que habían terminado bien. Si sabía que se trataría de eso desde el principio, como con Bobby, era capaz de despedirme sin ninguna expectativa y con el corazón intacto. Y eso también había sido divertido.

De modo que quizá Tey tenía razón. Seis meses en Tinder no me habían servido para nada, más que para soportar una serie de citas que prefería olvidar. Tenía tan mal gusto con los tíos que ya ni siquiera pensaba en el amor. Desinhibirme una noche sería una buena forma de volver a empezar.

Tras prometerle que eso era justo lo que iba a hacer, colgué. En todo caso, había algo de lo que estaba segura: si tenía que divertirme tanto como Teyana esperaba, primero necesitaba pasar por la barra.

* * *

Una hora y media después, ya notaba los efectos de los tres Mai Tais y los dos chupitos que me había tomado. Sin duda, conversar con cualquiera en ese momento me parecía más fácil. Aunque me había apostado en la barra principal, ya había tenido varias interacciones interesantes.

Y ahora estaba tratando de ligarme a un tío bueno de ojos verdes y hoyuelos que hacían perder el sentido. O era él quien intentaba conquistarme a mí. No importa, la cuestión era que la cosa prometía.

—Ahí está otra vez —dijo Ojos Verdes, y agachó la cabeza—. Te juro que no va a parar hasta que me encuentre.

Como quien no quiere la cosa, miré en la dirección que me había indicado con la cabeza. Cuando se había sentado a mi lado, me había explicado que se estaba escondiendo de una mujer, pero yo todavía no tenía claro si era verdad o una excusa para empezar a hablar conmigo. Escudriñé la zona para ver si encontraba a alguna mujer que estuviera buscando a alguien.

—¿La rubia?

Él alzó la cabeza.

—La que está a su lado.

—Oh. La que podría ser tu abuela. —Fruncí el ceño—. ¿Está tratando de llevarte al huerto? —Ojos Verdes parecía tener mi edad, más o menos, o lo que era lo mismo: más cerca de los treinta de lo que me gustaría, aunque para el cambio de década todavía me faltaban tres años.

—No, no, no. —Hizo una pausa, como si estuviera imaginandoselo—. Por Dios, no. No es que tenga nada en contra de Adrienne Thorne, pero es que...

—Es que es mucha diferencia de edad.

—Creo que más de treinta años.

Me eché a reír.

—Entonces, si no quiere que te la lleves a la cama, ¿por qué te estás escondiendo?

—Es una tontería, en realidad —repuso, sonrojado. Era maravilloso saber que podía ser tan masculino y vulnerable a la vez. Quizá no ejercía el mismo efecto en mí que el mujeriego cabrón de antes, pero si Ojos Verdes me invitaba a su casa, no iba a rechazarlo.

No tenía por qué enterarse de que yo estaba pensando en el otro.

—Uy, las tonterías son mi especialidad —le aseguré—. Puedes compartir tu tontería tranquilo.

Sonrió y exhibió esos hoyuelos.

—Muchas gracias, de verdad. Adrienne va detrás de mí porque se ha enterado de que la empresa en la que trabajo está buscando una organización sin ánimo de lucro con la que colaborar. Por aquello de la imagen pública y la importancia de hacer obras benéficas y tal. Lo hemos incluido en los presupuestos, pero todavía no hemos encontrado la organización a la que queremos financiar. Bueno, en resumidas cuentas, ella cree que si contásemos con su organización benéfica sería una colaboración excelente. Y no es así. Además, prefiero que se lleve la decepción en la oficina antes que arruinarle la velada.

Levanté las orejas como si fuera el perro de Pavlov y hubiera hecho sonar un timbre:

—Es posible que ahora sea el peor momento para decirte que me dedico a encontrar la organización sin ánimo de lucro que encaja mejor con cada empresa.

Bueno, técnicamente yo no me dedicaba a eso. Pero Kendra sí. Había creado la empresa ella misma: era su idea, su visión, todo ello financiado con el dinero de su familia. A mí se me podía considerar una asistente con pretensiones, aunque no aspiraba a serlo cuando acepté la beca para estudiar en Georgetown, pero el sueldo estaba bien, no me había visto obligada a volver a casa y con los tiempos que corrían, ¿no era eso todo lo que alguien podía soñar?

El caso era que estaba demasiado familiarizada con los entresijos del negocio como para presentárselo y, aunque Kendra me había negado siempre todas las oportunidades que le había pedido para hacer justo eso, estaba convencida de que era capaz de lograrlo.

Los hoyuelos desaparecieron rápidamente del rostro de Ojos Verdes.

—Lo siento —me disculpé en cuanto me di cuenta de que había metido la pata—. Tú quieres disfrutar de la noche y yo voy y me pongo a hablar de negocios.

—No, no era eso en lo que pensaba. De hecho, me interesa. Como te he dicho, estamos decididos a patrocinar a alguna organización. La verdad es que ya casi hemos llegado a la fecha límite que habíamos establecido para seleccionar una. Estaba pensando en que, por mi parte, sería una impertinencia tratar de abordarlo en una fiesta.

Vaya, este chico me gustaba. Estaba dispuesto a sacrificar el placer por los negocios ante una buena oportunidad: el tipo de hombre que me atraía.

Por otro lado (y entonces miré el vaso vacío que sostenía en la mano), había tomado bastante alcohol. Y Teyana me iba a matar si de esta fiesta me llevaba un acuerdo laboral en lugar de un buen polvo.

Además, no podía hacer una mierda sin Kendra y no solo se había ido hasta vete a saber cuándo para «encontrarse a sí misma», sino que yo no iba a admitir ni en sueños que le había robado la invitación.

—Hagamos una cosa —propuso Ojos Verdes, que, al parecer, había percibido mi vacilación—. Ahora no llevo ninguna tarjeta de visita encima, así que déjame tu móvil.

Sin hacerle preguntas, desbloqueé el teléfono y se lo di.

Empezó a teclear.

—Voy a añadir a Julie Sanchez a tu lista de contactos. Es mi secretaria. Llámala la semana que viene y concertad una reunión. ¿Cómo se llama tu empresa? Así la pondré al corriente.

No había tenido tiempo suficiente para diseñar una mentira, así que dije la verdad:

—Conscience Connect. —Quizá podía pasarle la información a Kendra sin tener que explicarle de dónde la había sacado. Al fin y al cabo, parte de mi trabajo consistía en encontrarle clientes potenciales.

—Fantástico, espero que podamos seguir hablando de esto pronto. —Me devolvió el móvil con la mirada fija en algún punto a mis espaldas—. Pero ya me ha visto, así que tengo que irme. Con un poco de suerte, nos volveremos a ver más tarde.

Esa última frase estaba cargada de la insinuación que había buscado al principio de la conversación. Lástima que no pudiese haber un «más tarde». Ahora que le había hablado de Conscience Connect, el polvo quedaba descartado. Había demasiadas probabilidades de que descubriera quién era yo en realidad (o quién no era, en este caso), y, fuéramos amigas o no, no estaba dispuesta a poner en riesgo mi puesto de trabajo en la empresa de Kendra.

Pero quizá, si ponía en contacto su empresa con la de Ojos Verdes...

—Espera —dije, al darme cuenta de que me había olvidado de pedir una información crucial. Eché un vistazo al gentío—: Ni siquiera sé cómo te llamas... —Pero estaba hablando sola, porque él ya había desaparecido.

—Estoy casi seguro de que puedes llamarlo señor Sebastian cuando hables con su secretaria —me informó el camarero—. ¿Te sirvo otra copa?

Hice caso omiso a la pregunta y al hecho de que había estado escuchándonos porque me acababa de dar un ataque.

—¿Era un Sebastian?

La cara me ardía y no se debía en absoluto al alcohol que me había tomado. Había estado hablando con un famoso. Gracias a Dios que no lo había sabido de antemano porque seguro que habría dicho alguna estupidez.

Aunque, de todas formas, era probable que lo hubiera hecho. Repasé la conversación que habíamos tenido para averiguar si le había dicho algo que me hiciera morir de la vergüenza, pero todo era bastante banal.

Sin embargo, esto significaba que no podía pasarle el contacto a Kendra. Ya le había sugerido en varias ocasiones que abordara a los Sebastian, y siempre había rechazado la idea al instante. Decía que sus padres eran muy amigos, que no era apropiado, bla-bla-bla. Yo no era hija de una familia rica, de modo que no entendía todas esas normas sociales.

Lástima, porque el señor Sebastian y yo habíamos conectado bien. Estaba bastante segura de que podría haberlo convencido. Habría sido un acuerdo maravilloso.

—Ay, madre, que era un Sebastian —me repetí en voz alta.

—Corren unos cuantos por aquí —dijo una voz a mi lado. Una voz que me resultaba familiar, seductora e irritante a la vez—. Bastantes, más bien.

Me volví para encontrarme cara a cara con el atractivo casanova, y madre mía, de cerca

estaba todavía más bueno, si cabía.

—Tú —le espeté, con un poco de desdén, porque despreciaba la capacidad que tenía de inflamar todas mis terminaciones nerviosas.

—Tú —me imitó él, a su vez. Su tono parecía advertir mi desdén y, a la vez, conocer a la perfección de dónde procedía—. Esperaba que nos volviéramos a ver.

—Yo no.

—Qué curioso, porque no me lo creo.

El tío no era idiota, y la verdad era más que evidente: no podía dejar de mirarlo. Se me iban los ojos sin querer, él los atraía como un imán. Era guapo a rabiar, tanto que casi necesitaba sentarme, y eso que ya estaba sentada. Tenía el pelo unos tonos más claro de lo que me había parecido entre las sombras. Un castaño rojizo con tonalidades doradas salpicadas con tanto desorden que solo podían ser naturales. Tenía los ojos de un azul espectacular. Los ojos de ese color siempre me habían hecho perder la cabeza. Igual que también sentía debilidad por el típico casanova atractivo. Parecía hecho a medida para mí, un cóctel Tessa Turani que se me subiría a la cabeza solo de mirarlo.

—¿Puedo invitarte a un chupito? —ofreció, como si no estuviera ya embriagada al verlo y necesitara más alcohol.

De alguna forma, conseguí apartar la mirada.

—Es barra libre.

—En ese caso, puedo permitirme invitarte a dos. —Hizo un gesto al camarero, que no se había alejado demasiado; menudo fisgón estaba hecho—. Cuatro chupitos de... —Ojos Azules me miró—. ¿Tequila va bien?

¿Cómo lo sabía?

—El responsable de más de una mala decisión.

—Tequila será, pues.

Qué sutil. Mucho más de lo que sería el alcohol, lo sabía por experiencia.

A pesar de todo, no protesté cuando el camarero sirvió los cuatro chupitos en la barra justo delante de nosotros, acompañados de un salero y un bol con trozos de lima.

Solo de ver el panorama, me entraron ganas de quitarme la ropa. O quizá era culpa de Ojos Azules. Tenía buena planta para llevar esmoquin, y algo me decía que estaría mucho mejor sin él.

Tanto él como el camarero sabían cómo iba a terminar esto. ¿Tan tonta era?

Levanté un chupito.

—Se te ve el plumero, ¿no te parece?

—¿Por qué? ¿Porque quiero ser una de esas malas decisiones? —Él alzó otro—. La verdad es que, después de lo que hemos vivido, creo que nos lo merecemos.

—Ni que hubiésemos vivido una experiencia que nos hubiera unido.

—A mí me parece que esa es de las que unen. De las que unen mucho. Porque... te has quedado mirando. —Se inclinó hacia delante y bajó la voz para murmurar en un tono áspero que solo yo alcanzaba a oír—: Y es algo que me parece muy muy erótico.

Se me puso la piel de gallina. Sí, sin duda necesitaba ese tequila. Ignoré la sal, me tragué el chupito y cogí una rodaja de lima. Me estremecí, no solo por la acidez, sino también por lo que acababa de soltarme y cómo me había hecho sentir.

Sacudí la cabeza.

—¿Y te sientes muy unido a las mujeres que te parecen atractivas?

—De forma temporal... —Sonrió—, sí.

Esa sonrisa era un arma mortífera.

—Pareces sincero —aseguré en un intento por fingir que no estaba ya perdida—, eso hay que reconocértelo.

—Sí, deberías. —Se tomó el chupito, sin sal y sin lima. Me estaba demostrando que le iba lo duro, por si eso me ponía cachonda.

Y, por supuesto, era el caso. Este hombre me parecía perfecto, lo tenía todo.

Y, quizá porque encarnaba mi perdición, tenía ganas de seguir resistiéndome:

—Solo porque me haya quedado mirando no significa que a mí me resultase erótico.

—Pero sí pensabas que lo era.

—En ningún momento he dicho eso. —¿Que él era un pibón? Sí, se lo había dicho. Pero eso no. No era lo mismo.

Se encogió de hombros, como si los detalles no importaran.

—No ha hecho falta.

Totalmente cierto. Me ponía tanto que se había formado un lago entre mis piernas. Ojos Azules no necesitaba meter la mano para darse cuenta.

Me volví para observarlo y, al fin, me di por vencida. Levanté el segundo vaso de chupito para brindar cuando él alzó el suyo. Nos los tomamos a la vez y, aunque traté de evitarlo, al final fracasé y necesité chupar la lima.

Noté cómo me miraba mientras lo hacía, sus ojos me traspasaban con intensidad. Casi oía sus pensamientos: «Sabrá ácida cuando la bese».

Tuve que cruzarme de piernas para aplacar la urgencia.

—¿Quién te ha dicho que me haya quedado mirando por ti? —Ahora era yo la que flirteaba. Teyana estaría muy orgullosa cuando se lo contara—. Quizá era Eden quien me ha parecido erótica.

—No ha sido el caso.

Se había acercado más, de alguna forma, sin que me diera cuenta. En vez de dos personas sentadas una junto a la otra, éramos dos personas que compartían un mismo espacio. Su cuerpo presionaba mi muslo. Notaba ese contacto por todas partes. Mis pezones parecían antenas que trataban de captar y atraer más esa electricidad.

Alargó la mano para colocarme un mechón de pelo detrás de la oreja y luego bajó los dedos por el cuello.

—Pareces muy seguro de ti mismo —susurré.

—Dime cómo te llamas. Haré que tú también te sientas segura de mí.

Me puse en pie, de repente, presa del pánico.

—No. Nada de nombres.

—No creía que fuera posible, pero me acabas de poner más cachondo.

En pie, el mundo resultaba muchísimo menos estable. Era culpa del alcohol, por supuesto, pero también se debía al poder seductor de este hombre, que se dedicaba a decirme cosas encantadoras, a exhibir esa maravillosa sonrisa y a mirarme con esos ojos azules tan

cautivadores.

Era tonta y estaba perdida. Esa era la situación.

—Creo que debería irme.

—Deja que te lleve.

Sabía que no podía acceder a su propuesta. Permitir que me llevara al apartamento donde vivía con Teyana en Jersey City sería tan desastroso como revelarles mi nombre. Además, esos días me quedaba en casa de Kendra, y huelga decir que no podía llevarlo a esa dirección.

Sin embargo, había tomado las copas suficientes como para que me costara pensar con claridad, y si se ofrecía a llevarme a su casa, ambos sabíamos que no le iba a decir que no.

Capítulo 3

El trayecto hasta el vestíbulo habría sido una vergüenza si hubiera estado lo suficientemente serena como para verlo. Era incapaz de caminar sin aferrarme al brazo de Ojos Azules, al que me agarraba como si me fuera la vida en ello. A decir verdad, lo habría hecho de todos modos. Habría sido una pena no aprovecharlo cuando se ofreció. Y aunque le tocaba el bíceps por encima de la tela del traje, notaba con claridad que sus músculos estaban muy tonificados.

Estoy bastante segura de que se lo solté en el ascensor, porque Ojos Azules se volvió hacia la pareja de ancianos con los que compartíamos el espacio.

—Le gustan mucho los bíceps tonificados.

—Sí, es verdad —añadí yo, con una sonrisa.

La sonrisa que esbozó la pareja no fue tan educada.

Cuando salimos del ascensor, me bastó con echar un vistazo a la distancia que nos separaba de las puertas de entrada para darme cuenta de que no iba a conseguirlo, ni siquiera con la ayuda de un buen bíceps tonificado.

—Espera —le dije. Apoyé la palma de la mano sobre su pecho, me incliné y me las arreglé para sacarme una de las sandalias de altísimo tacón, y luego la otra—. Mucho mejor —suspiré cuando mis pies descalzos tocaron el suelo de mármol.

—Juraría que tienen la política de no dejar entrar a nadie que vaya descalzo. —Pero su tono de voz y el brillo de sus ojos me indicaban que la situación le divertía más de lo que le preocupaba.

—Pues más vale que te des prisa.

No desperdició ni un solo segundo y me condujo al exterior del edificio. Cuando pisamos el bordillo, solo tuvo que hacerle un gesto con la cabeza al portero y enseguida apareció su coche, como si lo estuviera esperando. Ojos Azules era incluso más espabilado de lo que me había parecido: ni siquiera le había visto sacar el móvil, pero debía de haber llamado o mandado algún mensaje para recibir un servicio tan rápido.

Habría hecho algún comentario al respecto si no me hubiera distraído tanto el vehículo en sí.

—¿Una limusina?

—Es que tengo el Maybach en el taller.

Asumí que se trataba de una broma, pero podría no serlo. Si tenemos en cuenta que era un invitado legítimo de la pomposa fiesta de la azotea, no resultaba descabellado que también fuera

propietario de un Mercedes de lujo. Aunque me parecía más probable que hubiera alquilado la limusina y solo tratara de impresionarme.

Y lo había conseguido. Claro que yo era tan terca que no iba a demostrárselo:

—Bueno, pues habrá que conformarse con esto. —Le tendí las sandalias a Ojos Azules y me deslicé por el asiento de atrás—. Bastante cómodo.

—Me alegro de que sea suficiente para ti. —Lucía una sonrisilla de suficiencia cuando subió. Y, a pesar de que el vehículo tenía espacio de sobra, se sentó exageradamente cerca.

Me quedé sin respiración.

—Vaya, hola.

—Hola a ti también.

Tan cerca, recludos en un espacio tan cerrado, su perfume de palisandro no me pasaba desapercibido. O quizá era de sándalo. No entendía lo bastante de fragancias masculinas como para identificarla con mayor precisión más allá de determinar que tenía notas de madera y que olía muy bien. Y que era el tipo de perfume que me embriagaba y me hacía perder la cabeza.

Claro que también podía deberse a las cantidades ingentes de alcohol que había tomado.

Fuera por lo que fuera, sabía que este chico se iba a convertir en un gran problema.

Una voz educada resonó a través de un altavoz que quedaba cerca de mi cabeza.

—Señor, ¿a qué dirección?

Ojos Azules pasó un brazo por delante de mí hasta el botón de un intercomunicador y entonces me miró, como si esperara a que yo respondiera.

Ay, mierda. Quería que le diera mi dirección.

Era lo adecuado, supuse: me dejaba decidir hacia dónde iría esto en vez de asumir lo que iba a ocurrir. Incluso estando borracha, ese gesto me pareció digno de admiración.

Al mismo tiempo, me fastidiaba un poco. Me molestaba tener que ser yo quien tomara la decisión y casi deseé que hubiera dado la orden de que nos llevara a su casa, porque así podría haber fingido sorpresa e indignación cuando, en realidad, me habría muerto de la emoción y del alivio.

Pero bueno, tenía que ser yo quien decidiera. «Llévame a tu casa». Lo tenía ya en la punta de la lengua.

Sin embargo, como buena testaruda, quería que se esforzase todavía un poco más.

—¿Podemos dar una vuelta un rato?

—Ya has oído a la señorita. —Su sonrisa me indicó que no le importaba seguir con la caza.

La limusina se puso en marcha con una sacudida y el giro de volante que la llevó a incorporarse al tráfico me lanzó sobre Ojos Azules, que me cogió en brazos, lo que hizo que se me acelerara el pulso. La tensión entre nosotros era tan física que casi no soportaba que me agarrara así. Y todavía íbamos vestidos. «No hay duda: estoy perdida».

—¿Perdida?

Mierda. No quería decirlo en voz alta.

Movida por la necesidad imperiosa de conservar un ápice de dignidad, me zafé de sus brazos.

—No estaba lista para que el coche arrancara. ¿No hay cinturones de seguridad en estos vehículos?

Resultó que sí que los había, pero, en cuanto empecé a examinar el interior de la limusina, descubrí muchas otras prestaciones dignas de apreciar.

—¿Tienes una impresora? ¿En el coche? —Cerré el mueble que había dejado al descubierto el ordenador y la estación de recarga y abrí otro en el que encontré un televisor. No se parecía en nada a la limusina de fiesta que alquilamos para ir de viaje a Las Vegas—. ¿Qué hay en tu lado?

—La nevera. El minibar. ¿Quieres agua? ¿Algo para comer? —Me contemplaba con fijeza, como si quisiera devorarme. Demostraba que podía controlarse y eso era lo que me ponía a cien.

Me pregunté cómo era posible que Eden lo hubiera sobrellevado con tanta dignidad. La vi marcharse con el maquillaje un poco corrido, pero al menos había podido irse con la cabeza alta. No estaba segura de que yo fuera capaz de salir de aquel coche de ninguna otra forma más que arrastrándome.

De pronto, recordar su interacción con Eden me hizo recelar.

—¿Era tu novia?

—¿Quién?

Resultaba espectacular cuánta paciencia demostraba ante mis repentinos cambios de tema, como si estuviera preparado para seguirme allá donde yo lo llevara.

—Eden.

—Eh... No. No... —Arrastró ese último «no» como si la mera idea fuera ridícula.

Me creí esa respuesta, pero sabía por experiencia propia lo manipuladores que podían ser algunos hombres, como aquellos que se escudaban en qué preguntas se habían formulado y cómo: «Me preguntaste si era mi novia, no si estaba casado».

—¿Tu mujer, entonces?

—Para nada. —Intuyó mi siguiente pregunta antes de que la pronunciara—: Tampoco tengo ninguna.

Ya me había fijado en su mano y no había visto que llevara alianza ni que tuviera marca de bronceado tras habérsela quitado. Incluso aunque fuera solo para un rollo de una noche, me negaba a ser cómplice de una infidelidad.

Me giré para ponerme cara a cara con él.

—Entonces, ¿nadie tendría ninguna razón para afirmar que estás engañando a otra al subirme a la limusina conmigo?

Encontró el modo de colocar la mano sobre mi rodilla, como quien no quiere la cosa, un poco por encima de la falda. No era demasiado llamativo, pero hizo que me escandalizara sobremanera.

—Una acusación así exigiría que pasara algo. Por ahora, lo único que he hecho es ofrecerme a llevar a una mujer a su casa. Y ella, por cierto, es muy guapa.

—No voy a dejar que me distraigas con tus encantos, que eres un «vende-encantos».

Se rio.

—¿«Vende-encantos»?

—Ya, ya lo sé, tampoco tenía sentido cuando lo he pensado. La cuestión es que estás evitando la pregunta.

Entonces, dejó de mirarme a los ojos para fijarlos en la mano que tenía sobre mi rodilla y que ahora jugueteaba con el tul, como si estuviera examinando la tela en vez de planear cómo emprender la ruta por debajo.

—A día de hoy, no estoy comprometido con nadie en ningún sentido.

—Vale. —Me relajé un poco. Me permití empezar a aceptar que seguiría adelante con esto. Lo cierto era que iba a dejar que este ricachón, obsceno y atractivo, diera rienda suelta a su lujuria conmigo.

Nunca bajaba la guardia con facilidad, sin embargo, era curiosa por naturaleza.

—Entonces, ¿cómo llegasteis tú y ella a ese momento? No te gusta, no tienes ningún compromiso con ella... ¿Por qué ibas a...?

—¿De verdad quieres que hablemos de Eden todo el rato?

Me estremecí cuando su palma se topó con la piel desnuda de la parte inferior de mi muslo, aunque el roce en sí fue abrasador.

—Bueno, yo solo... —¿De qué estábamos hablando? ¿En qué andaba yo pensando?—. Quiero decir, si tratas tan bien a una chica en la que no estás interesado, ¿cómo tratarás a una que te guste?

—Por suerte para ti, estás a punto de descubrirlo. —En ese momento, se inclinó hacia adelante y yo alcé la barbilla, pues creía que buscaba mis labios, pero no. En su lugar, fue directo a la mandíbula y... madre mía. De alguna forma, resultó incluso más electrizante la presión de su boca abierta sobre mi piel, un beso no perpetuado. Una provocación. Una incitación.

Volví la cabeza en busca de su boca, pero él ya había iniciado su camino hacia mi cuello, en dirección descendente. Sin pensar, levanté la barbilla y le facilité el acceso. Por supuesto, en cuanto se lo ofrecí, él siguió avanzando mientras salpicaba mi cuerpo de besos antes de depositar uno sobre mi pecho, donde el escote lo permitía.

Iba rápido, no me dejaba tiempo para adaptarme a una sensación porque entonces empezaba a provocarme otra, y, aun así, a la vez me parecía que era tan lento que resultaba hasta doloroso. Arqueé la espalda, una súplica silenciosa para que descubriera más de mí, todo mi cuerpo. Los pezones me dolían por la acuciante necesidad, tanto que casi deseé que me desgarrara el vestido por el escote para llegar hasta ellos. Ni siquiera me importaba que no fuera mío o no tener cinco mil dólares para pagárselos a Kendra por haberlo sacrificado de este modo.

Afortunadamente para mi futura yo, que prefería conservar su puesto de trabajo, Ojos Azules tenía otras intenciones en mente. De pronto, cambió de posición y, cuando quise darme cuenta, estaba en el suelo, ante mí. Se había arrodillado y su boca, que al principio me besaba el ombligo, pasó a mi entrepierna.

Incluso a través de todas las capas de tul, noté su lengua ahí mientras me presionaba el clítoris, y, por si no lo había estado ya antes, en ese momento sí que estaba empapada.

—Hueles de maravilla —apuntó, con la voz áspera, como si mi olor lo extasiara.

Madre mía, qué obsceno resultaba todo.

Y a mí me encantaba, de modo que abrí las piernas para darle más espacio.

—¿Es una invitación? Porque no puedo seguir a menos que lo sea.

Por Dios, el tío era bueno.

—No me digas que eres de los que hacen que la mujer se lo tenga que pedir.

Sus dedos describían círculos alrededor de mis tobillos y, aunque estaban muy lejos de donde yo habría querido, noté las palpitaciones en el clítoris, como si estuvieran justo ahí.

—Antes te has mostrado muy preocupada por el consentimiento. —Las puntas de sus dedos

comenzaron a subir hasta los laterales de mis pantorrillas, hasta la parte exterior de las rodillas.

—Me preocupaba cuando se trataba de Eden. A nivel personal, prefiero preguntar menos y actuar más.

Y ese fue todo el permiso que necesitó. Con un tirón firme, mi culo terminó en el borde del asiento, y, entonces, me juntó las rodillas, algo que me confundió hasta que me di cuenta de que solo pretendía bajarme las bragas. Me alegré enseguida de haberme puesto las blancas de encaje, las más bonitas que tenía, y a la vez lo lamenté cuando se las guardó en el bolsillo de la americana y supe que nunca más volvería a verlas.

«Valdrá la pena», decidí cuando me abrió las piernas por las rodillas, me levantó el vestido y vi la expresión que lucía en el rostro.

Tortura. Esa era. Completamente torturado, pero en el buen sentido.

Ahora sabía cómo me sentía yo.

Con veneración, recorrió el espacio entre mis labios exteriores con la punta del dedo.

—Qué coño tan bonito tienes.

La piel me ardía por todo el cuerpo. Nadie me había dicho nada parecido en la vida. No sabía si me tenía que morir de la vergüenza o ponerme cachonda a más no poder, joder. Opté por lo segundo.

—¿Sí? —pregunté. Quería que me lo repitiera.

—Sí, sin duda.

Quería que dijera algo más, pero entonces se inclinó hacia delante y su lengua trazó el mismo recorrido que su dedo, y, de pronto, solo necesitaba que hiciera una cosa con la boca y no era hablar, precisamente.

—Y sabes tan bien como hueles —añadió, cuando llegó a la pista de aterrizaje.

—No pares, no pares, no pares... —Claro que sí, menos mal que no quería ceder. ¡Si casi le estaba suplicando!

Se rio entre dientes, pero retomó la faena: hacerme vibrar y rozarme el coño con la barba de la mejor manera posible.

Solté un gemido cuando me abrió los labios y colocó la punta de la lengua en el centro del placer. Un par de lametones y ya veía las estrellas. Magia. Con su magia hizo que me derritiera más rápido que un helado en pleno verano. Me temblaban los muslos, la entrepierna se me contraía y tenía el clítoris dando palmas. ¿El sexo oral siempre había sido tan placentero? Seguro que no. En tal caso, me acordaría, habría instado a Alejandro a que me lo hiciera más que las cuatro o cinco veces en total que lo hizo durante nuestra relación de dos años. Debía de haber algo más que me produjera tanta satisfacción. Quizá era la cantidad de alcohol que había tomado. O el tiempo que había pasado desde la última vez que me había acostado con alguien.

—Ah, es por eso... —dije, tras decidir que esta última era, sin duda, la explicación.

El mago que tenía entre las piernas alzó la barbilla, pero reemplazó la presión que su boca ejercía sobre mi clítoris con la barbilla.

—¿Por eso? ¿El qué?

Ostras, guau. Su barba arañaba mi piel sensible de una manera tan alucinante como todo lo que me había hecho hasta este momento. Estiré los brazos por encima de la cabeza y me entregué al placer.

—Que por eso es tan placentero. Porque ha pasado mucho tiempo.

—Mucho tiempo... ¿desde qué?

Ni siquiera me importaba que justo en ese momento le hubieran entrado ganas de hablar porque, a pesar de ello, seguía obrando su magia.

—Desde la última vez que me acosté con alguien.

—¿Tanto?

—Demasiado. Así que por eso ahora me resulta superplacentero.

Su dedo también contribuía: trazaba círculos alrededor del orificio mientras amenazaba con entrar. Empujé las caderas hacia él, quería más. Quería que lo introdujera en mi interior.

Su boca volvió al clítoris, pero, esta vez, en lugar de lamerlo, se dedicó a succionar y, joder, al instante noté que estaba a punto de correrme.

—Claro, por eso es tan placentero —repuso él, con un ápice de sarcasmo poco sutil—. Y no por ninguna otra razón.

¿A quién pretendía engañar? Sin duda, con él no iba a conseguirlo, y, a pesar de estar borracha, era, en parte, consciente del porqué. El último intento de autoengaño se desvaneció con el siguiente asalto de su boca, una especie de combinación de lametón, latigazo y chupetón que casi me hizo llegar al orgasmo.

Y entonces me dejó allí, tan cerca de correrme, se alejó de mí y se puso de rodillas.

—De modo que solo se debe a que ha pasado mucho tiempo.

—¡Vale, sí, lo haces bien! —Estaba desesperada para que acabara lo que había empezado, que me hiciera llegar al éxtasis, y le habría dicho cualquier cosa, incluso la verdad.

—¿Solo bien?

—Muy muy bien. —Las palabras se quedaban cortas, pero se apiadó de mí y reanudó la faena justo donde la había dejado, lo que me sumió en una espiral orgásmica abrumadora. Grité al liberar la tensión y mi cuerpo empezó a convulsionar cuando las oleadas de placer se apoderaron de mí hasta que acabé jadeando, deshecha y eufórica al mismo tiempo.

Ojos Azules, descubrí entonces, no solo era un mago, sino que también era cruel porque no había terminado. Su lengua y su boca se pusieron a trabajar con más ahínco si cabe, y sus dedos ya no eran tímidos: me penetraban dos, tres a la vez con embestidas exquisitas.

No hablamos más porque mi habilidad para comunicarme se había esfumado. Lo único que salía de mis labios en ese momento eran monosílabos sin sentido y un sinfín de ruidos diferentes.

Y, aunque había dejado de pensar en Eden y cualquier deseo de convertir este momento en algo más de lo que debía ser (un rollo de una noche) se había desvanecido, una curiosidad efímera se manifestó entre el caos de placer que me obnubilaba: si Ojos Azules penetraba con los dedos de esa manera a mujeres que no le gustaban y nos lo comía de forma tan espectacular a las que sí que le gustábamos, ¿cómo trataría a la mujer de la que se enamorara?

Capítulo 4

El ruido de un taladro me despertó. Me incorporé sobresaltada y, de inmediato, me arrepentí al notar que el estómago me daba un vuelco debido al movimiento repentino. Gracias a Dios, la estancia estaba prácticamente a oscuras, porque incluso el resquicio de luz que se colaba por las cortinas opacas era suficiente para dañarme la vista. También me dolía la cabeza. Aunque gran parte de este dolor parecía estar relacionado con aquel martilleo escandaloso.

Apoyé la espalda en la pared y cerré los ojos en un intento por mitigar el dolor de cabeza y encontrar algo de equilibrio antes de pensar cómo enfrentarme al mundo. Respiré hondo. Inspira. Espira.

Un momento.

Tan solo un par de segundos después, abrí los ojos de golpe. Tras haber pasado los últimos días en casa de Kendra, me había acostumbrado a despertarme en una cama que no reconocía como propia. Pero, en aquel momento, no solo no me encontraba en mi habitación, sino que tampoco estaba en la de Kendra. Y no recordaba en absoluto cómo había llegado hasta allí.

Examiné la estancia en busca de algo que estimulara mi memoria. Estaba sola y no me sonaba nada. Ni el suelo de parquet rústico ni la lámpara alta y moderna que había a un lado de la cama ni la pared negra y brillante en la que apoyaba la espalda. No me cabía duda: era la habitación de un hombre. Todo en ella resultaba masculino, incluso el tenue olor a almizcle. No fue hasta que localicé mi vestido (bueno, el de Kendra) sobre el respaldo de un sillón que no había visto en la vida, cuando me di cuenta de que estaba desnuda.

Me agarré a la sábana que me rodeaba en un intento demasiado tardío por recuperar cierto decoro. ¿Qué había pasado la noche anterior? Recordé la fiesta. Los chupitos. Ojos Azules. La limusina.

«Joder, la limusina».

Tres orgasmos increíbles. ¿O habían sido cuatro? Y después... Ni idea. Tenía un vacío en la memoria.

Me habría molestado menos el hecho de acabar en casa de Ojos Azules (era evidente) si al menos hubiese tenido la oportunidad de recordarlo.

De pronto, el taladro se detuvo, aunque el dolor que lo había acompañado hasta entonces siguió palpitándome en la cabeza y estaba bastante segura de que, en realidad, no se trataba de un taladro, sino de un objeto más doméstico. ¿Un molinillo automático de café?

Mierda. Estaba preparando el desayuno. El leve olor a beicon me lo confirmó. Y, aunque la idea de que un hombre me preparara el desayuno era muy tentadora, ni en sueños iba a quedarme. Ya me había arriesgado demasiado al meterme en el coche con él. Podría haber descubierto que era una impostora en aquella fiesta, y si mi jefa se enterara... Eso por no mencionar que era un desconocido y que no le había dicho a nadie a dónde iba.

Bueno, él había insinuado que quería ser uno de mis errores. «Felicidades, Ojos Azules, creo que te has ganado la medalla de oro».

Necesitaba salir de allí. No tenía ni idea de cuál era la distribución del apartamento, pero quizá podía irme a escondidas mientras él estaba distraído. Tras una breve visita al cuarto de baño adyacente, me puse el vestido tan rápido como pude sin vomitar. Los zapatos y el bolso descansaban junto a la silla, como si me los hubiera dejado preparados. Mi móvil se estaba quedando sin batería, pero le mandé un mensaje rápido a Teyana:

Ayer acabé en casa del pervertido de la azotea. Luego te cuento. Te envío la ubicación por si desaparezco.

Le mandé la localización GPS para que supiera dónde estaba, metí el móvil en el bolso, cogí los zapatos y salí del dormitorio a hurtadillas. Un pasillo corto conducía al salón. Había una mesa de comedor formal al lado. Todo estaba inmaculado y diseñado con un estilo espectacular. No necesitaba ser una aficionada del arte para deducir que el cuadro moderno y colorido que colgaba de la pared costaba una fortuna. Los ventanales, que se alzaban desde el suelo hasta el techo, dejaban entrar la dosis perfecta de luz para que se luciera. Una cosa me había quedado clara: Ojos Azules estaba forrado. Tenía sentido. A ver, lo habían invitado a una fiesta organizada por los Sebastian, y, por lo que había aprendido desde que conocía a Kendra, los ricachones solían codearse unos con otros.

Por muchas ganas que tuviera de quedarme y seguir explorando, mi prioridad era huir sin ser vista. Tenía dos posibles vías de escape: otro pasillo o una puerta vaivén que conducía a otra estancia, seguramente la cocina.

«Pues el pasillo».

Solo había avanzado un par de metros cuando me topé con otro pasillo que se abría a la derecha y este conducía (¡jaleluya!) a la puerta de entrada. Lo había conseguido.

No obstante, todavía no había llegado cuando alguien salió por una puerta que quedaba a mano derecha, otra entrada a la cocina, por lo visto. Ojos Azules estaba divino vestido de traje, pero ataviado con nada más que unos pantalones de chándal grises estaba incluso mejor. Unos abdominales tersos como una roca realzaban su pecho desnudo. Un brazo perfectamente tonificado sostenía una taza de café a tan solo unos centímetros de una sonrisita maliciosa.

—¿Te ibas sin decir nada?

—Eh... —Sonreí mientras la culpa me invadía.

Tomó un sorbo de la taza con tranquilidad, no parecía molesto en absoluto ante mi intento de fugarme sin tan siquiera despedirme.

—He hecho huevos con beicon, por si quieres comer algo antes de irte. También hay zumo de naranja recién exprimido y café recién molido.

Sonaba muy tentador. Aunque oír hablar de comida me revolvía el estómago, imaginar cómo cocinaba para mí y me lo servía me aceleraba el pulso.

A decir verdad, era él quien me aceleraba el pulso, en general. La tensión que había entre nosotros era electrizante y lo que fuera que hubiera pasado entre nosotros la noche anterior no había sido suficiente para rebajar su potencia. Una imagen fugaz de lo que podía suceder si me quedaba me pasó por la cabeza: yo inclinada sobre la mesa de la cocina con su cuerpo chocando contra el mío mientras me penetraba desde atrás.

No, ni hablar, tenía que parar.

—Lo siento, pero llego tarde —mentí.

—¿Un domingo?

—A la iglesia. —Se me encendió la piel del rostro. ¿De verdad acababa de soltarle que iba a la iglesia? Ya que lo había dicho, no me quedaba otro remedio que continuar con mi farsa—. Estoy muy entregada a mi congregación. No hay semana que falte. Aunque primero tengo que ir a casa y cambiarme, claro. Así que...

Se le contrajeron los labios, divertido, y durante unas milésimas de segundo me planteé si iba a dejarme en evidencia. Pero, entonces, dijo:

—Te llevará mi chófer.

—Ya he pedido un Uber. —Saqué el móvil del bolso y lo zarandé. Esperaba tener suficiente batería para pedirlo de verdad una vez saliera a la calle.

—Cáncélalo.

¿Cómo demonios lo hacía para resultar tan autoritario y suplicante a la vez? El corazón se me aceleró. ¿Por qué tenía que haberlo conocido como lo había hecho? Si no nos hubiéramos encontrado en un lugar al que había acudido suplantando mi identidad...

A pesar de todo, no había forma humana de tener la ocasión de conocer a un hombre como él sin hacerme pasar por otra. Así es como funcionaba el mundo para las que habíamos nacido sin privilegios. Teníamos que sudar la gota gorda solo para recibir las sobras.

La duda en mi expresión debió de indicarle lo que necesitaba saber:

—De acuerdo. Nada de llevarte. No quieres que sepa dónde vives. Capto la indirecta.

Bien.

Pero, entonces, ¿por qué me había sentado tan mal?

—Bueno, pues... —Me obligué a avanzar hasta la puerta. Cuando lo dejé atrás, me detuve para colocarme una sandalia y luego la otra.

No se movió. Notaba que me observaba, su mirada penetrante me abrasaba la piel de la espalda.

—Al menos dime cómo te llamas —me pidió tras unos segundos de silencio.

—Ahora ya no necesitas saberlo. —Coloqué la mano en el pomo.

—No me digas eso. Si no sé cómo te llamas, ¿cómo podré verte otra vez?

«Has dado en el clavo».

Pero no quería ser tan directa. No tenía la culpa de que yo tuviera que cortar aquello de cuajo en ese mismo instante. Si las circunstancias hubieran sido distintas, me habría encantado aceptar el desayuno que me había preparado. Bueno, me habría encantado aceptar cualquier cosa que quisiera hacerme. Punto. Consciente de que se trataba de una fantasía imposible de cumplir, volví la cabeza y le regalé una última sonrisita juguetona.

—No lo sé, Ojos Azules. Quizá me encuentres de todas formas. Pareces el tipo de tío que lo conseguiría.

Abrí la puerta antes de que diera un paso hacia mí.

—¿Ojos Azules? ¿Así me llamarás cuando pienses en mí de ahora en adelante?

Me detuve antes de girarme para mirarlo. Quería preguntarle cómo podía estar tan seguro de que iba a pensar en él, pero no tenía fuerzas para negar la evidencia, de modo que respondí:

—Es tu rasgo más característico.

Solté la puerta, pero esta no se cerró tan rápido como para amortiguar su réplica:

—En tal caso, yo te llamaré Coño Bonito cuando piense en ti.

Con las piernas de mantequilla, me dirigí al ascensor y, si hubiese tenido algo de sentido común, habría salido corriendo.

Capítulo 5

—**M**e muero. Te lo juro, literal. —Teyana se apoyó en la isla de nuestra cocina, el sándwich de tomate con sal que se había preparado cayó en el olvido en cuanto se quedó absorta en mi relato acerca de lo que había ocurrido la noche anterior, sobre todo las partes relacionadas con mi misterioso ligue de una noche.

—Teniendo en cuenta lo mucho que repites esas palabras, parece que no termines de entender lo que significa «morir» y tampoco «literal». —Solía usar estos términos cuando estaba echa un ovillo en posición fetal, atormentada por el dolor. En cambio, aquel día no podía contener el entusiasmo. Me alegraba ver que se encontraba mejor.

Puso en blanco esos ojos de un marrón tan oscuro que parecía casi negro.

—Ya sabes a qué me refiero. No puedo creer que hayas vivido una noche tan increíble. Me alegro por ti. Lo necesitabas.

Me resistí al impulso de sentirme mal porque, mientras yo había vivido aquella noche tan espectacular, ella se encontraba fatal, y me centré en disfrutar mientras le contaba la historia.

—Tienes razón. Sí que lo necesitaba. —Alargué el brazo y le robé un tomate del plato. Ya había pasado por casa de Kendra para dejar el vestido y cambiarme antes de venir a Jersey City y, justo en aquel momento, empezaba a abrirseme el apetito—. Qué pena que me emborrachara tanto. El mejor sexo que he tenido en la vida y ni siquiera lo recuerdo.

—Entonces, ¿cómo sabes que lo fue?

—Me baso en lo que sí recuerdo y es imposible que no lo fuera. Sabía perfectamente lo que hacía. Tres veces. —Solo de mencionarlo, se me humedecieron las bragas. Me había llamado «Coño Bonito». En realidad, debería haberlo bautizado como Lengua Mágica en vez de Ojos Azules.

Tey suspiró con expresión soñadora.

—Dudo que pueda correrme tres veces con el vibrador. Este hombre tiene que ser un dios.

—O un demonio. ¿Podría ser ambas cosas?

—Creo que acabas de describir a todos los hombres con los que has estado durante más de dos semanas. —Me pegó un manotazo cuando alargué la mano para robarle otra rodaja de tomate—. Llevan demasiada sal para una persona sana, Tess. Córdete tú los tuyos, si quieres.

Mientras fingía un mohín, cogí un plátano del frutero.

—De verdad que era justo mi tipo. Así que supongo que me irá bien no volver a verlo, ya

que todo siempre acaba en desastre con los que son mi tipo.

Tey se llevó el sándwich a la boca, pero se detuvo antes de dar un mordisco.

—No todas las relaciones con la clase de chicos que te gustan tienen por qué ser así. Solo que, hasta ahora, las cosas no han salido como querías.

—Ya, ya. —No me apetecía que aquello condujera a otra de sus lecciones sobre que tenía que ser paciente y que había más peces en el mar. Oírlo una vez tras otra ya era bastante duro, y no quería ser cruel, pero tampoco es que ella tuviera pareja estable en ese momento.

Tampoco creía que fuera buena idea seguir hablando de Ojos Azules. Pensar en él me trastornaba la libido. Me moría de ganas de quedarme sola más tarde, cuando volviera a la habitación de invitados de la casa de Kendra por la noche. Por el momento, necesitaba pensar en otras cosas.

Quizá un plátano tampoco había sido la mejor elección.

Dejé de lado los pensamientos relacionados con la forma fálica de la fruta que tenía en la mano y le di un mordisco.

—Ah, casi me olvido de contártelo. He conocido a un Sebastian.

—¿Qué? —Tuvo que dejar el sándwich en el plato—. ¿Es una broma?

—No.

—¿A cuál?

—No tengo ni idea. —Empecé a narrarle los detalles de mi encuentro con Ojos Verdes, incluida la parte en la que había añadido el contacto de su secretaria en mi móvil.

—Trae, a ver. —Teyana extendió la mano y esperó a que le tendiera el teléfono.

Vacilé unos segundos. No sabía qué tramaba, pero la curiosidad ganó y desbloqueé la pantalla antes de dárselo.

—¿Qué quieres hacer?

—Esto. —Marcó el número y lo puso en altavoz para que pudiéramos oírlo las dos.

—Hoy no habrá nadie, es domingo —señalé cuando empezamos a oír los tonos de llamada.

—Ya lo sé, pero habrá un contestador. —Y, en efecto, el tono dio paso a un mensaje grabado que anunciaba que habíamos llamado a Julie Sanchez, del departamento de relaciones públicas de Sebastian Industrial Corporation.

—No ha sido de mucha ayuda.

Pero Tey no había terminado. Colgó y abrió el buscador de internet. En de menos de un minuto, tenía abierta la página web de la empresa. Deslizó el dedo por la pantalla entre los distintos puestos que ostentaban algunos Sebastian (Ojos Azules tenía razón, había muchísimos) hasta que encontró el nombre del vicepresidente de Imagen y Comunicación.

—Scott Sebastian —leyó—. Debe de ser el jefe de relaciones públicas. Vaya, no hay foto. ¿Era mono?

—Scott Sebastian —repetí en un intento de evocar al hombre que quiso hablar de trabajo—. Supongo que sí que tenía cara de llamarse Scott. Y sí, era monísimo y tenía un cuerpazo. No dejaba de coquetear. Si no se hubiera estado escondiendo, creo que podría haber acabado en su casa.

—¡Ay, la madre, que encima te conformaste!

Negué con la cabeza, entre carcajadas.

—No cambiaría a Ojos Azules por el Sebastian más sexy del mundo en ninguna

circunstancia. Además, acabar en casa de un invitado de la fiesta ya fue demasiado arriesgado. Si me hubiera ido a casa de un Sebastian y él hubiera descubierto que me había colado...

—No lo habría descubierto, y si lo hubiera hecho, ¿crees que le habría importado?

Ya, tenía razón. Me estaba dejando llevar por la paranoia.

—Bueno, más vale prevenir que curar. —Sin embargo, de pronto me puse a pensar en la otra oportunidad que me había negado debido a la prudencia—. ¿Por qué tuve que conocerlo en esas circunstancias, Tey? Estaban buscando una organización benéfica para que Sebastian Industrial la patrocinase. Yo podría haber sido el hilo conductor.

—Y todavía puedes. Tienes su teléfono. Pídele una reunión.

—Y después ¿qué? Incluso aunque se decidieran por una de las organizaciones que yo les propusiera, sin Kendra no podría ir más allá de la presentación inicial.

Tey se puso a pensar durante un buen rato, la expresión de su rostro me indicaba que se lo estaba tomando demasiado en serio.

—Tey, sea lo que sea lo que estés pensando...

Al instante, me interrumpió:

—Si les presentaras la Fundación para la Lucha contra la Disautonomía, podrías hacerlo sin Kendra. ¿Sarah no te había ofrecido un puesto con ellos? Podrías dejar de trabajar para Kendra y pasar a formar parte de su equipo en vez de actuar como hilo conductor.

—Ah no. No. —Vi tantos problemas que no podía permitirme acariciar aquella posibilidad—. Para empezar, tendrían que elegir la Fundación para la Lucha contra la Disautonomía entre el dossier de organizaciones que les ofrecería. Si eligieran cualquier otra, estaría jodida.

—Podrías inducirlos a que la eligieran. Seguro que tu entusiasmo los convencería.

Ignoré su comentario.

—Y, luego, ni siquiera sabría cómo hacer una presentación formal. Siempre he estado en el otro lado.

—Puedes arreglártelas sobre la marcha. He visto cómo bordabas distintos proyectos en la universidad que sé que preparaste a última hora y con prisas.

—Y, por último, no quiero dejar de trabajar para Kendra.

—¿Estás segura?

En aquel momento, vacilé. La verdad era que me veía capaz de arreglármelas. Y me entusiasmaba promocionar la Fundación para la Lucha contra la Disautonomía, la FLD. Llevaba dos años intentando que Kendra les consiguiera un gran patrocinador, casi desde que a Teyana le diagnosticaron esa enfermedad. Sin embargo, mi apoyo a la fundación no solo se debía a la condición de Tey, sino que era una muy buena organización sin ánimo de lucro y tenían un futuro prometedor. Estaba convencida de que la única razón por la que nadie le había dado una oportunidad todavía era porque Kendra no la vendía bien. Si me permitiera presentarla a mí, sería capaz de convencer a quien fuera.

Y Kendra me dejaría hacer las presentaciones algún día. Seguro. Tenía que creerlo. Si no, todos los años que llevaba a su lado, sin progresar, habrían sido una pérdida de tiempo.

—Si quisiera irme, habría aceptado el puesto que Sarah me ofreció.

—Eres demasiado leal —suspiró Tey—. Kendra no merece tanta fidelidad.

—Es posible. —No obstante, también le debía lealtad a Teyana, y no podía poner en riesgo la oportunidad de que una empresa escogiera a la fundación por haberlo hecho todo

fraudulentamente.

Esperaba que la discusión terminara ahí. Sin duda, era donde debería haber terminado.

Sin embargo, Teyana no se iba a dar por vencida con tanta facilidad.

—Pues, entonces, quédate en Conscience Connect. También funciona. Convince a los Sebastian y así será imposible que Kendra te despida. Además, verá de lo que eres capaz y tendrá que darte más responsabilidades. Sea como sea, sales ganando.

—No estoy tan segura...

Ya me imaginaba una lista de cosas que podían salir mal. Había visto cómo Kendra trabajaba en acuerdos que se firmaban al instante. En cambio, había otros para los que necesitaba semanas y semanas de duras negociaciones. Desde el banquillo, había aprendido lo suficiente como para saber que era capaz de cerrar un trato rápido y sin complicaciones, pero no tenía ni idea de cómo afrontar la alternativa.

Quizá si supiera que contaba con el tiempo suficiente como para que saliera bien...

Tey me había leído la mente:

—¿Cuándo vuelve Kendra?

—Vete tú a saber.

—La última vez estuvo fuera... ¿cuánto tiempo fue? Dos meses, cuando rompió con aquel chico, hace tres años.

—Pero cuando rompió con la chica con la que salía el año pasado, solo estuvo fuera dos semanas.

Contemplé cómo tamborileaba con los dedos sobre la encimera. Llevaba guantes sin punta, aunque el aire acondicionado no estaba encendido y afuera estábamos a más de treinta grados. El síndrome que padecía impedía que su cuerpo regulara la temperatura de forma correcta, y a menudo se le congelaban las extremidades y adoptaban un tono azulado sin importar el buen tiempo que hiciera. Otros síntomas que acompañaban la enfermedad le impedían optar a un trabajo a jornada completa, y, a pesar de todo, no estaba en un estado tan avanzado como para que se le reconociera la invalidez. Sin la ayuda que prestaba la Fundación para la Lucha contra la Disautonomía, no dispondría de un subsidio para vivir.

¿Cuántas mujeres podrían recibir ayuda de la FLD si lograba el patrocinio de una gran empresa? ¿De verdad podía conseguirlo?

—Esta última desaparición ni siquiera se debe a una ruptura —repuse, mientras me preguntaba si Kendra estaría tan afectada como para no volver en una temporada—. Dijo que estaba indecisa entre dos amores y que necesitaba tiempo para que su corazón tomase una decisión.

—Sí, tiene pinta de una de sus habituales tonterías altisonantes. —El tono era rencoroso. Tarde o temprano, se acabaría disculpando. Era lo que siempre ocurría.

Me mordí el labio y le concedí unos minutos para que se comiera el sándwich y se recreara en su amargura en silencio.

Entendía por qué Teyana estaba tan resentida con Kendra, pero, de todas formas, me entristecía. Hubo un tiempo en que las tres éramos amigas, cuando estábamos en la universidad y nuestro respectivo estatus social estaba más igualado. Eso fue antes de que Tey recibiera el diagnóstico y antes de que nos diéramos cuenta de lo adinerada que era la familia Montgomery. No fue hasta después de la graduación cuando descubrimos que, aunque la educación que

habíamos recibido era exactamente la misma sobre el papel, en el mundo real no era equivalente. A Kendra Montgomery se le abrían todas las puertas. Tey y yo habíamos tenido que partimos el lomo desde el primer día, y, seis años más tarde, todavía no habíamos conseguido ascender demasiado. Y no era por el color de nuestra piel, ya que, en términos de raza, yo era la más caucásica de las tres.

Al principio, me había dado la impresión de que a Kendra le importaba. Me había ofrecido trabajo y había donado dinero a la FLD en nombre de Tey para que esta tuviera garantizada una ayuda económica. Sin embargo, también había dejado de quedar con Teyana. Al parecer, tener una amiga que sufría una enfermedad le suponía demasiado esfuerzo. Prefería firmar un cheque y darle la espalda.

Y yo me había quedado atrapada en medio. Le agradecía que hubiese evitado que Tey se viera obligada a trabajar a jornada completa, pero también detestaba que su comportamiento le hubiera roto el corazón a Tey y destrozado su confianza en sí misma. No me atrevía a admitir en voz alta que todavía albergaba la esperanza de que algún día arreglaran las cosas. Era una razón más por la que no quería irme de Conscience Connect todavía; seguía albergando la ilusión de que mi sueño se cumpliera.

En ese momento, mi teléfono empezó a sonar desde la isla de la cocina, justo donde Tey lo había dejado. Ella se encontraba más cerca, de modo que fue la primera en echar un vistazo a la pantalla.

—Hablando de la reina de Roma... —Con el ceño fruncido, empujó el móvil hacia mí.

Miré la pantalla para confirmarlo. «NÚMERO OCULTO», ponía. La única persona que me llamaba desde un número oculto era Kendra. Entonces, solté un suspiro, puesto que sabía que, si no lo hacía, notaría mi estado de ánimo por mi tono de voz, esboqué una sonrisa de oreja a oreja y respondí.

—¡Kendra! ¿Cómo van las vacaciones?

—No son vacaciones cuando te sientes como yo me siento.

Tey dio la vuelta a la isla para acercarse a escuchar. Su resentimiento no aplacaba la curiosidad que sentía cuando se trataba de Kendra.

—Siento que estés tan deprimida. —No sabía qué decirle, puesto que Kendra ya no daba explicaciones sobre sus relaciones ni sobre sus emociones. Habían pasado años desde la última vez que me había contado cómo se llamaba la persona con la que salía por aquel entonces, ya no digamos lo que sentía.

Por suerte, había supuesto bien:

—«Deprimida» es justo la palabra —respondió.

A mi lado, Teyana soltó un bufido y comentó:

—No sabría lo que es una depresión ni aunque la tuviera delante de las narices.

—Chis —le indiqué, sin hacer ruido. Qué suplicio, de verdad. Detestaba esa guerra que tenían declarada. Detestaba no saber cómo avanzar con mi jefa. Detestaba que se me hubiera presentado una oportunidad para la empresa y no poder hacer nada al respecto.

Sin embargo, sí que podía hacer algo en cuanto a este último punto.

—Bueno, me alegro de que hayas llamado —continué. Acababa de decidir que le iba a sacar el tema—. Me ha surgido una oportunidad para la empresa que quería comentarte. Fui a... —Me detuve para meditar cómo eludir la verdad—. Una fiesta ayer por la noche, del amigo de un

amigo de un amigo mío, y terminé conociendo a alguien que trabaja en el departamento de comunicación de Sebastian Industrial. Me comentó que están buscando una organización a la que patrocinar e incluso me pasó su contacto para que concertara una reunión contigo y...

—No —espetó—. Nada de reuniones. No pienso reunirme con nadie de Sebastian Industrial.

—Pues deja que lo haga yo. Sé que para ti podría ser incómodo, ya que vuestras familias son amigas, pero, dado que fueron ellos quienes solicitaron la reunión y sería yo quien iría, no parecería que les estás presionando para que acepten algo que no quieren, en absoluto.

Soltó un ruidito que parecía una carcajada reprimida.

—Tú nunca has hecho una presentación.

—Porque nunca me has dejado.

—Y no voy a dejar que la primera que hagas sea ante los Sebastian. Sería condenarte al fracaso. Me importas demasiado como para echarte a los leones de esa manera.

—Pero si le importas una mierda —susurró Tey entre dientes.

Le lancé una mirada severa, y, aunque de pronto deseé que no estuviera para que no fuese testigo de la conversación, también me di cuenta de que no habría sido capaz de insistir sin su apoyo y su presencia.

—En tal caso, lo podría aplazar hasta dentro de unos seis meses o así. Cuando vuelvas, podrías enseñarme cómo funciona todo...

Kendra me interrumpió.

—He dicho que no, Tess. ¿Qué parte de «no» no te ha quedado clara?

En ese momento, no solo Teyana tenía una mueca en la cara. Llevaba razón: Kendra no merecía mi lealtad.

Una parte de mí quiso colgarle en ese preciso instante. Sin embargo, dejarme llevar por un arrebató solo me haría sentir bien unos segundos.

—No estaría haciendo bien mi trabajo si ni siquiera te mencionara la oportunidad. Es lo mínimo que debo hacer —respondí, con los dientes apretados.

—Bien, pues ya lo has hecho. Cambiemos de tema, te he llamado por otro motivo. Me he comprado una cama nueva. Es un encargo especial y en las próximas tres o cuatro semanas todavía estaré fuera. He dado tu número de teléfono para que coordinen contigo la entrega. Asegúrate de que la cama vieja desaparece, por favor.

Esa era otra de las cosas que Kendra hacía tras una ruptura: cambiaba la cama para no tener que enfrentarse a «los recuerdos».

—Vaya manera de desperdiciar buen mobiliario —soltó Teyana, indignada.

Yo tampoco aprobaba cómo Kendra despilfarraba el dinero, pero, en ese instante, mi atención se centró en otro dato que acababa de proporcionarme:

—Claro. Entonces, ¿no tienes intención de volver en un mes, por lo menos?

Casi oí cómo ponía los ojos en blanco.

—No lo sé, Tess. No tengo pensado volver hasta que no haya decidido con quién quiero cortar y con quién quiero quedarme. Y estas decisiones requieren tiempo. Espera un momento, porfi.

Intercambié una miradita con Tey mientras oía una conversación amortiguada de Kendra con otra persona. ¿Se daba cuenta de lo engreída que sonaba? Era de vergüenza ajena.

Solo transcurrieron unos segundos hasta que volvió a dirigirse a mí.

—Tengo que colgar, Tess. Ha venido el conserje para llevarme al baño de barro que había reservado. —Y colgó sin darme tiempo para despedirme.

Bajé el móvil con mala cara. No era justo. De acuerdo, los primeros años de la vida de Kendra habían sido muy duros. Pasó sus primeros tres años en un orfanato de Corea del Sur, y entonces sus padres la conocieron mientras hacían una visita filantrópica allí. Pero no recordaba nada de aquella época. Todos sus recuerdos pertenecían a la lujosa vida de niña consentida que llevaba desde entonces.

Y, en cambio, Teyana era la persona más lista y auténtica que había conocido. Tenía mucha vitalidad a pesar de tener los bolsillos muy vacíos. De no ser por la enfermedad, habría llegado tan lejos como Kendra, y sin que nadie la ayudara. Ella era así de increíble.

Con todo, la realidad era la que era: Kendra vivía como una princesa y Teyana sufría limitaciones físicas crónicas, y, de nuevo, no se me permitía ascender al escalón al que me moría por llegar. «Si estuviera en la cima —pensé, y no era la primera vez que la idea me rondaba la cabeza—, las cosas serían diferentes». Podía hacer muchas cosas y muy bien.

Y si Kendra se negaba a ayudarme, tendría que lograrlo sin su ayuda.

Noté que Teyana me observaba con atención.

—Más te vale estar pensando lo que creo que estás pensando, Tess Turani.

—Pues estoy pensando que hoy me acostaré muy tarde —respondí. Para bien o para mal, acababa de tomar una decisión—: Tengo que preparar una presentación.

Capítulo 6

El viernes siguiente me metí en un ascensor que me llevó a la vigesimoséptima planta del Sebastian Center. Estaba hecha un manojo de nervios. Tenía la boca seca y las manos sudadas. Las mariposas del estómago revoloteaban con tanta fuerza que casi parecía que iba a salir volando de allí en cualquier momento.

Todo aquello era un error descomunal.

Me había arrepentido en cuanto llamé a Julie Sanchez el lunes por la mañana para concertar la reunión. Como me había prometido, Ojos Verdes la había informado de que iba a llamar, así que Julie ya había hecho su trabajo y había reservado un día y una hora de antemano, solo que lo había fijado para dentro de tres semanas. Demasiado tiempo. Probablemente, Kendra ya habría regresado para entonces.

Sabía que tendría que haber desistido en ese momento. Enfrentarse a un obstáculo desde el principio no era un buen augurio para proseguir con el plan. Sin embargo, como ya estaba al teléfono con la secretaria, no podía echarme atrás como si nada.

—Podríamos esperar hasta entonces —le había sugerido, pensando a toda velocidad—. Pero ha surgido una oportunidad fantástica para un patrocinio que sé que para entonces ya no estará disponible, y no me gustaría que Sebastian Industrial no pudiera optar a ella.

Entonces, Julie me había dejado en espera varios minutos. Justo cuando empezaba a plantearme que debía colgar y cambiarme de número, la mujer volvió:

—El viernes a las diez. El señor Sebastian dispone de treinta minutos.

Así que aquí estaba yo en este momento, de camino a una debacle inminente.

«Confía en ti», me animé por enésima vez aquella mañana. Teyana me lo había repetido otros cientos de veces en los últimos días. Solo podría hacerlo si confiaba en mí. Era la única forma de no quedar como una tonta de remate.

A pesar de todo, estar segura de mis capacidades resultaba difícil cuando nada de lo que llevaba me hacía sentir yo misma: la ropa, los zapatos y el maletín los había cogido prestados del armario de Kendra. Incluso el portátil me lo había comprado ella. Lo único que me pertenecía al cien por cien era la presentación que había en el disco duro y, teniendo en cuenta que nunca había preparado ninguna de ese tipo yo sola y que tampoco había expuesto ninguna ante clientes potenciales, me costaba un poco tener confianza en mí.

Basta. Podía hacerlo. Podía ser la persona que fingía ser. «El que la sigue la consigue, Tess.

Así que venga, a por ello».

Para cuando las puertas se abrieron en la planta correspondiente, había recobrado cierta compostura. Más o menos. Eché los hombros hacia atrás, levanté la cabeza bien alta y accedí por las puertas de cristal al departamento de Relaciones Públicas.

Entonces, vi a la recepcionista y me quedé petrificada.

Era Eden, la mujer de la azotea. La mujer a quien Ojos Azules penetró con los dedos mientras yo lo presenciaba todo y a la que despachó como quien tira el periódico del día anterior al cubo de reciclaje. ¿Trabajaba aquí?

Pues claro, cómo no.

Porque yo tenía esa clase de suerte y aquello era una estupidez descomunal, y porque Eden estaba invitada a una fiesta cuyos anfitriones eran los Sebastian, así que ¿por qué demonios me sorprendía que formara parte de su círculo?

En ese momento, estuve a punto de dar media vuelta y salir de allí a toda prisa.

Sin embargo, me observaba con una cálida sonrisa de bienvenida y de pronto recordé que, aunque yo había sido testigo de un momento íntimo de su vida privada, ella no me había visto. Tan solo tenía que mantener la calma y todo iría bien. Todo iría bien.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó cuando por fin me obligué a salvar los metros que me separaban de su mostrador.

—Buenos días, tengo una reunión con Scott Sebastian. —Creo que logré sonar preparada, lo que, a su vez, me hizo sentir de ese modo. Eché un vistazo al reloj que colgaba de la pared, detrás de ella. Me habría gustado llegar con antelación, pero, al parecer, había llegado justo a tiempo—. Soy Tess Turani, de Conscience Connect. Me espera a las diez.

Frunció el ceño mientras examinaba la pantalla.

—Ah, aquí está. Veo que no tiene la reunión con Scott, sino con Brett. La está esperando en la sala de reuniones, la acompañaré.

—Oh, de acuerdo, muchas gracias.

Esperé a que rodeara el escritorio y entonces empecé a seguir el ruido de sus tacones por el pasillo de mármol. Me sentía aliviada por ir detrás de ella, ya que así no vería la confusión en mi rostro. Julie me había dicho que la reunión sería con el señor Sebastian. ¿Le habría surgido algún imprevisto? ¿O tal vez el plan de Ojos Verdes había sido derivarme a otro desde el principio? Había sido muy ingenuo por mi parte esperar que el jefe asistiera en persona a una reunión como esta.

Sin embargo, eso tampoco me ayudó a calmar los nervios. De hecho, no había hecho más que alimentar mis miedos. Mientras caminaba tras Eden, pensé que no tenía ni idea de cómo se iba a estudiar y valorar esta presentación. Albergaba la esperanza de dejar el patrocinio atado en cuanto fuera posible, pero si no me iba a reunir con el mandamás, lo más probable era que el tal Brett no tuviera la capacidad de cerrar el acuerdo ese día. ¿Sería él quien pasaría la información a Scott? ¿O tendría que volver yo y repetir la presentación para él? En el segundo caso, no sabía cuánto tiempo tendría que esperar, pero, precisamente, lo que no me sobraba era tiempo.

El pánico me atenazaba el pecho cuando Eden me indicó el interior de una sala de reuniones. En mi cabeza había tantos interrogantes, tantas formas distintas en las que todo esto podía irse a pique, tantas...

El terror dio paso a la sorpresa cuando me encontré cara a cara con Ojos Verdes.

—¡Hola!

—Hola. —La calidez de su saludo emulaba la mía.

Me alegraba mucho de verlo, pero, en realidad, también estaba totalmente desconcertada. ¿Quién era él? ¿Scott Sebastian, el director del departamento de Relaciones Públicas, o era Brett, el hombre con el que tenía la reunión?

—¿Hay algún problema? —preguntó.

Por lo visto, llevaba la perplejidad escrita en el rostro.

—No, es que... —Lo observé con atención. Iba vestido con un traje marrón que hacía que sus ojos verdes adoptaran una tonalidad castaña y aguardaba al otro lado de una mesa de juntas (pequeña, para reuniones de cuatro o cinco personas, como máximo). Si se trataba de Scott (y eso creía, porque él era un Sebastian, ¿verdad? ¿Cuántos Sebastian habría en un mismo departamento?), entonces quizá alguien nos acompañaría en la reunión, incluido el tal Brett. O también podía ser que Scott hubiera concertado la reunión con Brett y luego hubiera sacado algo de tiempo para estar presente.

Fuera lo que fuera, aquí estaba él, esperando a que le diera una respuesta coherente.

—Es que no esperaba que la reunión fuera contigo —admití—. Había supuesto que me atendería otra persona.

—Espero que no sea una decepción. Tenía ganas de volver a verte. —Se acercó a mí y me ofreció la mano—. Creo que no nos hemos presentado como es debido. Soy Brett Sebastian.

—Tess Turani. —Le estreché la mano mientras todas las piezas encajaban en mi cerebro. «Brett». Entonces él no era Scott. En ese momento lo vi claro: tenía más cara de llamarse Brett. Así pues, ¿no estaba al mando? Probablemente, la página web no estaba actualizada cuando la consultamos—. Me alegro de conocerte de manera oficial. Y para nada estoy decepcionada.

—Me alegro. El sábado lamenté no verte otra vez. Te busqué más tarde, cuando Adrienne Thorne se fue por fin.

—¿De verdad?

—Sí. —Sus intenciones eran más que evidentes. Sobre todo porque aún no me había soltado la mano y me la estaba estrechando más tiempo del habitual para una presentación formal entre dos personas que van a hablar de negocios.

Se me hizo un nudo en el estómago. Era atractivo, sí, pero yo no había venido aquí para darme un revolcón, y menos aún para aprovechar mis encantos con el objetivo de convencerlo. Quería ascender en el escalafón por méritos propios, no gracias a mi cuerpo.

De repente, antes de que pudiera decidir cómo reaccionar ante su flirteo, Brett me soltó la mano.

—Y hasta aquí voy a llegar en este sentido. Creo firmemente que los negocios y el placer no son una buena combinación, y estoy decidido a hacer negocios contigo. Tal vez haya tiempo para el placer más adelante...

—Gracias. Y... Sí, tal vez. —Me tranquilizó oírlo y, aunque en ese momento no sentía la misma chispa que en la fiesta del sábado, no le habría hecho ascos a una cita con él cuando todo aquello hubiera terminado.

A no ser, claro, que toda aquella farsa me explotara en la cara, lo que todavía era una posibilidad muy plausible.

Pero ahora ya era demasiado tarde para preocuparme por eso.

—¿Empezamos? —preguntó.

—Sí, claro.

Aguardó a que me hubiera sentado antes de desabrocharse el botón de la americana y tomar asiento frente a mí. Me miró con interés.

—Cuando quiera, señorita Turani.

Madre mía, tener toda la atención de un Sebastian resultaba más estresante de lo que había imaginado.

Y también era mucho más emocionante.

Me provocó una descarga repentina de adrenalina. Disponía de la oportunidad de convencer a uno de los hombres más poderosos de la ciudad. Y era la ocasión de demostrarme que merecía esa oportunidad.

Abrí el maletín (el maletín de Kendra) y extraje uno de los folletos que había impreso el día anterior. Puesto que en la reunión solo estábamos nosotros dos, opté por prescindir del portátil. Tenía una buena presentación en PowerPoint, pero sabía que me iría mejor sin toda la parafernalia. Necesitaba conectar con él de una forma más personal.

De pronto, toda la presentación me parecía desmesurada. Y de repente supe cómo debía enfocarla.

—He preparado un informe con todas las organizaciones benéficas que considero que podrían ser una buena elección para Sebastian Industrial. —Le entregué el dossier—. Todas y cada una de ellas son excelentes y destacadas, y serían una opción fantástica para una empresa tan prestigiosa como la vuestra. Estaré encantada de repasar los pros y contras de cada una, para que puedas visualizar lo que significaría patrocinar a cada una de ellas. O, alternativamente, también podemos saltarnos todo eso y puedo pasar a explicarte por qué Sebastian Industrial cometería un grave error si optara por colaborar con cualquier organización que no fuera la Fundación para la Lucha contra la Disautonomía.

No había balbuceado ni me había equivocado con las palabras ni una sola vez. Lo estaba bordando.

Llegados a ese punto, él tan solo tenía que pedirme que me saltara todos los detalles y le explicara qué era la Fundación para la Lucha contra la Disautonomía y ya lo tendría en el bolsillo. El corazón me martilleaba en el pecho mientras él hojeaba el dossier y yo aguardaba su respuesta.

Tras unos segundos que se me hicieron eternos, me miró con una expresión alentadora.

—Sin duda, has despertado mi curiosidad con esta última asociación. Pero, por desgracia, hay que convencer a todo un equipo, y lo más probable es que quieran que les expliques todas y cada una de las organizaciones con sumo detalle antes de tomar una decisión. Te pido disculpas de antemano por lo larguísimo e interminable que harán este proceso.

Se me hizo un nudo en el estómago. Gran parte de lo que acababa de decirme era motivo de preocupación. Decidí centrarme en la primera cuestión:

—¿Un equipo?

—Solo serán cinco personas. No se van a reunir con nadie hasta que las hayan examinado todas, que es lo que se supone que estamos haciendo ahora. En realidad, es una mera formalidad, pero me brinda la oportunidad de explicarte qué puedes esperar de este proceso. El dossier que has elaborado se ajusta perfectamente a lo que necesitarán ver. Te recomiendo que también

incluyas una presentación con diapositivas.

—De acuerdo. —Me había dejado descolocada, pero eso no significaba que hubiera perdido el control de la situación. Me obligué a inspirar hondo y adaptarme. Para empezar, ya me había hecho a la idea de que cabía la posibilidad de que tuviera que enfrentarme a un grupo. No era grave—. Ya tengo preparada una presentación en PowerPoint. ¿Quieres que prepare el ordenador y la vemos? —Había un monitor en la pared, pero no lograba imaginarme a cinco personas más alrededor de esa mesita. Quizá nos trasladáramos a una sala de reuniones más grande.

Volvió a centrarse en el dossier.

—No, no es necesario. Si la has hecho tan bien como has preparado esto, estoy seguro de que estará perfecta. —Me miró y debió de darse cuenta del malentendido a partir de mi expresión—. Ah, te refieres a ver la presentación con el equipo. No, hoy no van a venir. Tendremos que fijar otra reunión.

Se me secó la boca. Ya había tenido que insistir demasiado para concertar esa reunión. ¿Y ahora había que organizar otra?

—¿Y crees que podremos hacerlo pronto?

—Quizá podemos hacerte un hueco a principios de la semana que viene. Julie ya me ha comentado que es urgente. Supongo que está relacionado con esa organización por la que abogas, ¿verdad?

—Sí. Eh... —«Cálmate»—. Están buscando un patrocinador de forma activa. No me gustaría que perdierais la oportunidad de colaborar con ellos porque sé que serían la organización perfecta para vosotros.

Entonces, cerró el dossier y entrelazó las manos ante él.

—Si dependiera solo de mí, Tess, te pediría que prepararas los contratos ahora mismo. Sé que acabamos de conocernos, pero tengo cierto olfato para estas cosas. Solo con hojear lo que has traído veo que sabes de lo que hablas. Tal y como está, parece mucho más organizado que otras presentaciones que he recibido últimamente.

Tragué saliva en un intento por deshacer el nudo que se tensaba en mi garganta.

—Gracias. De verdad, te lo agradezco.

—Lo digo en serio. Siento no tener la autoridad para dar luz verde a la colaboración.

Su sinceridad me animó a hablar con la misma honestidad.

—¿En serio? Es que... bueno, me sorprende.

Me miró de forma un tanto extraña.

—Ah, ¿lo dices por mi apellido? Ya, me pasa a menudo.

Un momento. ¿Qué?

—Soy uno de los Sebastian secundarios —me explicó—. No soy descendiente de Irving. Mi abuela era Ida, su hermana. Soy solo un primo. Con mucho menos poder, y mucho menos imponente.

—Ah. —Entonces asimilé lo que acababa de decir—: Aaaaahhhh. —Madre de Dios, menuda idiota. Había oído su apellido y me había montado una película en la cabeza. Me sentía incluso más estúpida por no haber invertido ni un solo segundo en indagar acerca del árbol genealógico de la familia Sebastian. Durante la semana que había dedicado a prepararme, había estado tan centrada en investigar la empresa en sí para dar con la mejor manera de convencerlos

de un futuro con la FLD que había olvidado por completo estudiar su pasado.

Me juré hacerlo antes de la próxima reunión con el equipo.

¿Y a qué se refería con eso último? ¿Lo de «imponente»?

Hizo un gesto para restarle importancia.

—No debería haber dicho eso. No quiero que te preocupes por la presentación. Solo estará presente uno de los Sebastian principales, y no es de los que muerde. —Se lo pensó mejor—. Al menos, no mucho.

Pero sus palabras no me tranquilizaron en absoluto. No me llevaba bien con los hombres poderosos que mordían.

De pronto, la mirada de Brett se centró en un punto a mis espaldas.

—Vaya, de hecho, aquí lo tenemos. —Se puso en pie y se dirigió hacia la persona que estaba detrás de mí—. Qué casualidad, justo estábamos hablando de ti.

El terror me asaltó de golpe. Lo supe antes de levantarme y darme la vuelta. Lo noté en la piel, cargada de electricidad, como si me corriera por las venas. Supe que era él.

De alguna forma, logré ponerme en pie. Las rodillas no me fallaron cuando me giré y, sin saber cómo, conseguí no desplomarme cuando me encontré con esos ojos azules como el océano. Eran incluso más irresistibles de lo que recordaba.

Sonrió con tanta tranquilidad que pensé que no me había reconocido. Pero sí que lo había hecho. Sus labios quizá lo habían disimulado, pero sus ojos se posaron en mi rostro con una avidez familiar. Brillaban, triunfantes.

Y Brett no era consciente de nada.

—Scott, te presento a Tess Turani. Trabaja para la empresa que hará de enlace con las organizaciones benéficas.

Dejé que Ojos Azules (Scott) me tendiera la mano. La estrechaba como Brett, quizá con un poco más de firmeza, pero el efecto que tuvo sobre mi cuerpo fue radicalmente distinto. Era como si me hubiera enchufado a la corriente. Como si ciento diez voltios nos recorrieran la piel a través de nuestro contacto.

—Sí —dijo, con un ápice de determinación en el tono—. He oído que tenías una reunión con Conscience Connect, así que he decidido pasarme por aquí para ver quién era el enlace, porque sabía que Kendra no podía ser. Me alegro de conocerte por fin, Tess... Turani, ¿verdad?

—Eh... Ajá. —Fueron los únicos sonidos que logré emitir. Me había acostado con él. Y ahora tendría que trabajar con él. Y era un Sebastian.

«Corren unos cuantos por aquí», me había dicho cuando pronuncié el apellido en la fiesta.

Quise darme cabezazos contra la pared.

¡Y, por si fuera poco, conocía a Kendra! El hombre misterioso que me había regalado el mejor sexo de mi vida estaba delante de mí, era un Sebastian y el hombre que estaba al mando y, además, conocía a Kendra. Joder.

—Gracias, Brett —añadió, sin soltarme la mano todavía—. A partir de aquí me encargo yo. ¿Podrías cerrar la puerta cuando salgas?

—Oh, claro, ningún problema. —Brett parecía sorprendido de que lo echara, pero era un Sebastian secundario, como él mismo había dicho, y no iba a rebatirlo. Cuando estaba a punto de salir, se dio la vuelta—. Tess, voy a pedirle a Julie que llame al número que consta en el documento para concertar la reunión de la semana que viene, si te parece bien.

Con los ojos todavía clavados en Scott, me aclaré la voz.

—Sí, perfecto. Muchas gracias, Brett.

Entonces, la puerta se cerró y Scott y yo nos quedamos solos.

—Vaya, parece que te he encontrado —comentó con una sonrisita traviesa.

En efecto: estaba perdida.

Capítulo 7

—Eso parece —repuse, haciéndome eco de las palabras de Scott. Y es que, joder, había tenido todas las señales delante de las narices y no había visto ninguna. Era un invitado de la fiesta. Tenía un coche y un apartamento demasiado lujosos. Ni siquiera me había molestado en preguntar su nombre. Era una imbécil redomada. No solo me había metido en la guarida del león, sino que había irrumpido en ella a toda velocidad.

¿Qué demonios se suponía que debía hacer, llegados a ese punto?

Mientras tanto, Scott no perdió la sonrisa cuando me soltó la mano y me rodeó con sus ojos azules repasándome de pies a cabeza y devorándome con la mirada. Era ávida, posesiva y curiosa, y me habría parecido sumamente inapropiada en cualquier otra circunstancia. No es que en ese momento no fuese inapropiada (lo era incluso más, si tenemos en cuenta la dinámica de poder), sino que, en ese mismo instante, no me molestaba.

Me sentía tan abrumada que me sorprendía que todavía me acordara de respirar.

—Así que eres un Sebastian —añadí cuando se hizo evidente lo mucho que disfrutaba dominando la situación. No estaba dispuesta a arruinarlo, así que me limité a hablar lo mínimo imprescindible.

Su sonrisita se llenó de petulancia.

—Uno de muchos.

Pasamos unos segundos en silencio. Unos segundos en los que evoqué por enésima vez toda la conversación que habíamos mantenido en la barra de la fiesta. Me había estado escuchando mientras yo alucinaba porque acababa de conocer a un Sebastian. Debía de haberse dado cuenta de lo fácil que era que sucumbiera a sus encantos: bastaba con que dijera cómo se llamaba.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Fuiste tú quien dijo que nada de nombres.

—Pero me lo podrías haber dicho antes de eso. Pensaba que habrías aprovechado la mínima oportunidad en cuanto mostré interés por tu familia.

Levantó un hombro con gesto de indiferencia.

—Me daba miedo que quisieras venir a mi casa si te lo decía.

—¿Y acaso no era esa tu intención?

—¿Quería que vinieras conmigo a mi casa? Sí, pero no por el hecho de ser un Sebastian.

Eso me hizo callar. Sus palabras evidenciaban un ápice de vulnerabilidad que me sorprendió.

Me sentí avergonzada por lo mucho que me había entusiasmado al haber conocido a alguien que estaba forrado. A menudo había criticado que la clase alta no se mezclara con los comunes mortales, y los había tachado de estirados y egocéntricos. Nunca me había planteado que esta división pudiera tener otras motivaciones.

—Lamento que sintieras que debías tener cuidado conmigo —admití al cabo de un instante. Y, entonces, me reprendí: con todo lo que me estaba jugando, ¿era eso lo que me preocupaba en aquel momento?

—No, tranquila —respondió—, no tienes que disculparte por eso. Es problema mío, no de Tessa Turani. —Alzó una comisura del labio tras pronunciar mi nombre, como si disfrutara de ello—. Tessa Turani —repitió mientras lo saboreaba por segunda vez.

La forma en que pronunciaba la ese me hizo recordar la sensación de su lengua sobre mi cuerpo. El corazón se me aceleró y cada terminación nerviosa de mi cuerpo se inflamó.

Y nada de todo aquello parecía apropiado, puesto que trataba de demostrar que era una profesional.

—Me llamo Tess, no Tessa —le espeté, en un intento por igualar las condiciones.

—A mí me gusta Tessa —comentó con un tono tajante que no daba lugar a réplica. Se desabrochó la americana y se apoyó sobre la mesa con una postura muy despreocupada que no contribuía a reducir su imponente presencia—. Así que Kendra por fin se ha decidido a hacernos una presentación, ¿eh? Qué interesante.

El estómago se me encogió al oír el nombre de Kendra. Justo en ese momento se me ocurrió que quizá había algún motivo que yo desconocía por el que se negaba a hacer negocios con Sebastian Industrial. ¿Hasta qué punto se conocían Kendra y Scott?

Por lo visto, este esperaba a que yo dijera algo. Opté por lo más inocuo que se me ocurrió:

—Mencionó que los Sebastian eran amigos de la familia.

—Amigos de la familia. Exacto. —Parecía divertido ante la elección de palabras—. Los Montgomery y los Sebastian se conocen desde hace muchos años. Supongo que por eso te ha mandado a ti en vez de hacerlo ella misma, ¿no?

Ay, madre. Que tienen un pasado.

Un pasado que no podría haber intuido por mucho que lo intentara. Lo mejor que podía hacer era seguir interpretando el papel de empleada desinformada.

—Es posible. Además, ahora está fuera, de modo que yo soy la encargada de hacer las presentaciones en su nombre. —Esto sería factible.

Solo esperaba que Scott y Kendra no se conocieran tan bien como para que él supiera que ella no dejaría que nadie hiciera nada en su nombre.

Scott adoptó un aire pensativo durante unos segundos mientras yo aguantaba la respiración y esperaba que no percibiera cómo me temblaban las piernas ni cómo me dedicaba a admirar la perfección de su mandíbula.

—Bueno, pues me alegro de que quiera colaborar con nosotros —repuso, por fin—. La relación entre nuestras familias no debería ser un obstáculo para que consiguiéramos grandes cosas, en absoluto.

—Estoy segura de que ella piensa lo mismo —respondí, aunque no podía bajar la guardia.

Scott asintió.

—¿Y has dicho que está fuera?

La pregunta me hizo recelar. Pero incluso aunque quisiera ponerse en contacto con ella, no podría. Por una vez, di gracias por la inclinación de Kendra a ser una melodramática.

—Ilocalizable. Ha desconectado por completo: ni móvil ni redes sociales. De vez en cuando me llama para ver cómo va todo, pero, cuando lo hace, ni siquiera llama desde su número habitual.

—Qué envidia. ¿Y sabes cuándo va a volver?

—¿En un par de semanas? O quizá en un par de meses, quién sabe. —Mentirle no servía de nada. Ya empezaba a aceptar que, probablemente, me quedaría sin trabajo. Esperaba cerrar un acuerdo de colaboración entre Sebastian Industrial y la FLD antes de tener que aceptar la oferta de trabajo que estos últimos me habían hecho.

—¿Crees que podríamos cerrarlo todo antes de que volviera?

En vez de preguntarme por qué Scott estaba tan impaciente por cerrar el acuerdo, pensé que parecía que el universo, por una vez, estuviera de mi lado.

—Sería posible si Sebastian Industrial lo tratara como una prioridad.

De nuevo, asintió con la cabeza.

—El siguiente paso es la presentación ante el equipo, ¿verdad? A partir de ahí, ¿cuál es el proceso? —Tomó el dossier que le había entregado a Brett y que se había quedado sobre la mesa cuando había salido a toda prisa y se puso a hojearlo.

Pestañeé y adopté una actitud profesional:

—Presentaré con detalle las organizaciones que, en mi opinión, serían las mejores candidatas para cerrar un acuerdo de colaboración. En cuanto os decidáis por una de ellas, invitaré a sus representantes para realizar una reunión de coordinación. Nunca hemos tenido una organización benéfica que rechazara una oferta, así que, a partir de ahí, el resto son meras formalidades. En realidad, la duración del proceso depende sobre todo de la rapidez con la que toméis la decisión.

—Y, entonces, cuando se cierra el trato, ¿tú ya no participas en las negociaciones?

—Bueno... —No sabía si trataba de deshacerse de mí o, por el contrario, alargar el tiempo durante el que trabajaríamos juntos. Necesitaba que se tratara de lo primero. Y odiaba lo mucho que deseaba que fuera lo segundo.

Lo más sensato habría sido dar una respuesta que me confirmara que estaba de mi parte, pero, sin conocer sus intenciones, debía ceñirme a los hechos.

—Depende del contrato. Conscience Connect seguirá ejerciendo de enlace durante la fase inicial, por supuesto. Después, la organización suele designar a alguien de su propio equipo para que desempeñe ese papel. —Si eligieran la FLD y yo acabara trabajando para ellos, entonces me designarían a mí.

—¿Y tu sueldo sale de los fondos donados? No se te paga hasta entonces.

—Conscience Connect recibe el pago cuando la empresa emite el cheque.

—Razón de más para agilizarlo.

Aliviada, relajé los músculos. Solo le preocupaba que yo recibiera mi sueldo, eso era todo. Era una lástima que nunca fuera a cobrarlo de verdad. Aunque, si era un cheque de los gordos, tal vez serviría para convencer a Kendra de que me dejara conservar el trabajo. Con un bonus, incluso. O, mejor todavía, con un aumento.

Pero estaba adelantando acontecimientos.

—Os lo agradecería.

Se incorporó, se abrochó la americana y se colocó el dossier bajo el brazo.

—Creo que el equipo ya tiene programada una reunión el lunes. Pediré que cambien el orden del día para que puedas hacer la presentación ese mismo día.

—De acuerdo, muchas gracias.

Sus ojos se encontraron con los míos, una colisión que me dejó sin sentido. Alargó la mano para que se la estrechara y, cuando se la ofrecí, una descarga eléctrica me recorrió de arriba abajo. Fue lo bastante potente como para hacerme consciente de que no solo estaba adelantando acontecimientos, sino que también me había vuelto loca de remate, porque ¿cómo diantres pensaba trabajar con un hombre con el que me había acostado? No sería capaz. Aquel hombre ejercía demasiado poder sobre mí. Podía desplegar sus encantos en cualquier momento y yo le daría mis braguitas en un abrir y cerrar de ojos.

Claro que, con la excepción del flirteo inicial, había mantenido una actitud absolutamente profesional.

Conseguí separar la mano de la suya y lo miré de soslayo.

—Esto no va a suponer ningún problema, ¿verdad?

—¿Por qué iba a serlo? —Se metió las manos en los bolsillos del traje, con actitud despreocupada. Como si no hubiera ocurrido nada entre nosotros.

—Por lo de la otra noche —repliqué, impávida.

—¿Qué pasa con lo de la otra noche?

Ay, cierto. Que era de los que querían escucharlo en voz alta. Ya conocía ese juegucito. Y el hecho de que me hiciera jugar no auguraba nada positivo para el acuerdo.

Razón de más para que abordáramos el tema en ese momento.

Me crucé de brazos.

—Que mantuvimos relaciones sexuales, Scott.

—Sexo oral.

—Ya. —Un sexo oral alucinante. Pero ¿por qué iba a enfatizarlo si...?—. ¿Cómo?

—Un momento. —Poco a poco se le dibujó una sonrisilla en la cara mientras saboreaba el pensamiento—. ¿No creerás que...?

Madre mía.

¿No habíamos...?

Pero si yo pensaba...

Las mejillas me ardían tanto que seguro que se me habían puesto rojas, a pesar de que mi piel no se sonrojaba con facilidad de forma evidente. ¿Cómo había metido tanto la pata? Qué humillante.

Y Scott, por su parte, lo disfrutaba de lo lindo, a juzgar por la sonrisa que tenía dibujada en la cara.

No. Había tenido razones de peso para deducir el resto de lo que había pasado aquella noche.

—Me desperté desnuda. En tu cama. Tras lo que había ocurrido en el coche..., llegué a la conclusión más lógica.

Su sonrisa desapareció.

—Eh, espera un momento. Eso me ofende, Tessa, y en muchos sentidos. Creo que demostré que soy todo un caballero. Que asumas que no puedo desvestirte, meterte en la cama y

comportarme como es debido resulta ofensivo.

Abrí la boca para responder, pero él prosiguió:

—Y todavía es más ofensivo que creas que has olvidado que has follado conmigo. No lo olvidarías. Da igual lo borracha que estuvieras. No habrías podido salir de la cama por la mañana, y menos aún sin comer nada. E, incluso así, te habrías ido renqueando.

—Eres un creído.

Caso omiso.

—Y lo más insultante de todo es que pienses que me follaría a una mujer que estuviera tan borracha. No soy un depravado con tan poca moral.

No iba a pedirle disculpas por mis suposiciones.

—¿Y por qué no es una conclusión lógica? Cualquier mujer se lo imaginaría si se hubiera despertado en tu cama, sobre todo si no recordara cómo había llegado hasta allí. Especialmente después de que... Bueno, ya sabes... —No iba a darle la satisfacción de repetírselo.

Pero él estaba más que dispuesto a terminar la frase:

—¿Te comiera el coño? Sí. Eso sí que lo hice. Y tú no dejabas de gemir «joder, sí, sí, joder», pero entonces me pareció que quizá no estabas en condiciones para dar tu consentimiento de forma plenamente consciente.

—Me corrí tres veces.

Me guiñó un ojo.

—Lo dicho: soy inolvidable.

—No era a lo que me... —¿Por qué me resultaba tan difícil concentrarme cuando lo tenía tan cerca? ¿Y en qué momento había acortado tanto la distancia que nos separaba? Retrocedí un paso—. Lo que quería decir es que tardaste bastante en plantearte lo del consentimiento.

—Sí. —Fingió un suspiro—. Debería haber caído antes, lo reconozco. Me gustaría alegar que perdí el control porque yo también bebí, que es cierto, pero la verdad es que bajé al pílón porque tenía muchas ganas, y me cuesta mucho resistirme a lo que me apetece. Sobre todo cuando lo tengo justo delante. —De alguna forma, había conseguido acercarse de nuevo—. ¿Vas a poner una denuncia por agresión sexual?

—¿Qué? No. Menuda tontería. Si yo misma te lo supliqué. —Oía tan bien que me faltaba poco para suplicárselo en ese momento.

Alcé la barbilla e hinché las narinas para inspirar su perfume masculino; en ese momento, me refrené. No era una buena idea. Nada relacionado con este hombre lo era.

Esta vez retrocedí dos pasos con la esperanza de que la energía que existía entre nosotros se desvaneciera. Recé para obligarme a decir algo inteligente y adecuado que pusiera punto final a la retahíla de actos obscenos que, de pronto, habían conquistado mi imaginación.

—Estaba borracha —aclaré—. No te culpo por nada de lo que ocurrió. Siento haber supuesto que había ido a más. Estoy convencida de que habría pasado si hubiera estado más sobria. Con consentimiento, claro. Fue divertido, pero, y aunque suene a cliché, no suelo comportarme así.

Apretó la mandíbula. Le brillaban los ojos.

—¿Te gustaría hacerlo?

—Eh... ¿Cómo?

—Ahora no estamos borrachos.

—Ah... Ah... —Debería haber respondido «no, no». Y no solo a su sugerencia, sino

también a la propuesta de trabajar con él. No poseía la fortaleza suficiente para resistirme a un hombre tan perjudicial para mí como Scott Sebastian.

Giré sobre los talones e inspiré hondo. Cuando no estábamos frente a frente, sí era capaz de resistirme.

—No puede pasar nada entre nosotros, Scott. Es muy poco profesional, además de inapropiado. —Me volví hacia él de nuevo—. Y, puesto que ahora no estamos borrachos, no soy tan reacia a plantearme poner una denuncia en caso de que me vuelvas a hacer una insinuación de ese tipo.

Esto pareció hacerle recuperar el sentido común.

—No hace falta llegar a ese punto. No quería propasarme. Olvídalo. Y también quiero dejar clara una cosa: no voy a echarte del proyecto por nada que digas o hagas o por no hacerlo. No quiero que tengas la sensación de que hay una dinámica de poder entre nosotros. No soy tu jefe, sino el chico de la azotea. Y tú eres una chica atractiva con unos ojos fascinantes. Solo quiero pasar tiempo contigo. —Su expresión era sincera cuando añadió—: A ser posible, sobrios y follando.

¿Por qué? ¿Por qué?! ¿Por qué resultaba tan irresistible?!

¿Y cómo podía creer que no existía una dinámica de poder entre nosotros?

Me pasé la mano por la cara en un gesto de frustración.

—Te das cuenta de que eso no es factible, ¿verdad? No se puede «olvidar» y ya está. Lo que pasó entre nosotros no desaparecerá solo porque tú lo finjas. Al menos, a mí no me funciona. Tú sigues siendo tú. Sigues teniendo ese poder. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, entiendo que soy un Sebastian y que eso conlleva ciertas ventajas. —Su tono también reflejaba frustración. Luego, se suavizó a una emoción más vulnerable, aunque igual de intensa—. Pero ¿de qué sirve el poder si no puedes alcanzar lo que deseas?

Sutil. Qué sutil, joder.

Lo suficiente como para traspasar la fachada de chica dura que trataba de mantener. Podía hacer lo que quisiera conmigo. Era débil. Y estaba más que dispuesta.

Sin embargo, antes de dar un paso al frente para lanzarme a sus brazos, tal y como deseaba desde hacía rato, Scott se echó atrás y levantó las manos en señal de rendición.

—Tienes razón. Me he pasado de la raya, te pido disculpas. Has venido a hacer tu trabajo, de modo que voy a dejar que lo hagas sin acosarte. Pediré a mi secretaria o a Julie que te llamen para confirmar la hora de la reunión del lunes. Gracias por venir, señorita Turani. Estoy seguro de que sabrás encontrar la salida. Sé de buena tinta que eso se te da muy bien.

Me dejó boquiabierta, sola y tremendamente decepcionada por no sentirme más aliviada.

Capítulo 8

Pasada la media tarde, Teyana se presentó en casa de Kendra y me encontró tumbada en el suelo del vestidor.

—¿Tan mal ha ido?

Aparté el brazo con el que me cubría los ojos para mirarla.

—Bien no ha ido.

Asintió con aire pensativo. Es probable que tratara de decidir qué parte de mi reacción ante la reunión con Sebastian Industrial era real y cuál era exagerada.

—A veces yo también me tumbo en el suelo, pero no en el vestidor.

—Nunca has tenido uno.

—Eso es verdad. Pero ¿hay alguna razón por la que hayas optado por el vestidor?

Hice una mueca al recordar cómo había llegado hasta allí.

—He entrado para elegir qué ponerme en la próxima reunión. Luego he empezado a pensar en todo el dinero que voy a necesitar para pagar la tintorería de los trajes y vestidos que he tomado prestados y, de repente, he necesitado sentarme.

Sus ojos se iluminaron al oír «próxima reunión», pero, como buena amiga, se centró en el problema que le había planteado.

—No los llesves a la tintorería. Vuelve a colgarlos en sus perchas y no digas ni una palabra.

—No puedo estar en una sala con esa gente sin ponerme nerviosa. Empiezo a sudar.

—Ahora te estás ahorrando el billete de tren cada día, y podemos cocinar en lugar de pedir comida a domicilio.

—De acuerdo. —Suspiré. En ese sentido, estaba resultando un poco exagerada. Aunque vivía al día, podía permitirme algún capricho con mi presupuesto—. Tienes razón.

—Ajá. —Me ofreció una sonrisita de superioridad mientras soltaba su bolsa de ropa y apoyaba el bastón contra el estante.

—¿Cómo te encuentras hoy? —pregunté, demasiado tarde. Debería haber sido mi primera pregunta. Venir a la ciudad siempre la dejaba exhausta, pero seguía insistiendo en hacerlo.

—Pues la verdad es que me encuentro bastante bien.

—Me alegre mucho.

Siempre vivía a la espera de días como ese, en los que su energía se equiparaba a su vitalidad y podía «vivir» en vez de limitarse a existir. Ambas sabíamos cómo se iba a encontrar al día

siguiente. Había sido buena idea que se quedara a pasar el fin de semana conmigo en vez de volver a Jersey City aquella noche.

—Espera un momento —dijo, y se agachó a mi lado—. Deja que me estire contigo y entonces me lo cuentas todo.

Aguardé hasta que se hubo tumbado y estuvo cómoda para empezar. Entonces, pasé la siguiente media hora explicándole en detalle la mañana que había tenido, desde mi encuentro con Eden en la recepción hasta cómo me había dejado el encuentro con Scott Sebastian en la sala de reuniones, hecha un flan.

—Creo que, después de todo eso, yo también estaría tumbada en el suelo del vestidor —aseguró cuando terminé.

—También estás tumbada en el suelo del vestidor —observé.

No obstante, la sonrisa se desvaneció deprisa. Al relatar lo que había ocurrido, había puesto el foco de atención en el problema en el que me había metido y la ansiedad formó una pelotita en mi estómago. Solté un gruñido.

—¿Qué voy a hacer, Tey?

Se volvió para mirarme, se llevó las rodillas al pecho y apoyó la cabeza en una mano.

—¿Qué quieres hacer?

—Bueno, no quiero quedarme sin trabajo, pero está claro que existe la posibilidad. —En cierto modo, aceptarlo me facilitaba la toma de decisiones. No había razón para echarme atrás sí, de todos modos, tendría que enfrentarme a la ira de Kendra—. Supongo que quiero asegurarme de que Sebastian Industrial escoge la Fundación para la Lucha contra la Disautonomía para el acuerdo de colaboración. Es lo único bueno que puede salir de todo esto.

—Déjate de chorradas. Hay otras organizaciones fantásticas en el dossier. Elijan la que elijan, saldrá algo bueno.

La miré con los ojos entrecerrados.

—Sé lo que estás haciendo, Teyana Lewis. Estás rebajando mis expectativas, pero quiero que elijan la FLD. Voy a convencerlos para ello. —Decirlo con tanta convicción me hizo sentir como si lo prometiera. Me dejaría la piel para cumplir esa promesa.

—Espero que no lo hagas solo por mí. —Pestañeó, emocionada.

—Bueno. En parte. Pero también lo hago por mí. Si consigo convencerlos para que seleccionen la FLD, entonces quizá pueda negociar un sueldo mejor que el que me ofreció Sarah. Y necesito darles una razón de peso para contratarme en caso de que la oferta ya no esté en pie.

—Eh, bien pensado.

Una fracción de la ansiedad se desvaneció. Ya había analizado la situación a conciencia, lo había reflexionado del derecho y del revés, pero agradecía la aprobación.

—Todavía no le he comentado nada al respecto a Sarah. No quiero que se haga ilusiones. La llamaré cuando Sebastian Industrial la invite para la reunión de contacto.

—Entonces ya has decidido lo que vas a hacer. Tú puedes. Para ti está chupado. —Si Teyana confiaba en mí, me resultaba mucho más fácil creer en mí misma.

Sin embargo, todavía no estaba del todo tranquila. Y con mi amiga allí a mi lado podía permitirme preocuparme de verdad. Me incorporé y me volví para mirarla; tenía la espalda apoyada sobre el amplio surtido de bolsos que Kendra poseía.

—Pero ¿y si no optan por la FLD?

—Entonces los convences para que elijan otra. Sarah te contratará de todos modos. Ya te ha dicho más de una vez que sabe que, tarde o temprano, aceptarás el puesto. Solo está esperando a que tú también te des cuenta.

Sí, al menos tendría un trabajo en algún sitio. Supuse que eso no me preocupaba.

—¿Y si Kendra vuelve antes de que se cierre el acuerdo?

Tey se encogió de hombros.

—Pues que lo concluya ella. No podrá negarse una vez se haya iniciado el proceso.

Será una humillación, pero lo superará.

—¿Y si Scott llama a Kendra y descubre que soy una farsante antes de que todo el plan funcione?

Tey también se incorporó para contestarme.

—Opción A —dijo mientras levantaba un dedo—: no contestará al teléfono. —Levantó otro dedo—. Opción B: pasará lo mismo que si vuelve: empezaría a trabajar para la FLD. Pase lo que pase, no saldrás perdiendo, cielo.

—Pero él no querría ni verme —susurré.

—¿Scott? Bueno, sí, claro, cabe la posibilidad. —Ni siquiera Tey era capaz de convertirlo en una mentira piadosa.

Negué con la cabeza, enfadada conmigo misma, y el estante se me clavó en la nuca. Era absurdo que me importara lo que Scott Sebastian pensara de mí, pero no podía evitarlo. Me importaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Pasaron unos segundos antes de que Tey retomara la palabra.

—¿Crees que Kendra y él han follado?

—Venga ya, ¡estoy intentando no plantearme esa posibilidad! —Era una perspectiva que, de algún modo, había conseguido reprimir hasta ahora. Una vez que la mencionó, la imagen se compuso en mi cabeza, gráfica y perturbadora.

—Pero estás contemplando el peor de los casos, ¿no? Así que también tienes que planteártelo. Sería muy irresponsable no tener en cuenta esa posibilidad. ¿Qué pasaría si lo hubieran hecho?

La miré con cara de pocos amigos, convencida de que, en realidad, no lo preguntaba por responsabilidad, sino porque quería sonsacarme qué sentía por él.

—Pues que me pondría celosa —admití. Solo de contemplar la idea, ya lo estaba. Era una tontería, porque no me había sentido así con Eden, aunque sabía a ciencia cierta que se había acostado con Scott. Probablemente, gracias a Kendra. Porque la conocía y porque ella siempre conseguía todo lo que quería y nunca lo valoraba.

Por el amor de Dios, pero ¿qué me pasaba? Entre ese chico y yo no había nada.

—Ya, te entiendo —soltó Tey, como si pudiera leerme la mente—. Pero, más allá de hacerte sentir así, ¿qué es lo peor que podría pasarte a nivel laboral?

Quizá no había acertado con sus intenciones. Ahora que lo pensaba, plantear esta cuestión ponía de relieve cierta ventaja:

—A decir verdad, puede que sea positivo. Kendra hará lo típico, no volver a dirigirle la palabra. Y me atrevería a asegurar que ese también es el *modus operandi* de él.

—Sí que tiene pinta de ser un rompecorazones.

—Pero si solo sabes de él lo que yo te he contado.

—Pero tus descripciones lo dejan clarísimo.

Intenté soltar una carcajada. Me costaba ver el lado positivo de que mi jefa se hubiera acostado con el hombre más atractivo que había visto nunca, aunque era muy posible. Un hombre muy atractivo que había mostrado interés en mí.

—Me ha tirado los tejos otra vez, después de la otra noche.

Tey entendía mi preocupación.

—Pero no ha pasado nada. Para él eres diferente. Representas lo desconocido.

Y esa era otra cuestión en la que no me había permitido pensar: el sexo que no habíamos tenido. Por un lado, me alegraba de no haberme perdido algo que seguro que sería alucinante. También facilitaba que la relación fuera estrictamente profesional. Pero, por otro lado, me sentía como si hubiera perdido algo que había creído tener. Algo que, probablemente, Kendra sí habría poseído. Y por eso yo lo quería todavía con más ganas que antes.

—¿Es bueno o malo que no me acostara con él? —le pregunté. No sabía cómo debía sentirme al respecto.

—Ni lo uno ni lo otro —respondió Tey, directa—. Tan solo es un hecho. Por eso él no va a llamar a Kendra, sino que te va a llamar a ti. —Hizo una pausa antes de plantearme la pregunta crucial—: ¿Qué harás cuando vuelva a intentar acostarse contigo?

No dijo «si», sino «cuando».

¿Por qué me invadió un torrente abrumador de adrenalina solo de pensarlo?

—No sé qué decirte, Tey. —Era consciente de lo que debería hacer. Pero también me conocía y sabía la poca fuerza de voluntad que tenía cuando estaba cerca de hombres como Scott Sebastian.

Tey me miró con los ojos abiertos de par en par, sorprendida.

—¡No puedes acostarte con él, Tess! No puedes, bajo ninguna circunstancia, por mucho que se te mojen las bragas. No es así como quieres que salgan las cosas.

Dejó que asimilara el sermón y, cuando retomó la palabra, lo hizo con menos severidad:

—Mira, tú vas allí, haces la presentación, firmas los contratos y consigues un puesto de trabajo en la FLD. Y, cuando eso suceda, luego te lo podrás follar todo lo que quieras.

Lo más probable era que, para entonces, Scott ya hubiera descubierto que era una farsante, lo que descartaba por completo cualquier remota posibilidad de que esta fantasía se cumpliera.

Sin embargo, lo pasé por alto y asentí para mostrar mi conformidad:

—Parece un muy buen plan.

* * *

—¿Estás lista? —me preguntó Brett en voz baja mientras los miembros que conformaban el equipo llegaban a la sala de reuniones de Sebastian Industrial.

El corazón me aporreaba el pecho mientras sopesaba qué contestar. Sí, claro, estaba lista. Había preparado una buena presentación. El PowerPoint estaba conectado y proyectado, listo para que empezara a pasar diapositivas. Los folletos que había diseñado estaban colocados en la mesa. Tenía una botella de agua y una taza de café. Y, además, el conjunto de Oscar de la Renta de blusa estampada y pantalones que había tomado prestado del vestidor de Kendra me quedaba

divino.

Pero ¿estaba lista de verdad? Ni por asomo, joder.

—Tengo las manos tan sudadas que solo espero no tener que estrechársela a nadie — confesé, y con eso le dije todo lo que necesitaba saber.

—Quédate aquí atrás mientras entran. Te voy a presentar cuando estén todos sentados, así no tendrás que dar la mano a nadie. —Pero sabía qué le había querido decir en realidad—. Lo vas a hacer fenomenal, Tess. Saldrá muy bien.

—Gracias. —Lo decía con buena intención, pero no me ayudó a calmar los nervios. La fe que tenía en mí era una mera suposición, puesto que en ningún momento había oído la presentación, y, dado que no solo era la primera vez que exponía ante este grupo, sino la primera que lo hacía en la vida, me habría ido muy bien un discursito motivacional de alguien que me conociera.

Observé a las personas sentadas en la sala, absortas en bromas privadas del trabajo. Dos mujeres, tres hombres y el lugar de Brett. La silla que había al otro extremo de la mesa estaba vacía. Tragué saliva al pensar en el hombre que pronto la ocuparía.

—Estos son Silvia, Paris, Matthew M., Matthew T., y a él le llamamos Matt. Y Anthony es el del agua con gas. —Brett los señaló con disimulo—. Te los vas a ganar enseguida. Bueno, Scott es otro tema, pero a él ya lo conoces.

Esa última frase escondía cierta curiosidad. Sonaba como una invitación a que le contara hasta qué punto conocía a Scott en realidad. Incluso aunque hubiera querido explicárselo a Brett, en ese momento era un tema en el que no quería pensar.

Además, la insinuación velada me preocupó:

—¿Scott es complicado de convencer?

Era evidente que se debatía entre ser sincero y no intimidarme todavía más.

—Bueno, sí. A ver, los Sebastian principales se han ganado cierta reputación. Pero, al menos, no es uno de los hijos de Reynard. Esa rama de la familia sí que es despiadada.

Nada de lo que había dicho resultaba reconfortante.

Mi expresión debió de evidenciar el pánico. Tomó mi móvil, que él mismo había colocado en la mesa para que yo pudiera controlar el tiempo.

—Mira, vamos a hacer una cosa, dame tu número de teléfono —me pidió, tal y como había hecho la noche que nos conocimos. Cuando se lo di, añadió un nuevo contacto y luego mandó un mensaje a ese número—. Este es el mío. Si lo necesitas, puedes mandarme un mensaje a escondidas. Te avisaré si veo que te vas por las ramas, pero sé que no va a pasar. ¿Mejor?

Sí, eso me daba cierta tranquilidad. Sin embargo, de pronto la estancia se había sumido en el silencio y, cuando alcé la vista, Scott se dirigía a su silla presidencial en el extremo de la mesa. Estaba irresistible con ese traje gris oscuro, lucía una expresión severa, y tal vez fuera fruto de mi imaginación, pero parecía que nos fulminara con la mirada a Brett y a mí.

Perfecto. Ahora no me sentía mejor, en absoluto.

Aunque no era del todo cierto. La piel me crepitaba, los pezones se me erizaron. La sangre vibraba en un torbellino. Me daba la sensación de que el corazón se me iba a salir del pecho de lo fuerte que latía, pero, más allá de eso, al parecer a mi cuerpo le encantaba que Scott Sebastian se encontrara cerca.

Maldito cuerpo.

Recuperé el móvil de la mano de Brett, quien se apresuró a ocupar su silla como un alumno que llega tarde a clase. Eché un vistazo a la sala y descubrí que todo el mundo tenía los ojos fijos en Scott, así que hice lo propio, aunque entonces noté una opresión en el pecho. De todas formas, tarde o temprano habría terminado observándolo: Scott era magnético. Atraía mi mirada, tanto si yo quería como si no.

Odiaba lo mucho que en ese momento deseaba que me mirara.

Sin embargo, aparte de la mala cara que había puesto al entrar y verme con Brett, no me estaba prestando atención.

—Se ha modificado el orden del día —comunicó al equipo—. Por supuesto, se mantiene el debate sobre las opciones de patrocinio. Conscience Connect nos ayudará en este proceso. Le cedo la palabra a Brett para que nos presente al enlace. —Eché un vistazo al reloj—. Vayamos al grano, por favor. Tengo otro compromiso a las cuatro.

Traté de ignorar la decepción que me embargaba por su falta de consideración. Traté de evitar sentirme mal por que solo dispusiera de una hora de su valiosísimo tiempo. Y traté de no pensar en cómo podía parecerme tan atractivo al hacer algo tan insignificante como mirar el reloj.

No fue muy difícil dejar todas estas distracciones de lado cuando Brett comenzó con la introducción y por fin Scott centró su atención en mí, aunque no advertí más que una indiferencia gélida.

De hecho, empecé a preocuparme por la química que habíamos tenido. Era evidente que ya se había olvidado de mí. Desde el primer momento, supe que era de esa clase de hombres, y aun así me hirió el orgullo. De repente, sentí compasión por Eden y por cómo se la había quitado de encima aquella noche en la azotea. ¿Qué nos pasaba a las chicas como nosotras? Reconocíamos desde lejos a los mujeriegos y, sin embargo, nos empecinábamos en dejar que ligaran con nosotras.

Al menos hacía que todo esto fuera menos complicado. Un aliciente más para lograr que el acuerdo se cerrara lo antes posible.

Y lo iba a conseguir como la profesional que era, con la cabeza bien alta y una presentación impecable.

En cuanto Brett terminó de explicar el proceso de trabajo que seguía Conscience Connect y me hubo dado paso, empecé mi presentación. Iba a hablarles de ocho organizaciones benéficas. Había decidido que no dedicaría más de cinco minutos a las siete primeras, con lo que me quedarían más de veinte minutos para convencerlos de que escogieran a la Fundación para la Lucha contra la Disautonomía y para responder a sus preguntas. Pan comido. Lo había practicado y me había cronometrado varias veces para ir sobre seguro.

Por desgracia, en mis ensayos no había previsto todas las interrupciones. Me planteaban preguntas concretas que eran irrelevantes en ese punto tan temprano del acuerdo, como datos demográficos desglosados de los gastos de una organización en concreto y cómo otras empresas colaboradoras habían promocionado la organización.

Habría indicado que era mejor dejar esas preguntas para más adelante, cuando hubiésemos descartado algunas opciones o, como mínimo, que esperaran al final de la presentación para plantearlas, de no ser porque era Scott quien las formulaba.

Todas y cada una de ellas.

Cada puñetera interrupción la hizo Scott.

No necesitaba mandarle ningún mensaje a Brett para saber que no era buena idea ponerme a discutir con el hombre que estaba al mando, de modo que no podía hacer nada al respecto salvo dejar que fuera él quien nos desviara del tema. Me exasperaba. En cuanto cogía el ritmo, me interrumpía con una pregunta. Tartamudeaba en busca de las palabras adecuadas para responderle. De inmediato, soltaba algo que lo preocupaba respecto a algo que ya había contestado previamente. Entonces, se abría la puerta a que interviniera el resto del equipo y Scott se arrellanaba en la silla con una sonrisa petulante mientras todo se descontrolaba.

—Sacaron aquella carroza tan horrorosa en el desfile de Macy el año pasado —comentaba Matt—. ¿Crees que nos dejarían hacer sugerencias al respecto?

Brett trataba de ayudarme tanto como podía:

—No creo que tengamos que preocuparnos de ello en este momento.

—Pues claro que sí —discrepaba Silvia—. Necesitamos saber si estarían dispuestos a adaptarse a nuestra imagen y marca comercial antes siquiera de plantearnos colaborar con esa organización.

Y así una y otra vez. Apenas podía pasar una diapositiva antes de que la presentación tomara otros derroteros. Al cabo de veinticinco minutos, por fin pasé a la segunda organización. Mientras Anthony y Paris debatían sobre la importancia de elegir una organización benéfica de reciente fundación en comparación con otra de larga trayectoria, comprobé la hora que era y entré en pánico. También había recibido un mensaje de Brett:

No te preocupes. Lo estás haciendo bien. Esto es habitual.

Alcé la vista de la pantalla y descubrí que Scott lanzaba una mirada iracunda al móvil que yo sostenía en la mano y luego otra igual al que Brett tenía delante. Quizá era de los que detestan que se miren los móviles durante el trabajo. Me apresuré a dejarlo boca abajo y no volví a consultarlo.

Incluso sin reloj, sabía que tenía que darme prisa. Si podía presentar la segunda de forma resumida, decidí, saltaría directamente a la FLD e iría a por todas. Aceleré el discurso, y, a pesar de las continuas interrupciones, sentí que estaba haciendo progresos cuando concluí con esa y empecé a pasar diapositivas.

—Llegados a este punto, voy a cambiar el orden y pasaremos a la organización benéfica que creo que se ajusta mejor...

Y esto es todo lo que alcancé a decir antes de que Scott me cortara:

—Creo que ha llegado el momento de dejarlo por hoy.

—¡Pero si todavía quedan seis organizaciones por presentar! —exclamé, en un tono mucho menos profesional del que me habría gustado. Luego, recobré la compostura y añadí—: ¿Ya son las cuatro?

—Quedan unos ocho minutos —repuso Scott, sin mirar siquiera el reloj—. Desde luego, no hay tiempo suficiente para presentar otra organización. Y tengo la sensación de que hoy hemos ido demasiado deprisa.

¿Lo de hoy era ir demasiado deprisa?

—A partir de ahora haremos lo siguiente —continuó—: nos reuniremos cada día de esta semana a la hora de comer y examinaremos una organización en cada reunión mientras comemos. De hecho, será mejor que mañana repasemos las dos que hemos visto hoy, porque me da la sensación de que ha habido muchos asuntos que no hemos tratado y que deberíamos tener en cuenta antes de pasar a la siguiente fase de selección.

No preguntó si eso suponía un problema para nadie. Tampoco si representaba un problema para mí, y yo ni siquiera trabajaba para él. Lo había anunciado y ya está, y, aunque algunos miembros del equipo susurraron entre ellos, ni uno solo se opuso. Se limitaron a sacar sus dispositivos electrónicos y a añadir la nueva información.

En otras circunstancias, esa habilidad que demostraba para dirigir y dar órdenes me habría parecido muy atractiva, joder.

Sin embargo, en esas circunstancias, estaba demasiado ocupada dejándome llevar por el pánico. A ese paso, no terminaría de presentar las organizaciones hasta mediados de la semana siguiente. Y luego, ¿habría otra fase de selección? Se me cayó el alma a los pies.

Si él mismo no me hubiese asegurado que quería finiquitar el asunto antes de que Kendra volviera, habría jurado que lo estaba alargando a propósito. ¿Y qué pretendía conseguir con ello?

Me planteé la opción de acorralarlo para recordarle que íbamos con prisa, pero abandonó la sala antes siquiera de que pudiera dar un paso hacia él. No se despidió de mí. Y tampoco me dedicó ni una mirada.

Y eso fue casi casi lo que más me molestó.

—¿Es compatible con tus horarios? —me preguntó Brett mientras los demás recogían sus pertenencias y salían poco a poco de la estancia. Al menos él mostró un poco de educación.

—Si no lo fuera, ¿acaso importaría?

Me ofreció una sonrisa comprensiva.

—Eres libre de oponerte. No tienes ninguna obligación de ceñirte a su calendario.

Entendí el mensaje implícito: si ponía objeciones, cabía la posibilidad de que perdiera el contrato. No me extrañaba que Brett hubiera insinuado que era un hombre complicado.

Por otro lado, nada obligaba a Scott a concederme los horarios que me había ofrecido. Si siempre era tan meticuloso, podría haber separado las reuniones y eso alargaría el proceso durante meses. En cambio, me había asignado una cada día de la semana.

—Me las arreglaré —le indiqué a Brett.

Accedí porque disponía de tiempo suficiente y deseaba que firmásemos ese acuerdo, no porque esperase que Scott Sebastian acabara de hacerme un favor.

Capítulo 9

Las reuniones que mantuvimos los siguientes días no fueron mucho mejor. Se alargaban hasta la saciedad porque el equipo diseccionaba todas y cada una de las facetas de la organización benéfica que correspondía tratar ese día. Y ese examen minucioso siempre lo encabezaba un hombre que se estaba convirtiendo en mi enemigo, o eso creía. Había dejado de realizar una presentación. Más bien me dedicaba a moderar el debate y, desde luego, no estaba al mando de nada, de modo que ya no me quedaba de pie y me sentaba en una punta de la mesa ovalada que había en la sala de reuniones, justo en el extremo opuesto a Scott, y esperaba que la distancia que nos separaba fuera suficiente para que no notara cuánto lo odiaba.

Lo peor de todo era que estaba segura de que me sentiría de forma muy distinta si Scott dejara de mirarme como si tan solo fuera una simple representante de Conscience Connect.

Aquello significaba que, desde ese momento, no solo lo odiaba a él, sino que también me odiaba a mí. ¿Por qué me importaba? Que sí, que estaba como un tren, tenía mucho dinero y sabía usar bien la lengua, pero eso no significaba que su opinión fuera trascendental.

Aunque ¿a quién quería engañar? Por supuesto que lo era. Porque era el hombre al mando. Porque era la persona que, en última instancia, iba a decidir el desenlace de toda esa farsa, ya que, en teoría, yo representaba a Conscience Connect.

Claro que me costaba horrores pensar en negocios cuando me moría por que me hiciera caso.

Cuando llegó el jueves, sentí que estaba a punto de explotar debido a la espera, el odio y el aburrimiento. Ya casi había terminado la hora de comer y no había pasado de la primera página de notas sobre el Fondo para la Conservación del Medio Ambiente. La conversación se había ido por otros derroteros y, para colmo, Scott se había pasado la mayor parte de la comida tecleando furioso en el móvil.

Era un hombre ocupado, me recordé. Quizá estaba haciendo transacciones comerciales lucrativas o gestionando una crisis de relaciones públicas. Claro que también era posible que estuviera jugando a Clash of Clans y nadie se iba a enterar.

Por desgracia, mi estado de ánimo me llevaba a asumir lo peor, aunque ni siquiera las miradas asesinas que le lancé consiguieron que levantara los ojos de la pantalla.

Con un suspiro, traté de reconducir mi atención.

—No sé por qué importa qué porcentaje de sus fondos destinan a Estados Unidos en comparación con los que se invierten a nivel global —decía Silvia—. Los problemas medioambientales afectan a todo el mundo.

—Pues porque nuestra sede principal está en Estados Unidos —arguyó Matthew—. Y, si vamos a patrocinar a una organización benéfica con la intención de mejorar nuestra imagen en Estados Unidos, es evidente que debemos fijarnos en que la población de Estados Unidos perciba dicha organización de forma positiva.

—Pero ¿la gente que se preocupa por el medio ambiente no lo hace a nivel global? —preguntó Paris.

No oí quién respondía ni qué decía porque, de repente, solo era consciente de lo cerca que Eden estaba de Scott mientras le rellenaba la taza de café.

Exageradamente cerca. Estaba segura en un 99,9 % de que ella le había colocado un brazo por detrás de la espalda.

Me alegró más de la cuenta que Scott tampoco levantara la vista del teléfono para mirarla a ella.

Madre mía, qué cruel. Estaba actuando como si Scott fuera de mi propiedad. De hecho, Eden tenía casi más derecho que yo sobre él, según lo que había presenciado en la azotea. No era culpa suya que le gustara un golfo con un cuerpo que quitaba el hipo. No podía permitir que me molestara el hecho de que quisiera aprovechar cualquier cosa que él le ofreciera. Que lo deseara tanto, que incluso aprovechara el momento en que le servía el café sin que nadie se diera cuenta.

¿Quién podía culparla? Me sentí más identificada de lo esperado y aquello no me pareció sano.

Yo también había crecido en una sociedad que empujaba a las mujeres a enfrentarse unas con otras cuando había un hombre de por medio y, aunque quería evitar entrar al trapo, también era humana.

Cogí el móvil y envié un mensaje:

¿Qué hay entre Eden y Scott?

El teléfono de Brett vibró frente a él. Miró al jefe antes de cogerlo, una costumbre que quizá tenía tan instaurada que ni siquiera era consciente de ello. Reflexionó unos segundos antes de empezar a teclear.

¿Por qué lo preguntas?

La suspicaz respuesta me recordó que yo le gustaba un poco a Brett. No necesitaba ser muy lista para notar sus miradas penetrantes y asiduas y las bromas que me hacía, que rayaban el flirteo. Además, ya había dejado claro su interés por mí en la primera reunión.

Había que reconocer que era un hombre atractivo. Tanto que quizá habría acabado en su cama si la situación se hubiera desarrollado de una forma distinta en la fiesta.

Pero no era Scott.

No hacía que se me acelerara el corazón o que me quemara la piel. No me producía palpitations en la entrepierna. No atraía mi mirada cada vez que entraba a la sala.

Y eso tampoco podía decírselo a Brett, sobre todo porque sospechaba que sufría cierto

complejo de inferioridad respecto a Scott y lo último que quería era herirlo por culpa de unos celos absurdos.

Porque los cotilleos de esta oficina son más interesantes que el descontrol que tenemos ahora mismo en la sala, y es evidente que a ella le gusta. Así que venga, cuenta.

Esta vez, su respuesta no se hizo esperar.

A ella le gusta.

Le lancé una mirada desde mi sitio que decía: «¿Y ya está? ¿No tienes nada mejor?». Se rio entre dientes y, luego, siguió tecleando.

Se la folla como se folla a cualquier otra. Y ella siempre vuelve a por más. No sé qué ve en él, la verdad. Lo único que consigue es que le rompa el corazón una y otra vez.

Me impresionó que Brett conociera la situación con tanto detalle. Me pregunté si sería de dominio público o si él tendría algún interés personal. ¿Acaso Brett también tendría ojitos para Eden?

El ruido de alguien aclarándose la garganta sin disimulo y a propósito me hizo levantar la vista de la pantalla y me topé con la mirada iracunda de Scott. Al instante, dejé el teléfono sobre la mesa y me llevé las manos al regazo mientras trataba de eliminar cualquier atisbo de culpabilidad de mi expresión. «Podría haber estado tan ocupada como tú, chaval».

Pero Scott dedicó la misma expresión de pocos amigos a Brett, y era evidente que sabía lo que nos traíamos entre manos.

Abrió la boca y me preparé para recibir un sermón. Bueno, ¿acaso no deseaba que me dedicara algo de atención?

Sin embargo, resultó que yo no tenía nada que ver con lo que iba a decir:

—Tenemos presencia a nivel global. La organización que escojamos también deberá tener presencia a nivel global. Dicho esto, no vamos a apoyar nada relacionado con el medio ambiente. Es un tema demasiado politizado. Mi padre no le daría el visto bueno.

La idea de que hubiera alguien por encima de Scott Sebastian me descolocó. Se comportaba como si fuera el mandamás. Era incapaz de imaginar si su padre sería mucho más autoritario.

Habría seguido dándole vueltas de no ser porque Eden se inclinó para susurrarle algo al oído a Scott. Además, lo siguiente que añadió me cabreó considerablemente.

—¿Sabía desde el principio que no podían escoger una organización medioambiental y, aun así, ha permitido que me pasara una hora entera presentándoles una organización cuyo objetivo es, precisamente, defender el medio ambiente?

La sala, que solía ser un hervidero, enmudeció. Quizá debería haber disimulado mejor mi enfado.

Scott frunció el ceño y me emocioné porque algo que yo había dicho había tenido el impacto suficiente como para provocarle una reacción. No importaba que fuera negativa.

Entonces, me di cuenta de que su expresión iba dirigida a Eden y a lo que fuera que esta le hubiera dicho.

—Lo llamaré más tarde, puede esperar.

Ella salió a toda prisa para entregar el mensaje y, entonces, Scott se centró en mi airado impulso.

—Ya lo había preparado. No quería que todo ese tiempo hubiera sido en vano.

Su incapacidad para detectar la ironía de esa frase resultaba exasperante. El tiempo se me echaba encima. No podía permitirme el lujo de pasar ni un solo minuto debatiendo sobre una organización que no fuera una opción viable, y acabábamos de perder cincuenta y dos minutos en ello.

Lo único que impidió que explotara como el Vesubio fue darme cuenta de que me acababa de hacer otro favor:

—Me alegro de saberlo. Eliminaré las otras dos organizaciones medioambientales incluidas en el dossier. De modo que ahora solo quedan cuatro, en vez de seis.

—Bien pensado —señaló. Presentí que iba a llegar un «pero» antes de que lo pronunciara—. Y, puesto que ya hemos reservado el tiempo que les íbamos a dedicar, seguro que podrá sustituirlas por otras dos.

Aunque nunca había estado en una presentación de Kendra, sabía qué habría hecho ella en mi lugar: habría sonreído, encantadora. Habría aceptado todo lo que se le pedía, habría bailado al son de la música. Luego, en privado, se habría quejado y habría despotricado como haría cualquier profesional.

Pero yo no era Kendra. Y, por mucho que quisiera comportarme como una profesional, la paciencia tenía un límite.

—En realidad no es necesario —aclaré, en un intento de edulcorar mis palabras—. Ya he incluido las ocho organizaciones principales que están buscando un gran patrocinador. Si añadiera cualquier otra, sería de segunda categoría y estaríamos bajando de nivel.

—Según sus estándares. —La condescendencia de su tono era manifiesta.

Por el rabillo del ojo, vi que la pantalla de mi móvil se iluminaba con un nuevo mensaje. No necesitaba mirarlo, tampoco a Brett, que sostenía su teléfono en las manos, para saber que me lo mandaba él. Un aviso, seguramente. «Echa el freno, Tess».

Pero no estaba dispuesta a echar el freno.

—Por supuesto, señor Sebastian, según mis estándares. Pero precisamente en eso consiste mi trabajo, en usar mis conocimientos para seleccionar lo mejor de lo mejor. Si no confía en mi criterio, entonces, no sé qué estamos haciendo aquí.

Sonreí mientras hablaba, pero, de todas formas, mi discurso salió entrecortado y, cuando terminé, noté que los ojos de todo el mundo se apartaban de mí para centrarse en él mientras esperaban a que contraatacara.

No se molestó en sonreír.

—También es su trabajo presentarnos el número suficiente de organizaciones benéficas para que podamos elegir. Nos indicó que íbamos a ver ocho organizaciones, de modo que eso es lo que espero que se me presente.

—Y yo esperaba que se me notificaran ciertos parámetros antes de perder el tiempo preparando una presentación que usted ni siquiera tenía intención de escuchar. O tal vez no se ha dado cuenta de que hoy estaba abordando una causa medioambiental hasta que ha transcurrido casi una hora porque estaba demasiado ocupado con el puñetero teléfono móvil.

Sonrió. En ese momento, la tensión que se respiraba en la sala había alcanzado el punto máximo, y me dedicó una de esas sonrisas que solo podía esbozar alguien que tenía la sartén por el mango. Alguien que no tenía nada que perder.

—Hemos terminado por hoy —anunció. El dominio de su voz ofrecía un marcado contraste con la rabia que había rezumado la mía. Tanta serenidad solo conseguía irritarme—. Tess, seguiremos con esta conversación en mi despacho.

No me llamó Tessa.

Que no hubiera usado el nombre que él prefería me decepcionó casi tanto como mi inminente despido.

—Sí, señor —respondí con timidez. Salió de la sala antes de que tuviera la oportunidad de indicarle que no tenía ni idea de dónde se encontraba su despacho.

Como el jefe ya había desaparecido, el resto del equipo se apresuró a recoger, con la única excepción de Brett, que se quedó y me ayudó a guardar las cosas. Menos mal que no trató de aleccionarme por el arrebato que me había entrado.

—Bueno, ha sido un placer —dije cuando me entregó el maletín.

Me ofreció una sonrisa comprensiva mientras me acompañaba a la puerta.

—Te diré cómo llegar a su despacho.

Sin embargo, Scott me esperaba al otro lado de la puerta.

—Me encargo yo, Brett. Muchas gracias.

Se miraron de un modo que ya había presenciado antes, cuando salía de fiesta y dos hombres se peleaban por mi atención. Por lo general, no solían tener en cuenta lo que yo quería. Hombres y sus peleas de gallos... Me pareció mono que Brett se involucrase.

Scott, en cambio, solo demostró que era el peor tipo de ligón. Ya no estaba interesado en mí, pero tampoco dejaba que otros mostraran interés.

Podía irse a la mierda.

—Por supuesto, jefe —respondió Brett, sin disimular mucho su resentimiento.

Pero a Scott le daba igual. Ni siquiera se dio cuenta. Antes de que Brett hubiera terminado de hablar, él ya se alejaba a grandes zancadas y, por supuesto, esperaba que yo lo siguiera.

Y, como una tonta, eso hice. Como un perrito bien adiestrado. Caminaba tan rápido que tuve que espabilarme para seguirle el paso. Ni siquiera me atreví a mirar a Brett una última vez, aunque sabía que nos estaba observando.

Y no era el único. Las cabezas se volvían cuando adelantábamos a otros empleados y oía los susurros tras nuestro paso. O ya había corrido la voz sobre el enfrentamiento (y no era improbable, dada la celeridad con la que el equipo había salido de la sala de reuniones) o Scott no solía llevar a mujeres a su despacho, que ahora ya deducía que se encontraba al otro extremo del pasillo. Bien apartado, cómo no.

La distancia debería haberme permitido recobrar la compostura y tener tiempo para que se me ocurriera una disculpa aceptable con la que poder salvar el pellejo. Sin embargo, malgasté esos segundos en alimentar mi enfado. Después de tirarme los tejos en la primera reunión y

hacerme caso omiso durante toda la semana, después del desprecio absoluto que había demostrado por mi tiempo o mis horarios, después del análisis constante durante las presentaciones, después de tratarme con condescendencia y jugar con el teléfono y seguramente haberse follado tanto a Eden como a Kendra, tenía suerte de que no le hubiera montado una escena incluso peor.

No sería tan comedida cuando nos quedáramos los dos solos a puerta cerrada.

Y él también lo sabía. Me hizo entrar en un despacho tan grande como mi apartamento y noté la tensión que había entre nosotros cuando pasé por su lado, una cuerda tan tensada que estaba a punto de romperse.

Y, evidentemente, se rompió cuando Scott cerró la puerta y acabé con la espalda empotrada contra esta mientras su cuerpo me aprisionaba. Debido a la sorpresa, el maletín se me cayó al suelo. Tenía su rostro a escasos centímetros del mío, sus ojos azules perforaron los míos segundos antes de abalanzarse sobre mis labios.

—Esto es culpa tuya —me soltó, y el nudo que tenía en el estómago se deshizo en una bandada de mariposas cuando su boca colisionó con la mía. Movía los labios con avidez. Primero me saboreó y luego pasó a devorarme. En cuanto separé los labios, su lengua se abrió paso con ansia.

Y esa era la razón por la que estaba perdida.

Porque, aunque me encontraba atrapada entre su cuerpo y el roble macizo, estaba bastante segura de que me habría soltado si yo lo hubiera apartado.

Pero era incapaz de apartarlo. Era incapaz de ordenarle a mis manos que hicieran otra cosa que no fuera aferrarse a su ropa y acercarlo todavía más. Gemí cuando el beso se volvió más profundo y tomó mi cara entre sus manos para poder controlarme incluso más de lo que ya lo hacía. Las caderas se me arquearon para buscarlo. La entrepierna me palpitaba con celos. Recordaba esos labios y sabía lo que esa boca era capaz de hacer.

En cambio, mis labios no habían hecho más que empezar a descubrirlo y ya pensaba que no quería que terminara nunca.

En un rincón de mi cabeza, la razón tomó la palabra: «¿Qué haces? Tienes. Que. Parar. Ahora. Mismo».

La sensatez hizo acto de presencia y me obligué a apartarlo.

Más o menos.

Todavía aferraba su americana, así que era consciente de que le estaba mandando mensajes contradictorios. Examiné su expresión en un intento por descifrarla. Por descifrarme a mí misma. ¿Por qué lo deseaba tanto, tantísimo?

—No deberíamos hacer esto —susurré, con la esperanza de apelar a su determinación y que fuera mayor que la mía.

—Quizá por eso es tan divertido. —Se inclinó hacia adelante y giré la cara, de forma que sus labios se toparon con mi mandíbula. No desistió—. Sabes muy bien, Tessa Turani —apuntó mientras trazaba un camino de besos que descendía por mi cuello—. Igual que todo tu cuerpo. Nunca me canso.

Tenía las piernas hechas un flan. Sabía qué decir y cuándo. Sabía cómo decirlo y yo no era lo bastante fuerte como para resistirme.

Pero debía serlo.

Solo un último beso antes de...

Con la barbilla, di un suave empujoncito a su cara para volver a sentir esos labios. Apretó su cuerpo contra el mío. Notaba su erección en el vientre y, joder, estaba bien dotado. Quería notarla sin ropa de por medio. Sentirlo entero.

En ese momento, otra oleada de sensatez se apoderó de mí.

—No pienso añadir más organizaciones benéficas para sustituir a las que voy a eliminar. — Podía dejar que se extralimitara con mi cuerpo, pero no con todo lo demás.

Se rio entre dientes mientras me recorría la mandíbula con los labios.

—De verdad que me encantaría que lo hicieras.

Su barba me hacía cosquillas. En cuanto sus labios se toparon con mi oreja, se me empaparon las bragas. Si cerrábamos el puñetero acuerdo, entonces quizá podríamos permitirnos seguir por ahí.

—Sabes muy bien que no necesitas que te presente más organizaciones. No necesitas tanta información sobre las que quedan en la lista. —Mis preocupaciones disminuyeron con el grito ahogado que se me escapó cuando me mordisqueó el lóbulo.

Al oírme, apretó el miembro contra mí, largo y duro.

—Vuelve a hacerlo. Ese ruidito. Me vuelve loco.

Descendió la mano con la que me rodeaba el rostro y el siguiente mordisco en la oreja llegó acompañado de un pellizco en el pezón. Entonces, gemí de nuevo.

—Este también me vale. Quiero oír todos los ruiditos que haces. —Me agarró las tetas mientras su boca se encontraba con la mía y me quedé sin aliento en un intento por devorarlo.

—No pares —me oí decir, a pesar de que mi cerebro me chillara que me detuviese a reflexionar. Entonces, un atisbo de razón se filtró entre la neblina de deseo y me separé de golpe —. Lo estás alargando a propósito.

—Se conoce como alargar los preliminares. La espera hace que follar sea una maravilla.

Joder, sí. Preliminares. Follar. Sí a todo.

Un momento, espera.

—Me refiero a las presentaciones. Podría decirte qué organización deberíais elegir, pero estás alargando el proceso.

Se agachó para seguir besándome el escote.

—Ah, sí. Parece algo típico de mí.

—¿Por qué? —Ya no estaba segura de si hablaba con él o le rezaba a Dios.

Por lo visto, se me había aparecido en ese momento. Scott dio un paso atrás y me miró de forma significativa.

—¿Tú qué crees?

Porque le gustaba. Igual que él me gustaba a mí. Y, como era un hombre blanco consentido, privilegiado y con dinero, no necesitaba comportarse como una persona normal, que esperaría hasta que la relación laboral terminara para invitarme a una cita o proponerme un revolcón, si era eso lo que le interesaba.

No, era un hombre que conseguía lo que quería cuando lo quería, sin preocuparse por las consecuencias.

La mayor parte del resto de los mortales no teníamos tanta suerte.

—Scott... —Los ojos se me fueron a sus labios, pero me obligué a buscar su mirada—. No puedes hacer eso. No puedes usar el poder que tienes sobre mí de esta manera. No es justo cuando tú eres tú y yo solo soy yo.

Me miró de hito en hito, resultaba evidente que se estaba librando una batalla en su interior. Me pregunté si Scott sabía lo cerca que estaba de ganar la mía. Estaba segura de que, en cuanto posara los labios sobre los míos, no habría marcha atrás.

Con un suspiro que se asemejaba más a un gruñido, apoyó la frente sobre la mía.

—No entiendo qué te hace creer que soy yo quien tiene la sartén por el mango en esta situación, Tessa. Porque tengo la sensación de que he perdido el control. Tengo la sensación de que eres tú quien tiene todo el poder.

Con una afirmación como esa, podía hacer conmigo lo que quisiera.

Sin embargo, por muy encandilada que estuviera, sabía que se equivocaba.

—Tus sensaciones no son un reflejo fiel de la realidad.

—Dudo que tengas la perspectiva necesaria para valorarlo. —Se quedó ahí, con la frente apoyada en la mía y una mano que me rodeaba el cuello mientras compartíamos el mismo aire, inspirábamos y espirábamos. Inspirábamos y espirábamos. Si alzaba un poco la barbilla, nuestros labios se encontrarían. Estaba a punto de hacerlo. Era una blanda.

Scott, en cambio, tenía más fuerza de voluntad. Con lo que pareció un esfuerzo titánico, separó su cuerpo del mío y dio un paso hacia atrás.

En ese mismo instante, sentí que ya lo echaba de menos. Me abracé con un brazo y me llevé la mano a los labios, como si quisiera protegerlos de otra posible embestida. En realidad, lo que buscaba era tocar los sitios por los que había pasado, aferrarme a la sensación de hinchazón y posesión que me había dejado.

Gracias al espacio que Scott había creado entre nuestros cuerpos, me resultaba más fácil contraponer pensamientos racionales al deseo que me embargaba.

—No puedes alargar el proceso a propósito —le dije, y me sorprendió la fuerza de mis propias palabras—. Y no puedes volver a besarme así. De hecho, no puedes volver a besarme y punto.

Verbalizarlo me destrozó. En el fondo, albergaba la esperanza de que él pensara que no lo decía en serio. O que no le importara.

Pero, por muy ligón que fuera, también era todo un caballero, de modo que retrocedió otro paso.

—Tienes razón. No podía volver a tener otra reunión laboral de este tipo sin que supieras lo que quiero. Te toca a ti dar el próximo paso.

En ese momento, el hombre tan seductor y encantador que hacía unos segundos me había devorado se esfumó y lo reemplazó el hombre al mando. Se colocó bien la corbata y se limpió los restos de pintalabios de la boca mientras se dirigía hacia su escritorio, tras el que se sentó para levantar el auricular del teléfono. Cuando hubo pedido a su secretaria que le pasara con su padre, pareció reparar en que yo seguía ahí.

Me miró con enfado y me preparé para recibir otro de sus comentarios despiadados.

—Tessa, si te quedas aquí un segundo más no me quedará más remedio que plantarme ahí y adueñarme de ese coño tan bonito que tienes. Y no me importará que mi padre esté al otro lado del teléfono.

Agarré el maletín y salí a toda prisa.

Ya en el pasillo, tuve que contener una risa tonta. Inspiré hondo, pero me notaba las rodillas temblorosas. Y, al parecer, no podía reprimir las ganas de sonreír.

Tras la mirada de pocos amigos que me dedicó su secretaria, recobré la compostura. No podía disfrutar de lo que acababa de suceder. Tenía la oportunidad de demostrar mi valía; no estaba dispuesta a dejarla escapar solo por la pericia con la que Scott Sebastian usaba la lengua.

A medida que recorría el pasillo, me sentía cada vez más segura y caminaba con la cabeza bien alta. No pasaba nada. Todo saldría bien. Quizá parecía que habíamos retrocedido, pero, llegados a ese punto, me correspondía a mí dar el próximo paso. Seguro que podría resistirme a sus encantos.

Estuve a punto de creerlo.

En ese momento, me encontré con Brett, que me esperaba en el vestíbulo junto a la mesa de Eden, y me preguntó:

—¿Vas a tener muchos problemas?

No podía engañar a nadie.

—Muchísimos —contesté con sinceridad.

Muchos, muchos, muchos.

Capítulo 10

Teyana se asomó al patio de butacas, demasiado cerca de la barandilla, en mi opinión.

—¿Kendra ha tenido este palco reservado todo este tiempo y en ningún momento se ha molestado en ofrecérselo?

Tampoco se había molestado en hacerlo aquel día. Había encontrado el abono para toda la temporada mientras revisaba una pila de cartas viejas y había decidido que era una locura desperdiciar unas entradas para la Ópera Metropolitana de Nueva York de esa manera.

—No lo ha tenido toda la vida, creo que se lo regalaron sus padres por Navidad. —En realidad, lo sabía con certeza gracias a la nota que había en el sobre donde había encontrado el abono. Lo único que desconocía era si se trataba de uno nuevo o bien de una renovación de temporada.

Tey me dedicó una mirada de esas de «¿y qué quieres decirme con eso?».

—Estamos en septiembre. ¿Cuántas veces crees que habrá ido a la ópera en los últimos nueve meses, desde que empezó la temporada?

Probablemente ninguna.

—También tienes razón.

Ni siquiera sabía por qué intentaba defender a Kendra. Por costumbre, suponía. Por lealtad. Pero esa lealtad empezaba a menguar. Debía más fidelidad a Tey y comprendía su frustración al ver que se desaprovechaba un regalo tan caro, sobre todo porque estaba relacionado con las artes interpretativas, algo que le apasionaba, a pesar de que afirmaba no tener ni una pizca de creatividad en el cuerpo. Su antiguo trabajo a jornada completa había consistido en dirigir un programa que acercaba distintas disciplinas artísticas a niños de barrios marginales. La organización ya existía antes de que se incorporase, pero ella le había dado forma gracias a su pensamiento innovador y a su pasión.

Y luego había enfermado.

Seguía trabajando para ellos, sobre todo en calidad de asesora y en una jornada muy reducida y flexible para que pudiera adaptar el horario cuando tuviera un mal día.

La examiné mientras ella seguía contemplando maravillada el teatro. Su emoción se reflejaba en su sonrisa, pero tenía los ojos cansados. Salir del metro para llegar al Lincoln Center cuando estábamos a más de treinta grados era suficiente para agotarla los días en los que todo iba bien, y, en ese punto, todavía no había podido determinar si tenía un buen día o no. Lo más

probable era que estuviera ocultándome la verdad, ya que se moría de ganas por estar allí.

—¿Estás segura de que te sientes con fuerzas? —le pregunté, con la esperanza de que un recordatorio amable de su estado de salud no la cabreara demasiado.

—¿Que si me siento con fuerzas para estar sentada en un teatro con aire acondicionado durante tres horas? Claro, Tess, creo que me las apañaré. Sabes que no me perdería esta velada por nada del mundo. —Se apartó de la barandilla, apoyó el bastón en la pared y se sentó en la butaca tapizada de rojo que había a mi lado—. Además, necesito que me cuentes con todo lujo de detalles cómo fue ese beso.

Negué con la cabeza mientras soltaba una carcajada. Recordar el momento que había vivido en el despacho de Scott hacía unas horas me aceleró el pulso.

—Ya te lo he contado todo. ¿Qué más quieres saber?

—Te empotró contra la puerta, ¿verdad?

—Sí... —Había alguna insinuación que no captaba.

—Entonces tienes que contarme si está bien dotado. Con detalles, en términos de longitud y grosor.

—¡Teyana, por favor! —Hice un gesto mientras señalaba al palco contiguo, que, al entrar, había visto que lo ocupaba un grupito de señoras mayores. Un muro separaba nuestras butacas y las suyas, pero, puesto que oíamos a la perfección su conversación sobre «el primer periodo de servicio del nieto de Esther en West Point», lo más probable era que ellas también oyeran todo lo que nosotras decíamos.

—Seguro que también quieren saberlo, solo que no se atreven a preguntar.

Puse los ojos en blanco. Sin embargo, tomé la iniciativa y decidí responder a su pregunta (en voz baja, claro), porque tenía tantas ganas de hablarle de Scott como ella de oírlo.

—Pues me pareció... destacable.

Se rio.

—¿Destacable?

—Pero no puedo emitir un juicio definitivo porque solo la noté apretada contra el vientre y no la toqué con las manos. —La valoración provisional que había realizado, sin embargo, era que Scott Sebastian tenía motivos de sobra para estar orgulloso.

Tey parecía desilusionada por el hecho de que no pudiera darle más detalles.

—Me sorprende que no aprovecharas para averiguarlo, con lo que se caldeó el ambiente.

—Eh, me dijiste que no podía tener nada con él bajo ninguna circunstancia, ¿recuerdas? Ahora casi parece que me estés animando a ello.

—Te lo dije porque era lo más sensato. Eso no significa que no quiera que me cuentes todos los detalles cuando haces tonterías. —Destapó la botella de agua que había colado a escondidas en su enorme bolso y bebió un sorbo. Mantenerse hidratada era fundamental para controlar los síntomas y yo me alegraba de ver que se cuidaba.

—Te prometo que siempre serás la primera a quien se lo cuente, pero no voy a hacer más tonterías. Besar a Scott fue un error y no volverá a pasar.

—Ajá, ajá. —Parecía tener tanta fe en mi determinación como yo misma, lo cual no auguraba nada bueno para mi futura relación laboral con Sebastian Industrial.

Llegados a ese punto, no podía dejar de pensar en él. Evocaba sus labios sobre los míos. La forma en la que su roce me había encendido la piel me había acompañado toda la tarde. Cuando

había elegido el vestido rojo que llevaba, había imaginado que lo elegía para que me viera él. Cuando me había recogido el pelo en un moño despeinado, había fantaseado con la idea de que lo hacía para que sus labios pudieran acceder con más facilidad a mi cuello. No podía sacarme su rostro de la cabeza. Incluso allí sentada, mientras esperaba a que empezara la ópera, habría jurado que lo había visto sentado en el palco del lado opuesto.

«Un momento...».

—Teyana, está aquí —susurré, aunque estaba demasiado lejos como para oírme—. Scott Sebastian está ahí.

Se encontraba solo. Quizá esperaba a su acompañante y... Madre mía, ¿de verdad era él? Entrecerré los ojos para verlo mejor. No cabía duda, era él, más atractivo que nunca vestido con un traje a medida que le sentaba como un guante.

Tey se incorporó, atenta.

—¿Dónde? ¿Ahí? —Se guio por mi asentimiento de cabeza. Menos mal que no había señalado a nadie, pero entonces hizo algo que me provocó muchísima vergüenza: sacó los anteojos de teatro y los apuntó directamente hacia él—. Guau, sí que está como un tren, tenías razón.

—¡Tey, para! —Me apresuré a bajarle la mano y los anteojos, pero ya era demasiado tarde. Me había visto. Sus labios se curvaron en una sonrisa petulante y alzó la mano para saludar.

Guiada por el instinto, le devolví el saludo.

Entonces, las luces se apagaron y empezó a sonar la obertura de la ópera.

Saber que Scott estaba allí cambió toda la velada. Era incapaz de centrarme lo más mínimo en la representación. Me notaba nerviosa e inquieta, y no había manera de que me sintiese cómoda en la butaca. Me negaba a mirarlo, aunque sentía su presencia como si yo fuera un imán y él, el norte geográfico. No pensaba concederle mi atención. No. Estaba decidida.

De alguna forma, conseguí sobrevivir hasta el descanso.

—Necesito hacer pis —anunció Tey mientras agarraba el bastón.

—Y yo una copa. Si nos damos prisa, quizá podamos ahorrarnos la cola. —Sobre todo, necesitaba salir del palco para no caer en la tentación de echar un vistazo al hombre que iba camino de ser mi perdición.

Aunque nos apresuramos, al llegar al baño de mujeres había una cola muy larga.

—Cómo no —maldijo Tey—. No hace falta que esperes aquí conmigo.

—Claro que sí, vamos juntas. —Solo así podía asegurarme de que no iría a buscar al hombre que debía evitar.

Pero resultó que hacer cola para entrar al baño no era un buen modo de esconderse.

—Tu chico nos ha encontrado. —Señaló con la barbilla el vestíbulo que quedaba a mi espalda—. Oye, Tess, te lo digo de verdad, es guapísimo. Tan espectacular que casi no puedo dejar de mirarlo.

En ese momento, el imán ejercía todavía más fuerza, un tirón constante para que le prestara atención. Pero, a pesar de todo, resistí.

—Pues deja de mirarlo. Y no es mi chico.

La cola avanzó un poco. Di un paso y me quedé de espaldas al vestíbulo, para no verlo ni por casualidad por el rabillo del ojo. Sabía que si lo veía, aunque fuera de refilón, estaba perdida. La única posibilidad que tenía de conservar la compostura era no mirarlo.

Tey se echó a reír.

—Madre mía, ¡pero si estás coladísima!

—Cállate.

—Sabes que es imposible que haya venido solo, ¿verdad? Nadie va a la ópera sin un acompañante. Y menos todavía un hombre como él.

Yo también le había dado vueltas a esa posibilidad y lo detestaba.

—Por eso no le voy a hacer ni caso. Y tú tampoco deberías hacerlo.

—Vale, pero que sepas que te está devorando con los ojos. Deberías ir a hablar con él antes de que se acerque. —Y añadió las palabras mágicas a las que nunca podría negarme—: ¿Lo harás por mí?

Gruñí. Con cuidado, me volví para echar una miradita. En cuanto mis ojos encontraron los de Scott, quedaron atrapados. Destacaba como una isla en medio de un mar de hombres bien vestidos y sostenía una copa de champán. Atractivo, refinado y cautivador. El aire apenas circulaba por mis pulmones.

Con una sonrisita triunfante, alzó la copa como si hubiera ganado un juego que yo no había sido consciente de haber jugado. Aunque ¿a quién quería engañar? Claro que sabía a qué juego habíamos jugado, y por supuesto que lo había ganado él porque yo siempre perdía en el juego de «ignora al tío bueno».

—¿Estarás bien si te dejo sola? —pregunté a mi amiga, con la atención todavía puesta en los ojos azules que había a unos metros de distancia.

—Sí, deja de preocuparte por mí y ve, venga.

Desde que lo había visto en el palco, supe que sería inevitable ir hacia él. A pesar de todo, cuando me separé de Teyana y avancé en su dirección, fingí que lo hacía por voluntad propia. Me observó dar cada paso, como si fuera la única mujer del teatro. Como si él solo hubiera venido por mí.

—Antes de la fiesta de la azotea no te había visto nunca —señaló, cuando llegué a su lado—, y ahora te encuentro en todas partes.

Puesto que me había infiltrado en su mundo a propósito, de inmediato me embargó la necesidad de defenderme:

—Una amiga nos ha dado las entradas.

—Y esa amiga es Kendra, ¿verdad? Porque ese es el palco de los Montgomery.

—Ah, sí, había olvidado que la conocías. —Me había esforzado por olvidarlo, como mínimo—. No tenía ni idea de que tú también vendrías. Ha sido pura coincidencia, te lo juro.

—No era una queja.

La franqueza de su tono hizo palpar mis muslos.

—Ah.

—Hay quien dice que las coincidencias ocurren por algún motivo. Porque el universo trata de enviarte una señal.

Sí, la serendipia. Pura poesía, el lenguaje de los mejores ligones y, aun así, cada vez que un hombre lo usaba conmigo, sentía mariposas en el estómago.

«Tiene un piquito de oro», me recordé.

—Tú no eres de los que creen en eso.

—No lo sé, tal vez sí. —Madre mía, qué labia. Y ni siquiera necesitaba abrir los labios para

seducirme. Lo hacía con la expresión de su rostro, con cómo su cuerpo se inclinaba hacia mí. Con cómo me devoraba con los ojos—. Estás... Estás impresionante, Tessa Turani.

Me estremecí.

—Por desgracia, opino lo mismo de ti.

Se echó a reír y me impresionó y enfadó a partes iguales que mi comentario le resultase divertido.

—Sí que es una pequeña desgracia, ¿verdad?

—Un poco. —Le arrebaté la copa de champán de la mano y di un sorbo muy poco refinado.

Mi falta de elegancia no hizo que su mirada perdiera intensidad.

—¿Sabes qué no me puedo creer? —dijo, mientras se acercaba un paso, como si no estuviéramos ya lo bastante cerca.

—¿Qué?

—Que haya dejado que te fueras de mi despacho sin averiguar de qué color llevabas hoy las bragas.

—¡Scott! —La sangre se me acumuló en las mejillas.

—Podrías poner fin a este misterio. Sácatelas con disimulo y dámelas ahora.

La sangre también se me acumuló en la entrepierna. Imaginar que me quitaba las bragas para dárselas, que se diera cuenta de que era responsable de lo empapadas que estaban, que se las quedara de recuerdo otra vez...

Di otro trago al champán y me obligué a recordar que nuestra relación debía limitarse exclusivamente al ámbito profesional.

—Has dicho que me tocaba a mí dar el próximo paso —le recordé.

—¿Este es tu próximo paso?

—No. Y has insinuado que no avanzarías más a no ser que yo lo hiciese.

—Cierto. —Adoptó una expresión más seria—. Me esforzaré mucho para cumplirlo, pero ¿puedo empezar mañana?

Volví la cabeza hacia el baño para que no me viera la sonrisa. La cola había avanzado y Tey ya no estaba fuera, no la veía. Aunque había actuado como mi ángel y mi demonio al mismo tiempo, me embargó una oleada de pánico al ver que no estaba velando por mí en ese momento. Como si los pocos minutos que había desaparecido para hacer pis fueran suficientes para que Scott me arrastrara a un rincón oscuro y me hiciera obscenidades de las suyas.

¿Habría tiempo suficiente?

Contuve las ganas de ponerme a buscar un rincón a oscuras. Además, se suponía que él había venido con acompañante, ¿no?

—Tey me ha dicho que es imposible que estés aquí solo.

—¿Tey? ¿Así se llama tu amiga?

—Sí. —Pero, ahora mismo, solo podía pensar en que Scott era capaz de hacer algo tan seductor como levantar una ceja, lo cual provocaba que a muchas mujeres les fallaran las rodillas. A mí, sin ir más lejos. Y esa era la suerte que yo tenía...

—Lleva razón, no estoy solo —admitió, y el estómago se me cerró de golpe—. Ahora mismo estoy contigo.

—Pero no has venido conmigo.

Se llevó ambas manos al pecho e hizo una mueca para fingir que le había herido.

—Ay, qué dolor en el corazón.

—Hablo en serio.

—Vale. Ay, qué dolor de huevos.

Esa vez me costó más disimular la sonrisa, pero no bastaba para distraerme de la incógnita de quién sería su misteriosa acompañante. Era una tontería que me despertaba curiosidad, y había jurado que no iba a cometer más tonterías, pero, por lo visto, aún no había empezado a cumplirlo.

—¿Sabe tu acompañante que estás aquí ligando con otra mujer?

Estaba tan decepcionada conmigo misma que no pude hacer otra cosa que terminarme su copa de champán.

Se metió ambas manos en los bolsillos, un gesto que le confería un aspecto tan seductor que me fallaron las rodillas de nuevo mientras él reflexionaba unos segundos.

—Dudo que se sorprenda. Mi madre me conoce bien.

—Has venido con tu madre. —Supuso un alivio con sabor amargo. Amargo porque detestaba sentirme aliviada por ese motivo.

—A mi padre «le ha surgido algo» y mi madre se niega a venir sola a estas cosas. Y todo en el último minuto, cómo no. Me ha llamado y me ha ordenado que viniera en su lugar. O me ha convencido de que lo que más me convenía era acompañarla. Trato de ignorar estas amenazas tanto como puedo, pero la verdad es que me afecta más de lo que estoy dispuesto a admitir.

De reojo vi que Tey salía del baño, señal de que debía irme, pero también me apetecía seguir hablando con Scott el resto de la velada, y eso también era otra señal que confirmaba que debía irme.

Antes de que pudiera despedirme, dijo:

—Nunca me había imaginado que me alegraría tanto de que mi padre tuviera una amante.

Volví a dedicarle toda mi atención.

—¿Tu padre te ha dicho que vinieras a la ópera con tu madre para poder irse con su amante? ¿Ha usado esas palabras?

—No literalmente, pero tampoco es un secreto. Incluso mi madre lo sabe.

—¿Y no le importa? —No debería haberme sorprendido que el gen de casanova viniera de familia, ni que hubiera muchas mujeres que aguantaran a un marido infiel, pero, aunque tuviera en cuenta mi vulnerabilidad frente a hombres encantadores, sabía que yo no podría quedarme con un mujeriego.

—Creo que no le importa demasiado siempre y cuando no la humille públicamente. — Cuando hablaba del tema, parecía afligido, y eso decía mucho en su favor.

Estaba a punto de comentar lo mucho que debía de fastidiar encontrarse en su situación, pero un alboroto repentino en la puerta del baño me hizo perder el hilo del pensamiento. En cuanto me giré y vi un corro de mujeres alrededor de una figura tendida en el suelo, supe lo que había ocurrido.

Devolví la copa vacía de champán a Scott y corrí hacia el grupo.

—Soy su amiga —anuncié mientras me abría paso a empellones—. No pasa nada, yo me encargo.

Teyana estaba inconsciente, pero sabía que se avergonzaría al volver en sí, por lo que traté

de disolver el gentío todo lo que pude antes de que recuperara la consciencia.

—¿Deberíamos llamar a una ambulancia? —preguntó alguien.

—No, no es nada. A veces le pasan estas cosas.

Aliviadas de poder desentenderse, la mitad de las mujeres se dispersó. La otra mitad se marchó cuando las luces del vestíbulo se apagaron y se encendieron para indicar que el descanso estaba llegando a su fin.

Me arrodillé en el suelo y me incliné sobre Tey.

—Hola, cariño, ¿estás despierta?

—¿Necesita agua?

Miré por encima del hombro y descubrí a Scott agachado detrás de mí. La copa de champán había desaparecido y, aunque tenía una expresión tranquila, supe que quería ayudar.

Me invadió una gratitud inexplicable porque estuviera allí. A pesar de que aquello nos había ocurrido miles de veces a Tey y a mí, y aunque sabía con certeza qué hacer cuando sucedía, resultaba agradable no hacerlo sola por una vez.

—Hemos traído. —Introduje la mano en el bolso de Tey y saqué la botella que había metido a escondidas—. Está en el suelo, así que está bien; es más difícil cuando está en pie. Pronto volverá en sí.

Y, en efecto, en ese momento Teyana abrió los ojos.

—¿Tess? ¿Estoy en el suelo? —Pestañeó en un intento por recuperar la compostura.

La ayudé a incorporarse.

—Ya sabes que sí.

Aceptó la botella de agua y empezó a dar sorbos despacio. Supe que se encontraba mejor cuando dejó de centrarse en mí para entrecerrar los ojos y contemplar a Scott:

—¿De verdad está todavía más bueno así de cerca o es que sigo atontada?

—Me niego a responder. —Sabía que sonreía a mis espaldas y que debía echarlo de ahí igual que había echado a las mujeres. El segundo acto acababa de empezar y se lo estaba perdiendo. Seguro que a su madre no le haría ninguna gracia estar sola.

Sin embargo, no era capaz de decirle que se fuera, así que me concentré en echar una reprimenda a Tey.

—¿Por qué no me has dicho que hoy tenías POTS? —Era el término formado a partir de las siglas en inglés que daban nombre al síndrome que padecía. No solía desmayarse sin motivo. Por lo general, experimentaba otros síntomas antes, y, al parecer, hoy los había ignorado.

Tey me miró con culpabilidad.

—Porque me habrías hecho volver a casa.

—Y eso es lo que vamos a hacer ahora mismo.

—Ya lo sé.

—Y vamos a despilfarrar un poco de dinero y cogeremos un taxi.

Metí una mano por debajo de su axila para ayudarla a ponerse en pie. Al instante, Scott se colocó al otro lado y también la ayudó.

—Me llamo Scott —se presentó—. Tú eres Tey, ¿verdad?

—Sí, Teyana, y ya sé quién eres.

Noté que las mejillas me ardían. Scott no tenía por qué saber que le había hablado de él. Ya

era bastante consciente del efecto que me producía.

Al menos tuvo el detalle de no jactarse.

—Dejad que os lleve mi chófer —nos ofreció cuando todos nos pusimos en pie.

El instinto me decía que era demasiado, que no debía aceptar. Bastaba con un taxi.

Sin embargo, como Tey no se encontraba bien, no tenía ni idea de cuánto tardaríamos en parar un taxi, y no me planteé rechazar la oferta.

—De acuerdo —acepté, a regañadientes. Luego, para mostrar más gratitud, añadí—: Muchas gracias.

Mientras Scott mandaba un mensaje al chófer, yo recuperé el bastón de Teyana. No obstante, no dejé que lo usara en la calle, la obligué a agarrarse de mi brazo y del de Scott. Si quería ayudar de verdad, esa era su oportunidad.

Cuando salimos del teatro y llegamos a la calle, el coche apareció justo en ese momento. No habríamos podido conseguir un taxi con tanta celeridad.

Además, resultaba que Scott no mentía cuando mencionó el Maybach. En muchos sentidos, era más impresionante que la limusina.

—Jo-der, esto sí que es un coche —exclamó Tey mientras se sentaba en el asiento de atrás. Yo también iba a entrar en el coche cuando mi amiga me frenó—. No puedes marcharte sin despedirte como Dios manda —susurró entre dientes.

Me detuve, entre la espada y la pared. El coche tenía las luces de emergencia puestas, pero nadie había tocado el claxon todavía. Quizá podíamos entretenernos un minuto. «De acuerdo», vocalicé, sin emitir ningún sonido.

—Tómate el tiempo que necesites. —Me guiñó un ojo.

Me volví hacia Scott y dejé que la puerta se cerrara a mi espalda sin empujarla. En ese instante, con él frente a mí, no supe qué debía decir. «Gracias», por supuesto. Y quizá un «no tenías por qué hacerlo». Pero «Bésame» era lo único que, al parecer, tenía en la punta de la lengua.

Menos mal que él tomó la palabra antes que yo.

—¿A dónde queréis que os lleve el chófer?

Ah, claro. Práctico y directo.

Y ahora tenía que pensar en la respuesta:

—Eh...

Me regaló ese gesto atractivo que tanto me gustaba cuando alzó una ceja.

—¿Es una pregunta complicada?

El día de la fiesta no había querido que descubriera mi identidad, lo que implicaba que no supiera dónde vivía o dónde me alojaba esos días. Pero, llegados a este punto, ya sabía que trabajaba para Conscience Connect, además de que estaba segura de que tarde o temprano se daría cuenta de la farsa, por lo que me pareció menos importante.

—Me quedo en casa de la jefa —admití—. Tey debería pasar la noche conmigo.

—¿En casa de Kendra?

—Le cuido la casa, forma parte de mi trabajo.

Entrecerró los ojos con aire suspicaz.

—Qué empleada tan leal. ¿Tenéis una relación muy estrecha, vosotras dos?

Le lancé otra mirada suspicaz.

—¿Tenéis una relación muy estrecha, vosotros dos?

Las luces de un coche que pasaba hicieron centellear sus ojos. Pasaron unos segundos antes de que respondiera.

—¿Ha hablado de mí alguna vez?

—Muy por encima. —Cuando había dicho que los Sebastian eran amigos de su familia.

—Pues ahí lo tienes —dijo, como si fuera toda la información que necesitaba darme.

Y quizá para él lo era. Una empleada con la lealtad suficiente como para hacer presentaciones en empresas y cuidar de la casa sin duda debía de conocer a los hombres que formaban parte de la vida de su jefa.

Pero las cosas no funcionaban así, aunque, si Scott creía que sí, probablemente significaba que él en realidad no había sido más que un lío esporádico de la larga lista de amantes de Kendra.

Ojalá esa confirmación me hubiese hecho sentir mejor. Habría preferido descubrir que él no formaba parte de la lista.

—Bueno, pues... —dije; me había quedado sin palabras. Entonces, nos miramos a los ojos y la inquietud que había sentido momentos antes hizo acto de presencia una vez más. Recordé la sensación de sus labios sobre los míos. Recordé la forma dura de su pene, presionando sobre mi vientre.

Su expresión me indicó que él también pensaba en obscenidades. Se acercó un paso.

—Podría ir con vosotras.

¿Podía?

—Has venido para que tu madre no estuviera sola —le recordé.

—Podría pasarme luego.

Me lo imaginé. A Tey no le importaría que me fuera. O que él viniera. Tey podía quedarse en el dormitorio de Kendra y nosotros...

No podía hacer tonterías.

—Será mejor que no. —Fueron las palabras más difíciles que había pronunciado—. No podemos.

—Pero sí que quieres.

—Pero no lo haré.

Dejó que transcurrieran unos segundos. Supuse que Scott estaba luchando por dentro contra sus deseos. No me lo imaginaba resistiéndose a algo que deseaba.

Como si quisiera demostrármelo, se inclinó hacia delante y, en ese momento, habría jurado que iba a besarme. Sin embargo, se limitó a abrir la puerta para ayudarme a entrar.

—Indícale la dirección a Rodolfo. Os llevará sin problemas.

Que no me besara despertó un dolor incómodo entre mis costillas. Quería quedarme un poco más, pero un coche hizo sonar el claxon detrás del Maybach.

—Buenas noches, Scott Sebastian —me despedí, muy a mi pesar.

—Buenas noches, Tessa Turani.

Me metí en el coche y le indiqué la dirección a Rodolfo. Cuando el vehículo se incorporó al tráfico, me pregunté si Scott estaría mirando mientras nos alejábamos. No me volví para

descubrirlo.

* Síndrome de taquicardia postural ortostática (POTS, por sus siglas en inglés). (*N. de la T.*)

Capítulo 11

Hasta entonces, todas las reuniones de la hora de comer en Sebastian Industrial habían seguido la misma dinámica. La mayoría de los integrantes del equipo llegaban antes del mediodía, a tiempo para elegir la bebida del bufé que había en el otro extremo de la sala de reuniones. Una vez tomaban asiento, aparecía Eden con un carrito y colocaba un plato de comida delante de cada empleado, adaptado a las necesidades dietéticas de cada uno: vegetariano, sin gluten, bajo en carbohidratos. Scott nunca llegaba hasta la hora exacta en que empezaba la reunión, así que Eden colocaba su plato ante la silla vacía, aunque él rara vez tocaba la comida.

Yo había declinado la invitación a comer desde el primer día. Presentar y tener que preocuparme por la comida al mismo tiempo era demasiado complicado. Además, me resultaba más fácil tomar cualquier cosa después, ya que no tenía que volver a ningún despacho. En el fondo, esperaba que eso me facilitara el progreso de la conversación porque los empleados tendrían que formular sus comentarios y preguntas alternando con bocados de pollo asado, pero resultó que me había hecho ilusiones. El viernes ya me había acostumbrado a la rutina y me había resignado a aceptar que las cosas serían así.

Por ese motivo me sorprendió que Scott no hubiera llegado cuando pasaba un minuto de las doce.

Miré a Brett mientras este comprobaba la hora en el móvil y deduje que también se había percatado de la tardanza de su jefe.

—Supongo que podemos comenzar —anunció. Hojeó el folleto que había preparado—. Parece que la organización número cinco es la Asociación para la Salud del Corazón. ¿Quieres explicarnos en qué consiste, Tess?

—Eh... —Eché un vistazo a la puerta con la esperanza de que se abriera en cualquier momento—. ¿No queréis esperar a Scott?

—Ah, claro —dijo—. Como no trabajas aquí, no te ha llegado. Literalmente.

Paris se rio por educación. En cambio, la risa de Matt revelaba que a él sí que le había hecho gracia.

Entonces, me percaté de que Eden no había colocado ningún plato en la cabecera de la mesa.

—Hoy no vendrá —me explicó Brett.

Oír eso me provocó una serie de emociones, aunque no estaba segura de cuáles eran. ¿Confusión? ¿Sorpresa? ¿Decepción? ¿Una combinación de las tres con una alta dosis adicional

de dolor?

Estaba tan ocupada en tratar de analizar mis emociones que casi me perdí el resto de la explicación de Brett:

—... que confiaba en que todos seguíamos el mismo criterio y que no había necesidad de que él siguiera asistiendo.

Supe de inmediato que la razón era yo. El beso. Mi decisión de que no siguiéramos besándonos. ¿No podía aceptar el rechazo? ¿Habría asistido a las reuniones desde el principio solo porque quería acostarse conmigo?

Ahora sí que sabía identificar lo que sentía: un cabreo en toda regla.

—Me alegro mucho de que considere que todo esto es una pérdida de su tiempo —solté, con los dientes apretados.

De nuevo, Matt se echó a reír y decidí que tenía un sentido del humor cuestionable.

—No era la sensación que quería darte —aclaró Brett—. Lo siento. Déjame decirlo de otra forma: a Scott le pareció que había visto lo suficiente para estar seguro de que conoces bien lo que presentas. Te has ganado su confianza.

—Eso sí que deberías tomártelo como un cumplido —terció Matthew, antes de dar un bocado al bistec.

—No sé qué le dijiste ayer en el despacho, pero debió de convencerlo —coincidió Silvia.

—Ah. Oh. —Se me encendieron las mejillas al recordar que, precisamente, no habíamos hablado mucho en el despacho.

Pero, entonces, pensé en lo que sí había dicho. Que no podía seguir alargándolo a propósito. ¿Había logrado que me prestara atención?

Independientemente de que lo hubiera logrado o no (o de que él lo hubiese dicho en serio o no), acababa de simplificarme el trabajo. Era él quien alargaba las reuniones con su infinidad de preguntas. Si no estaba presente, podría presentar en un santiamén.

De hecho...

—En tal caso —empecé, tras cambiar de planes—, olvidaos de la Asociación para la Salud del Corazón. Olvidaos de todas las organizaciones que os he presentado hasta ahora, todas son excelentes y destacadas, pero hay una en concreto que estoy convencida de que encaja a la perfección con las necesidades y los deseos de Sebastian Industrial: la Fundación para la Lucha contra la Disautonomía, la FLD.

Me pasé los siguientes veinticinco minutos exponiendo ante el equipo una organización que me apasionaba, y lo hice con todo lujo de detalles y sin interrupciones. Les expliqué que la disautonomía englobaba distintas enfermedades que afectaban al sistema nervioso autónomo, responsable de controlar todas las funciones «automáticas» del cuerpo: la presión arterial, la digestión, la regulación de la temperatura, el pulso, la labor de los riñones y la dilatación de las pupilas. Les conté que las personas que sufrían disautonomía tenían problemas para regular estos sistemas que a todos nos pasan desapercibidos. Les describí el tipo de problemas a los que Teyana se enfrentaba a diario: mareos, presión arterial inestable, un ritmo cardíaco anormalmente rápido, desmayos... También les expliqué que, aunque había personas que solo perdían el conocimiento una o dos veces en toda la vida, muchas otras solían desmayarse varias veces al día, lo que les dificultaba tener un empleo fijo, socializar o participar en actividades recreativas.

—La disautonomía no es una enfermedad rara o poco común —aclaré; estaba llegando al final de mi intervención—. Alrededor de setenta millones de personas en todo el mundo conviven con alguna de estas afecciones. No tiene cura y los tratamientos son limitados y, aunque se trata de una enfermedad común, se tarda años en diagnosticar a la mayor parte de los pacientes porque la existencia de esta enfermedad no se conoce lo suficiente, tanto a nivel social como dentro del mundo de la medicina.

»Esta falta de consciencia es precisamente lo que la convierte en una candidata excelente para un acuerdo de colaboración. Es una fundación que necesita el patrocinio de una corporación de renombre. Está claro que conseguir el patrocinio de Sebastian Industrial supondría una ventaja para ellos, pero también sería un golpe magistral para esta empresa. Es una causa original y única, se trata de una enfermedad que afecta a muchísimas personas, lo que la convierte en una causa universal. Y sé que estos dos aspectos son importantes para el equipo en la fase de selección.

»Por otro lado, os brinda la posibilidad de ganaros a los simpatizantes del feminismo, puesto que existe un tipo de disautonomía que sufren sobre todo las mujeres: el síndrome de taquicardia postural ortostática, más conocido por sus siglas en inglés, POTS. Es un síndrome que muchos expertos en salud comparan con la discapacidad que provoca la enfermedad pulmonar obstructiva crónica, la EPOC, o la insuficiencia cardíaca. Su calidad de vida es comparable a la de alguien que vive con diálisis renal. Se estima que afecta a una de cada cien adolescentes, y me apuesto lo que sea a que ninguno habíais oído hablar de ella. Entre uno y tres millones de estadounidenses la padecen. Sin embargo, dado que la mayor parte de esas personas son mujeres, la preocupación y la investigación son limitadas. Si Sebastian Industrial fomentara la divulgación y contribuyera a la recaudación de fondos para la investigación, se consideraría una acción acorde a los tiempos actuales y con visión de futuro. Estoy convencida de que esta es la causa que deberíais apoyar porque os dará muy buena imagen, pero todavía más por la importancia de la misma.

Cuando terminé, me había quedado sin aliento. No solo había hablado sin parar y sin sufrir interrupciones, sino que me había dejado llevar por la pasión. Quizá más de lo que era aceptable en términos de profesionalidad. Y, a pesar de todo, con menos pasión de la que merecía.

Me negaba a arrepentirme de nada, ni siquiera cuando la sala se quedó en silencio durante unos segundos que se hicieron eternos.

—Vaya, madre mía —comentó Brett por fin, lo cual no resultaba demasiado reconfortante.

—Ha sido toda una revelación —terció Matt.

—Yo estoy a favor de que la elijamos. —Silvia parecía convencida—. Mi sobrina padece POTS. Sus médicos aseguran que, al crecer, podría mejorar, pero ya no podrá hacer atletismo e incluso se están planteando que use una silla de ruedas.

Paris se volvió hacia Matthew.

—¿No hubo un chico en recursos humanos que lo tenía? ¿Ryan? Tuvo que pedir la incapacidad indefinida porque no podía venir a trabajar la mayoría de las mañanas.

—Sí, me acuerdo —dijo Matthew—. Se desmayó en la fiesta de Navidad y se rompió el húmero. Lo pasó fatal. Me supo muy mal por él. Me gustaría que escogiéramos esta.

Paris parecía pensativa.

—Hace que sea una causa personal para la empresa, y es un punto más a favor. Yo voto que sí.

—Por mí, ningún problema —coincidió Matt.

—Pues parece que hay unanimidad —anunció Brett.

No podía creer que hubiera sido tan fácil.

—¿Ya está? ¿Todos estáis de acuerdo en iniciar el proceso para firmar un acuerdo de colaboración con la FLD y que deje de presentar otras organizaciones? ¿A partir de aquí pasamos a la reunión de coordinación?

—Sí, más o menos —repuso Brett—. Primero habrá que hacer una comprobación minuciosa de su historial, y tanto solicitarla como realizarla conlleva un tiempo. Tenemos un departamento que se encarga de estas cosas, así que, en este sentido, no se necesita nada por tu parte.

—De acuerdo. ¿Algo más? —Tenía la sensación de que había alguna trampa y estaba esperando a que me explicaran cuál era.

Los integrantes del equipo intercambiaron miraditas, sabían algo que yo desconocía.

—Scott —terció Paris.

—Exacto, Scott —repitió Matthew.

—Tenemos que comunicarle a Scott que nos hemos decidido por una organización —me aclaró Brett—. Él tiene la última palabra.

—Pero había dicho que confiaba en nosotros para tomar la decisión, ¿verdad? Así que lo más probable es que acepte la recomendación del grupo, ¿no? —Rezumaba confianza por todos los poros, quizá porque el equipo se había mostrado muy entusiasmado. O porque creía que Scott no nos habría dejado solos si no estuviera seguro de que podíamos seguir adelante sin él.

—Dijo que confiaba en ti. —Parecía que Brett no se alegraba de tener que admitirlo—. En otras palabras...

Silvia terminó la frase por él:

—En otras palabras, nosotros apoyamos tu recomendación al cien por cien. Ahora solo queda que convenzas al jefe de que sumarse es una buena idea.

«Convenzas». Tú. No «nosotros». Tenía que convencerlo yo. Yo y nadie más.

«¿Lo ves?». Sabía que había una trampa.

Capítulo 12

—¡Perfecto! —exclamé. No, nada era perfecto, en absoluto. Metí las cosas en el maletín de Kendra y me puse en pie—. ¡Perfecto! ¡Perfecto!

Brett se levantó al mismo tiempo que yo.

—No tienes por qué hacerlo justo ahora. Todavía nos queda media hora, así que podemos darte consejos sobre cómo presentárselo a Scott. Y, cuando terminemos, puedes pedir cita para más adelante. De hecho, quizá es mejor que te preocupes por todo esto la semana que viene, porque es probable que su secretaria no haya vuelto todavía de la pausa para comer.

Sabía que Brett se sentía atraído por mí y supuse que, por eso, intentaba evitar que me fuera ahora a ver a Scott. O quizá trataba de ahorrarme otro enfrentamiento con el «complicado» de su jefe, al menos durante ese día, y se lo agradecía. Sobre todo porque reunirme con Scott sería difícil en más de un sentido.

Era un buen motivo para aceptar la sugerencia de Brett y dedicar el fin de semana a preparar la reunión que tendría yo sola con Scott. También para diseñar una presentación que se centrara en la FLD, ensayar los puntos clave y asegurarme de que me ponía unas braguitas bonitas.

No, no, no. Por ahí no.

Mis bragas no podían formar parte de la planificación. El hecho de que me lo hubiera planteado siquiera era prueba suficiente de que no estaba lista ni por asomo para verlo, de que debería sentarme e idear un plan mejor.

Ahora bien, esperar significaba que tenían que buscarme un hueco en su agenda, ya apretada habitualmente. Podían pasar días antes de que me reuniera con él y no quería perder el tiempo que había ganado al eliminar el resto de las organizaciones benéficas de la presentación. Y, dado que Scott había planeado asistir a estas reuniones hace algún tiempo, era muy probable que en este momento estuviera libre.

—Gracias por la sugerencia, pero vuestro entusiasmo me ha motivado mucho. Será mejor que lo intente ahora que todavía me dura el subidón.

«Subidón por el proyecto, Tess. Recuerda: lo que te ha provocado el subidón es defender esta causa».

—Como quieras —respondió Brett, pero su tono delataba sus dudas—. Buena suerte. Todos esperamos que salga bien.

El resto del equipo se sumó a ese deseo. Y al tono dubitativo.

Salí de la sala con la cabeza erguida, pero mis pasos vacilaron en el pasillo cuando oí lo que Matt decía tras mi partida:

—¿No os da la sensación de que acabamos de mandarla al matadero?

Las risas con las que respondieron me espolearon. Aceleré el paso. Se iban a enterar. Sabía muy bien de lo que hablaba. Mi presentación era excelente. Scott sería complicado, pero no imposible.

Aunque tenía unos ojos azules hipnotizantes. Un ingenio encantador. Y unos labios irresistibles.

Madre mía, estaba bien jodida.

«Céntrate en la fundación. En Teyana y en la fundación».

Tal como Brett había previsto, la secretaria de Scott no estaba, pero eso no suponía ningún problema, puesto que la puerta de doble batiente de su despacho estaba abierta de par en par, señal de que Scott se encontraba dentro. Desde ese ángulo no podía verlo, lo que implicaba que él a mí tampoco, y eso significaba que aún podía repensármelo.

Pero no lo creí necesario. Éramos profesionales. Todo saldría bien.

Crucé el umbral con grandes zancadas y una audacia que no sabía que poseía.

Pero entonces me detuve en seco cuando ni siquiera había recorrido la mitad de la estancia. Había llegado más lejos que la última vez y, aunque en aquel despacho había muchas cosas que me encantaría examinar, mis ojos no podían apartarse de Scott, que estaba sentado tras su descomunal escritorio, con una pierna cruzada sobre la otra con aire despreocupado, el tobillo de la de arriba sobre la rodilla de la de abajo, y a su espalda se perfilaban los rascacielos de Nueva York contra el horizonte. Parecía un rey en su trono desde el que gobernaba su mundo con majestuosidad y tranquilidad.

—¿Tessa? —Su sorpresa enseguida dio paso a una especie de sonrisa cómplice. Una sonrisilla seductora que me encogió el estómago e hizo que se me disparara el corazón. El nudo de mi garganta no dejó salir el discurso que había preparado.

Di un respingo cuando los batientes se cerraron de repente y atrajeron mi atención durante medio segundo. Acto seguido, mis ojos volvieron a posarse en Scott, que ya se había puesto en pie y estaba rodeando el escritorio. A pesar de que los hombres que cerraban la puerta de su despacho con un botón cuando una mujer entraba me parecían demasiado turbios, aquello también le otorgaba un cierto atractivo. Me quedé sin aliento, en parte también porque, cada vez que lo veía, estaba incluso más guapo, y... ¿qué había ido a hacer allí?

—Tessa —repitió, esa vez sin entonación de pregunta, mientras se acercaba a mí. Rezumaba pura necesidad, lo que me provocó un palpito repentino en la entrepierna. Se le habían oscurecido los ojos. Tenía los labios humedecidos.

No estaba segura de quién de los dos había dado el primer paso. Solo fui consciente de que el maletín se me cayó cuando nos encontramos, con las bocas ansiosas, las manos desesperadas y nuestros cuerpos amoldados el uno al otro.

—No deberíamos hacer esto —asegué, entre besos y jadeos.

—Es una pésima idea —coincidió él justo antes de meterme la lengua hasta el fondo y, por consiguiente, eliminar cualquier posibilidad de que siguiéramos hablando.

Nos besábamos de una forma explosiva, si se le podía llamar así. Liarnos tampoco era el término adecuado para describir lo que estábamos haciendo. Nos dejábamos llevar por la

desesperación y la urgencia, nuestros cuerpos se movían con un mismo objetivo: un objetivo muy carnal. Sin separar sus labios de los míos, se quitó la americana y luego hundió sus dedos en mi pelo. Bajé la mano para acariciarle el contorno de la polla, rígida, y mi gesto le arrancó un gemido que hizo que se me empaparan las bragas.

A mí también se me escapó un gemido, no solo por el gruñido salvaje que había soltado él, sino también porque, tras apreciar sus dimensiones de primera mano, supe que Scott se encontraba en el rango XL en la escala de tamaño viril, y, madre mía, estaba condenada al infierno porque solo podía pensar en lo rápido que podría penetrarme con semejante miembro.

Menos mal que las intenciones de Scott parecían coincidir con las mías. Mientras me peleaba con su hebilla, él me subió la falda hasta la cintura (menos mal que esa mañana no había optado por ponerme culote). Me vi obligada a dejar el cinturón a medias cuando me alzó en volandas, pero no me quejé, puesto que mi clítoris palpitante ahora estaba sobre su miembro.

Un miembro bien duro y definido. Qué placentero.

Le rodeé el cuello con los brazos y entrelacé los tobillos a su espalda, de forma que apreté incluso más las caderas para notar esa presión con más fuerza mientras él me llevaba a... qué sé yo. No me importaba a dónde. Unos segundos más tarde, mi culo fue a parar al borde del escritorio.

Me recosté sobre los codos mientras él enrollaba los dedos alrededor de la fina tela de mis braguitas.

—Levanta —me ordenó y obedecí, tan impaciente por que me las quitara como él. Las lanzó a un lado y, acto seguido, terminó de desabrocharse los pantalones. Señaló un punto detrás de mí con la cabeza—: Primer cajón a la derecha. Ahí tengo la cartera.

A pesar de que se moría de la excitación, todavía se acordaba de usar protección. Seguramente era señal de lo entrenado que estaba en follar con ese desenfreno, pero, en ese momento, me pareció una heroicidad.

Alargué la mano y encontré la cartera de piel y, tras unos segundos en los que me planteé rebuscar yo misma, me incorporé y se la di.

—Intercambio —le dije, y dejé que buscara el condón mientras yo le bajaba los pantalones y los calzoncillos lo suficiente para liberar su pene, que salió como un resorte.

Ay, madre.

Incluso tras habérsela palpado, tuve que parpadear.

—Señor Sebastian —murmuré, sin aliento, mientras él se ponía el condón (en efecto, era XL)—, qué polla tan espectacular.

Dibujó una sonrisita de suficiencia.

—Me alegro de que te guste. Veamos si ese coño tan bonito que tienes opina lo mismo.

Por supuesto que le iba a gustar. A pesar de todo, ahogué un grito cuando me penetró, asombrada por la sensación de tener tales dimensiones dentro de mí. Asombrada y muy pero que muy satisfecha. Era enorme. Notaba cómo la vagina se ceñía tanto a su alrededor que las primeras embestidas fueron forzadas y poco profundas.

Después, mi cuerpo se amoldó y ambos suspiramos de placer cuando se introdujo por completo.

—Mi coño piensa lo mismo —solté, entre gemidos—. También le gusta. Le gusta mucho.

Me dedicó una sonrisita de satisfacción antes de centrar toda su atención en follarme. Y en

besarme. Y en decirme obscenidades que hacían que me contrajera y se la apretara.

—Desde que lo probé, lo supe. Justo cuando lo vi. Ese coño necesitaba un buen polvo. — Parecía que apenas jadeaba a pesar del ritmo acelerado de sus embestidas.

—Exacto —coincidí—. Necesitaba un buen polvo. —Olvidemos el hecho de que no debería haber ningún polvo de por medio. Ya era demasiado tarde para ocultar que lo ansiaba tanto que me hacía perder la cabeza.

Premió mi sinceridad con un beso abrasador.

—Espero que valores lo mucho que me he contenido.

¿Que se había contenido?

La situación en la que nos encontrábamos no era la más oportuna para cantarle las cuarenta.

—Ahora mismo, creo que ambos hemos demostrado nuestra falta de autodisciplina.

—¿Con eso quieres decir que deberíamos parar?

No parecía que fuera eso lo que él quería. Sus dedos se clavaron en mis caderas cuando me las inclinó para conseguir un ángulo de acceso mejor. Aun así, por si acaso la idea de que nos detuviéramos se le pasaba por la cabeza, me apresuré a decir:

—¡No! Por favor, no.

Sonrió a escasos milímetros de mis labios.

—Mejor, porque no pensaba parar. Pero me encanta que supliques.

—Por favor, por favor, por favor —le supliqué. Quería complacerlo, pero no creía que pudiera aguantar mucho más. Me temblaban los muslos por la tensión acumulada en mi cuerpo. Estaba a punto de llegar a un orgasmo que iba a acabar conmigo, lo intuía.

—¿Te gusta lo que te hago con la polla, Tessa?

¡Madre mía, qué manera de pronunciar mi nombre!

—Me encanta. Me encanta lo que me haces, joder.

—Tócate. Quiero sentir cómo te corres.

No le dije que ya estaba a punto. Obedecí sus órdenes, me coloqué un dedo sobre el clítoris hinchado y dejé que los demás rozaran su polla mientras él entraba y salía. Era una bomba a punto de explotar. El hombre al que deseaba con tanta desesperación me estaba follando encima de su escritorio, a plena luz del día, mientras sus empleados seguían con sus quehaceres al otro lado de la puerta, cuando no deberíamos estar follando bajo ningún concepto... La situación no podía ponerme más cachonda. ¿Qué me había dicho la última vez que habíamos estado aquí, cuando podíamos habernos metido en problemas? «Quizá por eso es tan divertido».

Y joder, madre mía, claro que lo era.

Divertido y explosivo. Incluso a pesar de saber que estaba a punto de correrme, el clímax me pilló por sorpresa cuando lo alcancé y me recorrió de pies a cabeza. Con los párpados cerrados, vi las estrellas. Los músculos se me contrajeron al estremecerme de placer. Solté un grito que Scott tuvo que ahogar cubriéndome la boca con una mano.

—Joder, así me gusta. Qué bien te portas. —Bajó la mirada al punto donde nuestros cuerpos se unían y observó cómo su polla entraba en mi coño apretado—. Joder, es que estás tan mojada. Y tan apretada. Dios, qué perfección.

Sus palabras se convirtieron en gruñidos y su cuerpo sufrió una sacudida cuando alcanzó el clímax. Yo, que aún no me había recuperado, me obligué a abrir los ojos para contemplar cómo perdía el control. Verlo así me impactó tanto... Por mucho que impusiera cuando estaba sereno

y al mando de todo, estaba magnífico cuando se dejaba llevar y, durante unos segundos efímeros, deseé poder ver esta versión de él siempre que quisiera.

¿A quién pretendía engañar? Esto no había sido más que un aquí te pillo, aquí te mato. Era de esos hombres que nunca se acostaban con la misma mujer dos veces. Y lo había sabido desde el principio.

Todavía lo estaba mirando cuando abrió los ojos. Demasiado tarde, volví la cabeza, pero él me colocó una mano en la mejilla y me obligó a mirarlo de nuevo. Me besó con delicadeza, un contraste muy marcado con el frenesí que habíamos experimentado hacía unos minutos.

—No era aquí donde creía que te iba a follar por primera vez —admitió.

El corazón me dio un vuelco en un intento por buscarle un significado oculto a esas palabras.

Pero mi cerebro, que gracias a Dios era el que estaba a cargo de mi lengua, fue más sensato:

—¿Es una frase que dices a menudo?

Me acarició con el pulgar y su expresión se volvió seria.

—Te lo digo de verdad. Imagino muy a menudo cómo te follo. Y con todo lujo de detalles.

Algo en esa frase me hacía albergar esperanzas: si no quisiera repetir, no tendría sentido que me dijera algo así después de haberme follado, ¿no? Quizá no solo sería un aquí te pillo, aquí te mato. Quizá podría volver a ver esa expresión en su rostro siempre que quisiera.

Aunque lo más fácil era pensar que esa opción no existía. Porque, si existía y dependía de mí decidir si quería hacerlo, sin duda la respuesta era sí, y sabía a qué conduciría eso: a un sexo maravilloso del que disfrutaría muy a menudo y a un corazón roto. El mío, para ser exactos. Ya había pasado por una experiencia similar y era lo bastante lista como para haber aprendido la lección.

Eso implicaba convencerme a mí misma de que esa opción no era viable.

—Y ahora ya deberías haber matado el gusanillo. —Lo aparté y agarré unos pañuelos de la caja que tenía sobre el escritorio para limpiarme.

—Venga ya, Tessa. —Me quitó los pañuelos arrugados de la mano, cogió otro para envolver el condón y luego los tiró a la papelería—. ¿De verdad te vas a poner así?

—¿Así cómo?

El teléfono fijo que tenía sobre el escritorio sonó antes de que pudiera responder. Alargó el brazo sin apartarse de mí, pulsó el botón del intercomunicador y me lanzó una mirada para pedirme que me mantuviera callada.

—¿Sí, Sadie?

Su secretaria tenía un nombre sensual, cómo no. Seguro que era rubia, medía un metro ochenta y tenía una buena delantera. Ah, y, por supuesto, también habrían follado un montón de veces. No había olvidado que, cuando lo vi por primera vez, le estaba metiendo los dedos que daba gusto a la secretaria de recepción.

—Su padre ha llamado para informarle de que está de camino para la reunión de la una.

La expresión de Scott cambió al instante. Comprobó la hora en su reloj de muñeca y empezó a abrocharse los pantalones a toda prisa.

—Gracias por recordármelo —respondió, y colgó antes de que la secretaria pudiera añadir nada más—. Me temo que habrá que dejarlo aquí, pero tenemos que darnos prisa.

Me sobrepuse mientras él lo limpiaba todo. Recogió mis bragas, luego la americana y, por último, el maletín abandonado. Me acerqué a él, que estaba en medio del despacho, y me lo

entregó. Se puso la americana y, como era de esperar, se metió mis bragas en el bolsillo interior.

—Estas me las quedo.

—Sí, sí, ya sé cómo funciona. —Esa costumbre suya y el hecho de que me despachara con prisas eran un recordatorio de que aquello no podía volver a pasar por nada del mundo.

En la puerta, cuando ya tenía la mano en el pomo, Scott me detuvo y me agarró con actitud posesiva.

—Retomaremos esta conversación más adelante —me advirtió y, acto seguido, me besó de nuevo.

El escalofrío que me provocó el beso confirmó que, a pesar de lo que quisiera creer que Scott Sebastian sentía por mí, yo estaba irremediabilmente bajo su hechizo.

Todavía estaba aturdida cuando se apartó. Sin mediar ni una sola palabra, me limpió los restos de pintalabios y abrió la puerta.

—Repararé los informes y hablaremos la semana que viene, señorita Turani —dijo, un poco más alto de lo necesario—. Gracias por haber venido.

Madre mía, pero qué naturalidad. Estaba tan acostumbrado a esos revolcones en horario laboral que era capaz de cambiar de actitud en un abrir y cerrar de ojos.

Me esforcé al máximo para hacer lo mismo.

—Sí, perfecto. Lo mismo digo. Gracias.

Era evidente que yo no tenía la misma soltura. Sin embargo, al menos logré salir de allí sin caerme de bruces, toda una proeza teniendo en cuenta lo mucho que me temblaban las piernas.

Cuando pasé por delante del escritorio de Sadie, que quedaba a mi derecha (una pelirroja seductora; qué sorpresa), un hombre de aire distinguido, pelo canoso y unos ojos azules casi tan impresionantes como los de Scott se cruzó conmigo por la izquierda.

Me fulminó con la mirada, o tal vez fue fruto de mi imaginación. Aunque quizá la mueca fuera dirigida a su hijo, a quien oí que saludaba a mis espaldas.

—Me sorprende verte por aquí, papá. Creía que la reunión sería en tu despacho.

—No quiero que te relajés.

Entonces, las puertas se cerraron o, simplemente, dejé de oírlos. No me molesté en mirar atrás para comprobarlo. Tenía que concentrar toda mi atención en dar un paso después de otro y largarme de allí.

Había llegado a la zona de la recepción principal cuando alguien me habló.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Silvia.

—Bien, bien. —No dejé de caminar, ansiosa por marcharme cuanto antes—. Llego tarde. Tengo que... —Señalé en la dirección a la que me dirigía.

—¡Fantástico! —exclamó mientras me alejaba—. ¡Felicidades!

No entendí por qué me felicitaba hasta que entré en el ascensor y las puertas se cerraron.

«¡Mierda! ¡La fundación!».

Capítulo 13

Tuve la suerte de poder concertar una reunión con Scott para el lunes a las once y cuarto.

—Le gustaría saber si se trata de negocios o... —me había preguntado Sadie, la voluptuosa pelirroja, cuando había llamado.

—Negocios —le había respondido, quizá demasiado rápido—. Se trata de negocios. —No estaba segura de quién de los dos necesitaba saberlo más, si Scott o yo. Ambos habíamos demostrado que, desde luego, nuestra fuerza de voluntad no era nuestra mejor virtud.

Sadie me había confirmado la reunión e incluso me había mandado una invitación por correo electrónico para hacerlo oficial. Una vez la reunión estuvo fijada, me dediqué a pensar en otros asuntos. En concreto, en lo que había ocurrido en el despacho de Scott. En lo mucho que me había gustado. En lo fatal que había estado. En cómo el hecho de que estuviera tan mal había contribuido a que me gustara tanto.

Cuando me quedé dormida, ya había revivido la escena mil veces. Menos mal que tenía el vibrador de bolsillo que Tey me había regalado para mi último cumpleaños, porque con las manos no me bastaba. Aunque, claro, conociendo a Kendra y su gusto por derrochar, lo más probable era que tuviera varios modelos todavía dentro de sus cajas, escondidos en algún lugar de la casa que encontraría si me decidía a explorar.

A la mañana siguiente, cuando desperté, me encontré con un mensaje de Brett.

Esta mañana voy a ir aquí. ¿Quieres venir conmigo?

El enlace que acompañaba el mensaje era de un seminario informativo en la biblioteca Jefferson Marquet organizado por la Fundación para la Lucha contra la Disautonomía.

Cerré los ojos sin responder, con el móvil en la mano y una sonrisa dibujada en la cara. Quizá había investigado para disponer de más información pensando en los negocios, pero tenía la sensación de que estaba más interesado en pasar un rato conmigo. Y era todo un detalle. Sin duda, si Brett y yo no trabajáramos juntos, estaría interesada.

Y si Scott no hubiera monopolizado por completo mi atención, claro.

Gruñí al acordarme. O quizá fue más bien un gemido. Un ruido a caballo entre un gruñido y un gemido que repetí cuando me estiré y noté el recordatorio físico entre las piernas de lo que

había hecho el día anterior.

Aunque fuera mala idea, quedarme en la cama y evocarlo durante todo el día me parecía un plan maravilloso. Conocía de sobra el trabajo de la FLD, no necesitaba asistir a ningún seminario. Además, no quería mandarle un mensaje erróneo a Brett sobre mis intenciones al aceptar su invitación.

Me obligué a incorporarme y a responderle. Cuando ya había tecleado la mitad, me lo repensé. ¿Y si Brett hablaba con los ponentes? ¿Y si me mencionaba? ¿Y si les comentaba la posibilidad de un acuerdo de colaboración?

Aunque lo más probable era que el ponente no conociera a Conscience Connect ni supiera nada del contrato, existía una posibilidad remota de que sí, lo que implicaba que supieran que el contrato era con Kendra y que Tess Turani tan solo era su asistente.

Volví a echar un vistazo al enlace para comprobar la hora a la que empezaba el seminario antes de contestar:

Nos vemos allí.

Entonces, salí de la cama de un salto y me metí en la ducha. Tenía menos de una hora para prepararme y llegar al distrito Flatiron. Si quería llegar puntual, necesitaba darme prisa.

* * *

—No creo que hoy haya descubierto ni una sola cosa que tú no mencionaras ayer —comentó Brett mientras salíamos de la biblioteca tres horas después.

—Eso no es verdad —repuse entre risas. Solo pretendía ser educado. El seminario había sido muy completo, incluso habíamos asistido a las charlas de dos pacientes que sufrían distintas formas de disautonomía.

Al final había resultado que mis temores por quiénes fueran los ponentes eran infundados. No solo eran voluntarios (lo que indicaba que, seguramente, no tenían ni idea de que la fundación buscaba un acuerdo de patrocinio), sino que Brett no tenía intención de hablar con ellos.

Claro que, si yo no lo hubiera acompañado, quizá se lo habría planteado. O tal vez ni siquiera se habría presentado en el seminario, y, aunque le diera la sensación de que no había aprendido nada nuevo, en ese momento Brett parecía incluso más entregado a la causa. Fuera como fuese, por mi parte no había sido una pérdida de tiempo.

—Bueno, sí que he descubierto algo. —Dejó de caminar y se volvió hacia mí—. He descubierto lo expresiva que eres cuando estás escuchando a alguien que habla sobre un tema que te importa de verdad.

Noté que el rostro me ardía. Ya me lo habían dicho antes, me habían comentado que incluso daba vida a las palabras del orador mientras hablaba. Por mi parte, lo hacía de forma completamente inconsciente, y me costaba no sentir cierto pudor cuando me lo decían.

—¿Te he distraído mucho?

Respondió con una sonrisa que me indicó que había disfrutado de la distracción.

—Estoy seguro de que nadie aparte de mí se ha dado cuenta. Bueno, excepto el quejica que teníamos detrás.

—Era un gruñón, ¿verdad? No he necesitado darme la vuelta para saber que ponía mala cara.

Nos reímos un poco de él y de lo que Brett añadió a continuación, pero no lo escuché porque, de forma inesperada, un recuerdo espontáneo de Scott acaparó toda mi atención, así que me reí entre dientes como si hubiera oído la broma.

¿Cómo podía ser tan tonta y fantasear con ese ligón tan atractivo, que seguro que no habría pensado en mí ni una sola vez desde que me marché de su despacho, cuando tenía a un hombre adorable, guapo y atento delante de las narices? Un hombre que, de forma evidente, estaba interesado en mí.

Cuando nuestras risas se apagaron, no aparté la mirada.

—No sé si a ti te pasa, pero oír hablar de enfermedades me ha abierto el apetito.

Una mujer decente habría declinado la invitación educadamente. Brett era muy buena persona y no merecía que le diera falsas esperanzas.

Sin embargo, tenía pensamientos inapropiados sobre un hombre en el que me había prohibido pensar, y comer cualquier cosa con Brett podía ser la oportunidad perfecta para descubrir algo más sobre su primo.

Eché un vistazo a nuestro alrededor y reparé en un vendedor callejero.

—Un perrito caliente no parece mala idea. Hace buen día, podemos sentarnos en los jardines de la biblioteca y comérmolo aquí.

Su expresión era contradictoria, como si estuviera alegre por poder pasar más tiempo conmigo, pero a la vez decepcionado por no haber sugerido un plato servido en mesa. No sabía si se lo había tomado como una señal de que no me gustaba o de que, por ahora, estaba decidida a mantener nuestra relación en el plano profesional.

Fuera como fuese, pareció darse cuenta de que debía aprovechar lo que se le ofrecía.

—Me parece perfecto.

Media hora más tarde, cada uno se había zampado un perrito caliente con chile y habíamos compartido una galleta de pepitas de chocolate. Brett seguía comiendo una bolsa de patatas fritas mientras yo bebía té frío de una botella, y, aunque habíamos hablado de muchos temas diferentes, desde la serie de ciencia ficción *The Expanse* hasta cuál era la mejor raza de perro para tener como mascota, no había encontrado todavía la forma de sacar a colación el tema que quería tratar realmente.

Entonces, inesperadamente, él lo hizo por mí.

—Silvia me dijo que has convencido a Scott.

Se me formó un nudo en el estómago. No era como esperaba que saliera el tema. Tuve que esforzarme al máximo para no pensar en el aprieto en el que yo solita me había metido cuando opté por follarme al vicepresidente en lugar de presentarle la decisión del equipo.

Por más que quisiera, no podía esconderme de la verdad.

Tomé otro sorbo de té mientras meditaba qué responder. No quería mentir a Brett. No obstante, toda mi relación con Sebastian Industrial era una farsa, de modo que, llegados a ese punto, ya era un poco tarde para preocuparme por eso.

—Todavía quedan algunos flecos pendientes. —Traté de restarle importancia, pero había sido sincera—. Tengo una reunión con él el lunes, antes de la nuestra para comer.

Y ahora solo tenía que confiar en que Brett no hablara del tema con Scott antes de que lo hiciera yo.

—Fantástico. Por un lado, me sorprende que fueras capaz de convencerlo tan rápido. Por el otro, es complicado no dejarse convencer cuando eres tú quien lo intenta.

Miré a un lado para que no me viera poner los ojos en blanco. ¡Típica frase de ligón! Quizá era más casanova de lo que creía.

Sin embargo, me asaltó una preocupación por si ese comentario tenía otro sentido:

—Espero que no insinúes que aceptó la propuesta porque... bueno... —No estaba segura de cómo formularlo.

—¿Porque eres guapa? No me cabe ninguna duda de que cualquier mujer guapa ejerce cierta influencia sobre Scott, pero también estoy seguro de que nunca apoyaría una iniciativa en la que no creyera. No quería insinuar nada más allá de que sabes lo que haces. Y que Scott sabe que debemos firmar el acuerdo de colaboración cuanto antes. El jefe lo está presionando. Como imagino que ya sabrás, la empresa está inmersa en ciertas batallas legales por uno de los oleoductos y Henry tiene la esperanza de que anunciar nuestra colaboración con una fundación benéfica desvíe la atención mediática y de la opinión pública.

La mayoría de las empresas que Kendra emparejaba con organizaciones benéficas se encontraban en esa situación. A veces, cuando se enteraba de que la prensa estaba atacando la reputación de alguna compañía, sabía que era el momento perfecto para intervenir y les sugería que firmaran un acuerdo de patrocinio.

De nuevo, me pregunté por qué Kendra no habría contactado con Sebastian Industrial antes.

Pero tenía más curiosidad por otros asuntos:

—¿Henry es el padre de Scott?

—Exacto, es el director ejecutivo. El codirector, técnicamente, junto con su hermano. —Brett hizo una pausa para observarme con atención—. Por tu expresión, deduzco que no has investigado quién es quién dentro de la empresa.

—No es verdad, sí que lo he hecho, solo que no llegué a buscar quién es quién dentro de la familia Sebastian. —No lo había hecho porque sabía que una búsqueda minuciosa me habría ofrecido un montón de imágenes de Scott acompañado de mujeres, y ya me sentía bastante insegura, no necesitaba obsesionarme con supermodelos y la élite de la realeza ni con cualquier otra chica con la que hubiera tenido una relación o un revolcón.

—Bueno, pues voy a darte una clase. —Brett recogió nuestros desperdicios y despejó una zona del suelo justo entre los dos. Entonces, se sirvió de un tenedor de plástico para dibujar una marca en la arena—. Irving Sebastian fundó la Sebastian Industrial Corporation cuando era joven. Ahora tiene noventa y cinco años, así que hace mucho tiempo. Construyó todo el imperio desde cero. Amasó cantidades ingentes de dinero, por supuesto. Las acciones siguieron siendo privadas y, cuando su mujer falleció, la mayoría se repartieron entre sus hijos.

Brett añadió cinco líneas debajo de la primera.

—Henry es el mayor. Luego están Reynard, Samuel, August y Arthur. Henry y Reynard dirigen juntos Sebastian Industrial. Arthur está en la junta. Samuel y August se fueron a Sebastian News Corporation cuando la empresa se dividió en los años noventa.

—¿Solo tuvo hijos?

—¿No lo sabías? Irving Sebastian se hizo tan rico que tenía dinero de sobra para elegir

genéticamente si quería tener hijos o hijas. —Era una broma, pero detecté cierta amargura—. Ahora en serio, la cantidad de hombres que hay en la familia es espeluznante. La siguiente rama del árbol genealógico es similar. Henry, por ejemplo. —Dibujó otras cinco líneas debajo de la correspondiente en la segunda fila—. Aparte de Scott, tuvo a Miles, a Cole y a Zach. Pararon cuando tuvieron a Sydney. La miman muchísimo.

¿Con cuatro hermanos mayores?

—Ya. Me lo imagino.

Brett siguió completando las ramas del árbol genealógico mientras me explicaba quién había hecho qué y a quién debía evitar (los dos hijos de Reynard) y quién le caía bien (los hijos de August). Casi la mitad de los descendientes ocupaban algún puesto dentro de Sebastian Industrial o de Sebastian News Corporation.

—Yo mismo estuve a punto de acabar en la News Corporation —me explicó, en cierto momento—. Porque prefiero trabajar mil veces antes para Samuel y August, pero no me interesaba el trabajo en sí. De todas formas, tampoco tengo que lidiar con Henry ni con Reynard directamente. Y puede que Scott sea duro de mollera, pero, en el fondo, no está tan mal.

Oír el nombre de Scott y la palabra «duro» en una misma frase amenazaba con hacerme pensar cosas que no debía. Refrené las cochinadas y me acordé del hombre con expresión seria con el que me había cruzado al salir del despacho de Scott.

—Ayer vi a Henry. Solo unos segundos. Sí que parecía imponente, incluso a primera vista.

Brett se encogió de hombros.

—Es el hombre al mando de todo. Supongo que es parte de lo que se requiere para ocupar su puesto. Te aseguro que yo no querría tener esa presión, igual que tampoco me gustaría ser uno de sus hijos.

Observé el árbol genealógico que había esquematizado en la arena y fruncí el ceño.

—Un momento, ¿y tú dónde estás?

—Ah, sí. Los secundarios. —Dibujó otra línea junto a la que representaba Irving en la cúspide—. Mi abuela es Ida, la hermana pequeña de Irving. Se quedó embarazada fuera del matrimonio, lo cual suponía una deshonra inmensa en aquella época, pero Irving tenía una actitud protectora y velaba por su familia, de modo que se aseguró de que no le faltara de nada y logró que el escándalo se mantuviera en secreto. Conservó el apellido Sebastian. Claro que, al hacerlo, provocó todo tipo de rumores. La gente empezó a decir que el padre era Irving. —Brett se estremeció solo de pensarlo—. Son habladurías, pero no es verdad. Creo que quien dejó embarazada a mi abuela fue un estafador, aunque nunca hemos podido confirmarlo.

»Bueno, en cualquier caso, tuvo gemelos: Luke y Luis. Luke es mi padre. —Dibujó más líneas en el árbol—. Todos los de aquí somos los secundarios. Tenemos dinero. Irving se aseguró de que tanto mi padre como mi tío tuvieran trabajo. Recibiremos una parte de la herencia cuando Irving muera, pero no tiene ni punto de comparación con lo que poseen los Sebastian principales.

Levantó una mano, como si quisiera enfatizar lo que se disponía a decir a continuación:

—No me quejo, ¿eh? Para nada. Es fácil dejarse seducir por todos los lujos que disfrutan los principales, pero he visto de primera mano lo que el dinero hace a la gente. Son insensibles. Malcriados. Inaccesibles. Viven en su propio mundo y, aunque parezca que te han invitado a entrar, en realidad nunca formarás parte de él.

No lo dijo como una advertencia, pero sabía que, si era lista, me lo tomaría como tal. Entonces, ¿por qué ahora Scott Sebastian me despertaba más curiosidad que nunca?

* * *

Acababa de acurrucarme en el sofá de Kendra, con el mando a distancia en la mano, cuando me sonó el móvil. Era un sábado por la noche, así que no me sorprendió en absoluto ver que en la pantalla aparecía «Número oculto». Típico de Kendra: ningún respeto por los días libres.

Forcé una sonrisa antes de contestar porque sabía que podía percibirlo en mi voz:

—¡Hola!

Pero no fue Kendra quien respondió:

—Has estado con Brett.

—¿Cómo? —Había oído sus palabras, pero me había quedado pasmada por tener a Scott Sebastian al otro lado del teléfono.

—Ya has oído lo que he dicho. —Su voz sonaba áspera, como si me regañara. Como si compartiera un secreto.

Se me puso la piel de gallina al oír su voz y solo pude responder de ese modo.

Y también porque (¡madre mía!) Scott Sebastian me había llamado, lo que significaba que pensaba en mí. Igual que yo pensaba en él.

Bueno, quizá no tanto. Pensaba en él a un nivel absolutamente lamentable. En su caso, habría pensado en mí de casualidad y, llevado por un antojo como hacen los niños ricos y malcriados que se aburren, había buscado mi número de teléfono un sábado por la noche y me había llamado.

Exacto y, aunque no pensara en mí a un nivel absolutamente lamentable, era suficiente para ser significativo.

Tenía que hacerme la interesante.

—Vaya, hola a ti también, Scott.

—Hola, Tessa. —Ay, me provocaba demasiadas sensaciones cuando pronunciaba mi nombre—. Explícame por qué has pasado el día con Brett.

Scott ejercía un poder sobre mí, influía de tal manera que detestaba reconocerlo, aunque no por eso era menos real. Me había dado una orden y mi cuerpo quería obedecer. Ya había perdido dos bragas por hacer precisamente eso.

También era una tonta. Una tonta de remate. Lista para saltar ante la mínima señal de que yo también tenía algún tipo de poder sobre él.

—¿Cómo sabes qué he hecho hoy? ¿Acaso me has estado espionando?

—Tengo mis métodos.

—Vale, bueno, pues puedes usar tus métodos para descubrir lo que me has preguntado. —Había tratado de mostrar indiferencia, y debí de lograrlo, porque me ofreció la respuesta.

—Brett lo ha mencionado esta noche, en un evento familiar. Un aniversario. No me preguntes de quién. No he prestado atención. La cuestión es que había demasiados entrometidos delante como para sonsacarle más información, así que te lo pregunto a ti.

Era la oportunidad perfecta para hablarle de la Fundación para la Lucha contra la

Disautonomía, explicarle en qué consistía y conseguir que apoyara la causa. Al menos podía empezar a preparar el terreno para la reunión del lunes.

Sin embargo, los muslos todavía me dolían por agarrarme a su cuerpo el día anterior. Notaba un cosquilleo en la piel y el corazón me martilleaba en el pecho, y, ante la opción de hablar de negocios o ponerme a flirtear, me atraía mucho más la segunda.

—¿Por qué te importa? —Quería sonar despreocupada, pero me dio la sensación de que había parecido entusiasmada.

—Creo que ya sabes por qué.

—Pues a mí me parece que no.

No dijo nada durante unos segundos y me preocupé por si la había cagado de algún modo. Cuando volvió a hablar, usó un tono más exigente:

—¿Debo preocuparme?

—¿Porque Brett vaya detrás de mí? —Quería que estuviera celoso de Brett, pero no podía creer que tuviera celos de verdad. ¿De un secundario? ¿Por mí?

Scott profirió un ruidito de fastidio.

—Te olvidas de que conozco a Brett. Es demasiado profesional para mover ficha con una mujer con la que mantiene una relación laboral.

O Scott dudaba de lo que sabía o...

De pronto vi las cosas desde su perspectiva. Había sido testigo de lo mucho que me había emocionado tras saber que había conocido a un Sebastian en la fiesta. También había comprobado mi falta de profesionalidad cuando había dejado que me besara. O cuando habíamos follado en su despacho. Y, por si fuera poco, se acababa de enterar de que había pasado el día con Brett. ¿Por qué no iba a pensar que me comportaría de la misma forma con él?

Y, aunque lo entendí, me ofendió y me dolió.

—Entonces, quien te preocupa en realidad soy yo.

—Sé que te esfuerzas por no traspasar la línea de la moralidad, pero...

Apreté los dientes para no soltar un comentario igual de ofensivo.

—Es un problema que, al parecer, solo tengo contigo.

—Es todo lo que necesitaba saber.

—Y a partir de ahora no necesitarás preocuparte, porque no supondrá ningún problema —añadí; su tono triunfal solo había servido para alimentar mi enfado. Quería mandarlo a la mierda. Y yo también podía irme a la mierda por pensar que podía haber algo entre nosotros, pero, sobre todo, quería que él se fuera a la mierda.

Pero, entonces, su tono se volvió grave y serio:

—No me lo saco de la cabeza, Tessa.

—¿El qué?

—A ti. Ni de lejos.

Ay, madre.

Tuve que esforzarme para no olvidarme de respirar.

—Dime que te pasa lo mismo. —Sonó apremiante. Sentí un impulso natural de decirle lo que quería oír.

A pesar de la urgencia, respondí con total sinceridad:

—Me pasa lo mismo.

—Bien. Avanzamos poco a poco.

No podía ni imaginar hacia dónde avanzaba aquello.

Mentira. Me lo podía imaginar demasiado bien. Se me daba genial fantasear con finales felices y cuentos de princesas con hombres como Scott Sebastian. Hombres que, en realidad, solo querían ser felices unos instantes. Esas fantasías siempre acababan con mi corazón hecho añicos.

No podía permitirme ninguna fábula que incluyera a Scott.

Unas voces de fondo interrumpieron mis pensamientos.

—¿Dónde estás? —pregunté.

—Sigo en el evento familiar.

Parecía una fiesta. Entonces, se oyó una voz mucho más cerca que las demás.

—Venga, Scott —dijo una voz femenina.

Femenina y que reconocí. No pertenecía a ningún miembro de la familia Sebastian, y aunque había estado presente en la última fiesta que habían dado, enseguida supe que se trataba de ella.

—¿Esa de ahí era Eden?

De repente, el sonido de fondo sonó más amortiguado, como si se hubiera alejado para tener más privacidad.

—¿Estás celosa?

—No, es curiosidad.

—Y celos. No tienes que disimular conmigo, Tessa. Me gusta.

Oír cómo lo disfrutaba debería haberme quitado las ganas, pero (cómo no) ocurrió justo lo contrario. Me hizo sentir aturdida, deseada y me dejó sin aliento, lo cual era una absoluta tontería, puesto que su acompañante era la puñetera Eden.

—¿Por qué estás con Eden?

—Ahora te das cuenta de cómo me he sentido yo, ¿verdad? ¿A que no es agradable? —Lo estaba disfrutando de lo lindo.

—Bueno, la diferencia está en que yo he visto con mis propios ojos el tipo de relación que tienes con Eden. —No podía creer que le estuviera confesando eso. Que me permitiera mostrarme tan vulnerable.

—La ha traído Brett —explicó. Se había compadecido de mí—. Son muy amigos. Y no, no voy a tocarla esta noche. No lo haría ni aunque me lo suplicase. Ni lo haré cuando me lo suplique. ¿Te sientes mejor?

—No sé cómo me siento —mentí, porque ni por asomo iba a reconocer que me sentía mucho mejor.

Se rio entre dientes.

—Tú sigue intentando convencerte, Tessa. Por más que te lo repitas, no se convertirá en la verdad. —De nuevo, oí la voz de Eden de fondo. Más insistente. Más irritada—. Parece que van a sacar la tarta, tengo que colgar.

—Ah. Vale. —Era demasiado pronto. No estaba lista para colgar. Quería seguir flirteando y desnudándome y odiándome por mostrarme tan vulnerable. Pero no podía admitirlo delante de él. Tartamudeé mientras pensaba en algo que pudiera decirle—: P-Pues yo...

Mierda. ¿Yo qué?

Scott intervino antes de que yo siguiera hablando:

—Ya lo sé. Yo también pensaré en ti.

Después de colgar, me quedé durante un buen rato con el móvil en una mano sobre el pecho y una sonrisa en la cara.

Capítulo 14

—He estado dándole vueltas al problema que tienes —me dijo Teyana el lunes, cuando me llamó—. Y creo que sé lo que debes hacer.

Intuí a qué se refería con «el problema que tienes». Había pasado el domingo con ella y, básicamente, solo le había hablado de Scott. De cuánto me confundía, de lo mucho que lo deseaba, de lo preocupada que estaba por si jodía el contrato con la FLD por culpa de aquella estúpida obsesión...

Me moría por aceptar cualquier ayuda que pudiera ofrecerme.

Retiré el móvil de la oreja un momento para comprobar qué hora era. Me quedaban quince minutos antes de salir hacia el Sebastian Center. Tendría que hacer varias cosas a la vez. Tras activar el altavoz, coloqué el teléfono en la encimera del baño y acabé de aplicarme el rímel.

—Pues venga, dime.

—A ver: te interesa que el acuerdo con la FLD sea limpio y legal. Lo entiendo. Pero, bueno, seamos sinceras. Los has engañado desde el principio y te has tirado al jefe. Ya has cruzado esa línea. Hay más probabilidades de que hoy echéis otro polvo en cuanto os quedéis solos que de lo contrario.

—Has hecho un muy buen resumen de la situación. —Y explicaba el nivel de aversión que en ese momento sentía hacia mi propia persona—. ¿Tenías intención de ayudarme?

—Pues claro que sí. Escúchame bien.

—Te estoy escuchando. —Pestañee unas cuantas veces y analicé mi reflejo para asegurarme de que el maquillaje se veía uniforme.

—En lugar de resistirte a la atracción, aprovéchala.

Con el ceño fruncido, miré el móvil. No estaba segura de que insinuara lo que parecía que estaba insinuando.

—¿Acaso me estás animando a que me prostituya para conseguir que se firme el contrato?

—No quería ser tan basta, pero...

Quitó el altavoz y me acerqué el teléfono al oído.

—No pienso ofrecerle tener relaciones a cambio, Teyana. No solo es desmoralizador y antifeminista, sino que, además, demuestra una falta total de ética...

—Pero esa línea ya la has cruzado, ¿recuerdas?

Hice caso omiso de su comentario.

—Y si alguien descubriera que lo he hecho, todo el progreso que he conseguido habría sido en vano. ¿Por qué le haría algo así a la FLD? ¿Por qué querrías que lo pusiera en riesgo?

—Para el carro, Tess. No te estoy diciendo que ofrezcas sexo a cambio de nada. Solo digo que no te resistas al deseo. Úsalo. Ambas sabemos que Kendra lo hace. No me cabe duda de que se habrá acostado con la mitad de los hombres con los que ha firmado un contrato y todo ha salido bien. Scott quiere volver a follar contigo, ¿no? Pues tú vas, coqueteas un poco y luego le dices que nadie se va a quitar la ropa hasta que hayáis terminado de hablar de negocios. Ambos querréis hacerlo si luego va a haber un premio, y lo habrá tanto si se firma el contrato como si no. Además, es un premio que no recibes por primera vez.

Abrí la boca para seguir discutiendo su propuesta, pero la cerré al darme cuenta de que era una batalla perdida. Quería conservar cierta autoridad moral, de verdad, pero la había perdido hacía mucho tiempo, ya no podía recuperarla. ¿Sería capaz de mantener una conversación con él en la que no terminásemos con los labios pegados? La experiencia me había demostrado que ambos necesitaríamos mucha fuerza de voluntad si quería terminar la presentación antes de lanzarme a sus brazos.

Cuantas más vueltas le daba, más me parecía que la sugerencia de Teyana era el mejor camino a seguir, me gustara o no.

Con un suspiro, miré el traje de pantalón que me había puesto y que había elegido precisamente porque sería más complicado de quitar.

—En ese caso, será mejor que me cambie de ropa y me ponga algo menos restrictivo.

* * *

Al cabo de una hora, enfundada en una falda fluida y sin ropa interior, le indiqué a Sadie que había llegado para ver a Scott.

—Tengo una reunión a las once y cuarto. Tessa Turani.

Me estremecí en cuanto lo dije. ¿Desde cuándo daba mi nombre como «Tessa»? ¿Qué me estaba haciendo este hombre?

La mujer no se había molestado en alzar los ojos de la pantalla del ordenador hasta que dije mi nombre. De repente, me estudió de pies a cabeza, con los labios fruncidos, mientras me analizaba.

—Me ha indicado que entraras en cuanto llegaras —dijo con expresión curiosa.

—Ah, de acuerdo. —No veía por qué podía ser una petición inusual.

—Nunca lo hace —me explicó—. Es de los que te piden que lo avises cuando llega alguien, lo que me lleva a pensar que debes de ser especial.

Resultaba tentador creérmelo. Era mi fantasía favorita: fingir que el mujeriego que me gustaba me veía como algo más que otro nombre que añadir a su larga lista. Tey se refería a ello como «mis delirios de romanticona», decía que siempre veía amor cuando era evidente que solo había atracción.

Ser consciente de ello no refrenaba mis ilusiones, pero sí que me hacía más fácil separar la realidad de la ficción. Y la realidad, en este caso, era que yo no significaba nada especial para Scott Sebastian.

—Es porque sabe que tenemos una fecha límite —le aseguré a Sadie, aunque, honestamente,

no estaba segura de por qué Scott le habría dado esa indicación, ya que cuando habíamos concertado la reunión le había dejado claro que era por negocios.

No obstante, tras pensarlo mejor, me di cuenta de que sí que conocía la razón. Porque Scott sabía tan bien como yo lo diligentes que éramos a la hora de hacer negocios. Porque tenía muchas ganas de pasárselo bien.

Razón de más para seguir el plan que había sugerido Teyana, que demostraba ser el mejor. Ahora solo tenía que decidir cómo ponerlo en marcha. Quedarme allí parada como una tonta con la vista fija en la puerta del despacho no parecía un buen modo de empezar.

—Bueno, pues yo... Esto... Voy a entrar —le anuncié a Sadie.

—Sí, creo que es lo que deberías hacer.

En un arrebato de valor, caminé y entré en el despacho.

Scott estaba en el sofá y escuchaba con atención a alguien al otro lado del teléfono, pero alzó la mirada y asintió al verme. En silencio, cerré la puerta y coloqué el maletín en el suelo, a mi lado, tras sacar del bolsillo exterior el dossier ampliado que había elaborado para la Fundación para la Lucha contra la Disautonomía. Luego, cuando él me indicó con un gesto que me acercara, crucé la estancia hasta él.

Sí. No necesitaba hacer nada más. Un gesto con el dedo bastaba para que me tuviera comiendo de la palma de su mano.

«Dios mío, ayúdame».

Cuando me senté frente a él, me di cuenta de que lo estaba sobrellevando mejor de lo que había creído. No sería tan complicado como había imaginado. Scott estaba impresionante (como siempre) y tecleaba algo en el portátil de una forma demasiado atractiva mientras soltaba un rollo en alemán a su interlocutor. Entre nosotros había una mesita de centro y el ambiente era totalmente profesional.

¿Podría conseguir que firmásemos el acuerdo sin tener que usar mis encantos, al fin y al cabo?

Entonces, Scott colgó, dejó el portátil a un lado y centró toda su atención en mí. Cuando sus ojos azules me penetraron junto con esa sonrisa infernal suya, me desarmó por completo.

—Tessa. —Sonaba enardecido—. Para mi sorpresa, me han informado de que esta reunión es de índole profesional, así que me he prometido que me voy a comportar mejor que nunca. Sin embargo, deberías saber que eso implica comportarme bastante mal de todas formas.

Estoy casi segura de que se me escapó un breve gemido.

Así pues, me tocaba seguir adelante con el plan de Tey. Más o menos.

—Bueno, en tal caso, me alegro de haber venido con la intención de manipularte con la posibilidad de que lo hagamos.

Las comisuras de sus labios se curvaron en una media sonrisa traviesa.

—Me tienes intrigado. ¿Qué te propones, en realidad?

Uf, aquello no parecía una buena idea. En absoluto.

Pero, llegados a ese punto, ya no había vuelta atrás. Le entregué el dossier.

—La semana pasada presenté al equipo la mejor opción de patrocinio para Sebastian Industrial, estoy convencida. Todos estuvieron de acuerdo de forma unánime. Aquí tienes un resumen para que lo revises, y espero que lo hagas y que des luz verde de inmediato para que podamos pasar a la siguiente fase. Sé que ambos tenemos muchas ganas de que el acuerdo se

firme y, si apruebas la reunión de coordinación ahora mismo, pues bueno... Entonces, nos quedarán cuarenta minutos antes de que empiece la reunión con el equipo para... eh... jugar.

Era oficial: no se me daba nada bien usar el sexo para mi propio beneficio.

Y mi hipótesis quedó refrendada cuando vi que no reaccionaba ante mi propuesta. Abrió el dossier, empezó a hojearlo y su expresión se tornó cada vez más seria.

—Disautonomía —comentó, al cabo de unos segundos—. ¿Es lo que padece Teyana?

No esperaba que fuera tan perspicaz, ni que recordara siquiera a una mujer con la que había coincidido durante unos pocos minutos.

—Eh... Sí. Sí, es la enfermedad que padece.

—Lo supuse cuando me topé con esta fundación en el informe previo que preparaste. —Cerró el dossier—. Muy bien. Aprobado.

No podía creer que hubiera sido tan fácil.

Entrecerré los ojos.

—¿Tantas ganas tienes de pasar a la parte en la que... eh... jugamos... que de verdad vas a aprobarlo sin tan siquiera estudiarlo con detenimiento?

—Tengo ganas, sí, pero no lo estoy aprobando a la ligera. He leído toda la información que nos has proporcionado. Y he investigado un poco más por mi cuenta. A título personal, debo decir que la Fundación para la Lucha contra la Disautonomía era la que más me convencía. Si, además, nos aseguras que es la mejor opción para la empresa, confío en ti. Me alegro de que el equipo haya llegado a la misma conclusión.

—Pero si has sido muy meticuloso. Me hiciste asistir a un montón de reuniones en las que estuvimos hablando de organizaciones que ni siquiera te interesaban, y me planteaste un millón de preguntas.

—Y ya me lo recriminaste. Estaba alargándolo en exceso y ahora ya no. —Se recostó sobre el sofá de cuero y se cruzó de piernas, con el tobillo sobre la rodilla contraria.

Ofrecía una imagen relajada y al mismo tiempo autoritaria que lo describía a la perfección. No era consciente de cómo demostraba su poder, pero eso era justo lo que había hecho desde el principio: exhibir de forma innegable su autoridad. Todo el asunto podría haberse decidido en una sola reunión, pero él lo había alargado hasta convertirlo en cinco. Seis, si contaba la de ahora. Y por supuesto que la contaba. Me frustraba tanto que incluso me cabreaba.

Y, si no fuera evidente que había puesto en marcha todo este juego de poder porque se sentía atraído por mí, me habría enfadado.

Todas esas mierdas me atraían demasiado, lo reconozco.

Pero también me importaba, y mucho, que se cerrara el acuerdo de patrocinio.

—¿Lo dices en serio? ¿Puedo comunicar al equipo que seguimos adelante con el proceso y pedir día y hora para la reunión de coordinación?

—Claro que lo digo en serio. —Cogió el portátil—. Voy a ordenar que empiecen con la comprobación del historial ahora mismo. Deberíamos tenerlo para el miércoles. Puedes solicitar la reunión para cualquier día a partir del jueves. Me aseguraré de que Sadie sea consciente de que debe adaptarse a la hora que le pidas.

Aquello no contribuiría a desmentir la idea que la secretaria se había formado de que yo era especial, pero no me importaba.

En ese momento, de hecho, me sentía bastante especial. Estaba muy cerca de conseguir lo

que me había propuesto y todo había sido gracias a Scott. Era inevitable que me sintiera agradecida, independientemente de que hubiera juegos de poder o no.

—Gracias. De verdad. No esperaba que te dejaras convencer con tanta facilidad. Estoy... Muchas gracias.

—De nada. Gracias por dar a conocer la Fundación para la Lucha contra la Disautonomía a Sebastian Industrial. —Acabó de dar la orden para que se efectuara la comprobación del historial, cerró la pantalla del portátil y lo dejó sobre la mesita de centro—. Y ahora podemos abordar el tema del sexo sin manipulaciones de por medio.

Me sentía más ridícula que nunca por haber pensado que podría manipular a este hombre para que hiciera lo que yo quería. No obstante, aquello no contribuyó a aplacar el deseo que me despertaba. Era como un interruptor. Bastaba con que Scott estuviera en la misma estancia que yo para que se me empaparan las bragas.

Así que si me lo ofrecía...

—Vale.

Los ojos le centellearon con excitación.

—¿Qué significa eso? ¿Podemos abordar el tema?

—No creo que tengamos que sacarlo.

Se acarició la barbilla con un dedo y sus labios dibujaron una sonrisa.

—Dilo. Dime qué quieres.

Noté que se me encendían las mejillas.

—¿En serio?

—Si no eres capaz de expresarlo en voz alta, ¿cómo voy a saber lo que quieres?

Ay, sí. Había olvidado que era de esos hombres a quienes les gustaba oírlo en voz alta. Era evidente que me iba a obligar a decirlo, sobre todo después de la forma en la que servidora había metido la pata al ofrecer sexo.

Inspiré para hacer acopio del valor necesario.

—Quiero que me folles.

Su sonrisa se ensanchó.

—Me alegro de que quieras eso, Tessa, porque es justo lo que yo también quiero. Cuando has dicho que «podríamos jugar», me has dado una idea. ¿Quieres que lo convirtamos en un juego?

La curiosidad vencía cualquier sentimiento de indecisión.

—¿Qué tipo de juego?

—Estaba pensando en jugar a «Tessa se gana la luz verde para la reunión de coordinación».

—¿«Se gana»?

—Ya sabes a lo que me refiero. Decide si quieres jugar o no, aunque voy a follarte decidas lo que decidas, de modo que no hay presión. He dado luz verde para pasar a la siguiente fase, no importa lo que suceda. —Su mirada se oscureció y bajó el tono de voz—. Pero finjamos que no. Hagamos ver que tienes que... ¿Cómo lo has dicho antes? «Manipularme» para conseguirlo.

Madre mía. Aquello era demasiado, esta vez en el buen sentido de la palabra, y no me faltaban ganas.

—Lo que acabas de decir me ha puesto muy muy cachonda. ¿Significa eso que soy una mala

persona?

—Significa que eres una diosa. Supe que tenías un lado pervertido cuando te quedaste mirando en la azotea.

No iba a confesarle que mi lado pervertido había salido a la luz cuando lo conocí. No necesitaba más munición. Además, quería hacerlo con él.

Sin embargo, antes de sentarme sobre su regazo, necesitaba asegurarme una vez más:

—¿De verdad que esto no tendrá ninguna consecuencia para la FLD? Si decidiera irme ahora mismo, ¿seguirías dispuesto a pasar a la siguiente fase de selección?

No pensaba irme ni por asomo. Me había percatado del bulto que le asomaba entre las piernas y ya se me hacía la boca agua. Esa polla no iba a quedar desatendida.

—Lo juro por la tumba de mi abuela Adeline. ¿Quieres que te lo ponga por escrito?

Había dado la orden para que realizaran la comprobación del historial. Con eso me bastaba.

Envalentonada por la urgencia que me devoraba por dentro, me apoyé sobre la mesita de centro, lo que le ofrecía un primer plano de mi escote.

—Señor Sebastian —empecé, con una cadencia seductora—, ya sé que esto no es muy profesional, pero estoy desesperada. Quiero que Sebastian Industrial firme el acuerdo con la Fundación para la Lucha contra la Disautonomía. No puedo explicarle lo mucho que significaría para mí, haría cualquier cosa por conseguirlo. Cualquier cosa. ¿Por qué no me dice cómo puedo lograrlo?

Juraría que el bulto aumentó de tamaño. Sí, se la estaba mirando.

Fingió que se lo pensaba. Como si no pasara nada. Como si no saltara a la vista que la tenía tan tiesa como un palo.

—Estaría dispuesto a contemplar esa posibilidad. ¿Qué tiene en mente exactamente, señorita Turani?

Señalé su entrepierna con la cabeza y pestañeeé con aire inocente.

—Podría echarle una mano con eso.

—¿Con qué? —Siempre dispuesto a oír guarradas.

Podía hacerlo mejor, así que lo intenté de nuevo.

—Se me ocurre que podría chuparle la polla, señor Sebastian.

—Supongo que sería una opción interesante. —Se abrió de piernas a modo de invitación para que me arrodillara ante él.

Me lancé tan rápido al suelo que debí de perder cualquier atractivo, pero no me importó. Tenía el pene tan duro como el acero que producía Sebastian Industrial. Le veía el contorno con claridad. Se lo rocé con las manos mientras le desabrochaba los pantalones a toda prisa.

Me dio la sensación de que tardé una eternidad en bajarle la cremallera y sacarle la polla. Por fin, ahí la tenía, enorme e hinchada, con la punta de un rojo inflamado. Nunca habría creído lo satisfecha que podía quedarme solo con contemplar la polla correcta. Podría haberme pasado todo el día observándola. Podría haberme conformado con limitarme a subir y bajar la mano por ese trancazo.

Pero no iba a «ganar» nada con eso. Y reconozco que me moría de ganas de metérmela en la boca.

Formé una «O» con los labios, aplané la lengua, me llevé la punta a la boca y fui recompensada con un gemido. Ese era el único estímulo que necesitaba para introducirla más,

todo lo que fuera capaz sin que resultara incómodo. Luego, me eché hacia atrás y repetí el mismo movimiento, una y otra vez. Lo hice con la lentitud suficiente como para degustar su sabor y su olor corporal, con la lentitud suficiente como para ponerlo nervioso.

Scott soltaba gruñidos de placer mientras yo me esmeraba en complacerlo. También hacía ruiditos de frustración porque prefería una velocidad diferente de la que yo le ofrecía. Tenía intenciones de llegar a esa velocidad, en algún momento, pero, antes de que pudiera hacerlo a mi manera, hundió sus dedos en mi pelo y los enroscó con tanta fuerza que me inmovilizó.

—¿Sabes de qué otra forma podrías ganarte el patrocinio? Si dejaras que te follara la boca.

Con la polla todavía en la boca, gemí para indicarle mi consentimiento. Al instante, tomó el mando. Me sujetó la cabeza con las manos mientras alzaba las caderas y empujaba una y otra vez, de modo que arremetía hasta el fondo con tanto ímpetu que la punta tocaba la parte posterior de mi garganta.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y me entraron arcadas, pero él no se detuvo. Me obligué a relajar la garganta y me concentré en respirar por la nariz. Me permití disfrutar mientras dejaba que me utilizara. No era muy difícil encontrarle el placer a la situación. Me parecía demasiado erótico, joder. La mamada más erótica que había hecho en la vida, si es que se podía considerar que la estaba haciendo yo, porque él era quien estaba al mando. La brusquedad de la situación alimentó mi fantasía: me estaba «ganando algo», merecía recibir un premio cuando terminase.

Me puso tan cachonda que creí que me iba a correr.

Scott también estaba a punto de llegar al orgasmo. Empezaba a notar la desesperación de sus embestidas cuando el ritmo se volvió irregular. Ya me estaba preparando para que se vaciara, pero, de repente, se separó de mí.

—Ponte en el sofá y abre las piernas —me ordenó mientras se metía la mano en el bolsillo y sacaba un condón.

Había sabido desde el principio cómo iba a terminar la reunión. Al menos, en eso habíamos coincidido.

Consciente de lo que ocurriría, me apresuré a hacer lo que me había ordenado y, además, me levanté la falda hasta la cintura.

Todavía no había terminado de desenrollar el látex a lo largo de su miembro cuando se percató de que no llevaba ropa interior.

—¿No hay bragas hoy? —No parecía decepcionado.

—He pensado que no saldría de aquí con ellas puestas, aunque las llevara al entrar. —Entonces, me acordé de que estábamos jugando—. Perdón, quería decir que me olvidé de ponérmelas, señor Sebastian. ¿Me he metido en un lío? ¿Todavía puedo ganarme el acuerdo de patrocinio?

—En un lío descomunal. Veamos si tu coño está a la altura como para concederte lo que pides. —Se colocó sobre mí, con una rodilla sobre el sofá y la otra pierna clavada en el suelo.

Ahugué un grito cuando me penetró.

—Lo está —susurró tras unas cuantas embestidas—. Joder si lo está... Para darte todo lo que me pidas.

Empezó a acelerar y recuperó el ritmo que había impuesto cuando me había follado la boca. Sin embargo, esta vez era evidente que se centraba en mí. Mientras se apoyaba con una mano en el respaldo del sofá, bajó la otra y empezó a entretenerse con mi clítoris.

—Me divierte tanto jugar contigo, Tessa. Eres perfecta para algo así. Ojalá no estuvieras tan decidida a comportarte como es debido, porque así podría follarte de muchas otras formas antes de concederte lo que quieres. Te haría cada cosa... No querrías volver a follar con otro en toda tu vida.

Hablaba sucio, las típicas guarradas que se decían con la excitación del momento, las que me ponían a cien. Si hubiera sido capaz de hablar, le habría correspondido con creces. «Hazme todas las guarradas que se te ocurran. Juega conmigo hasta que te canses. No voy a follar con nadie más que no seas tú».

Quizá incluso lo pensaba en serio.

Por suerte, alcancé el clímax, y él me acompañó al instante, de modo que no tuve que dar demasiadas vueltas a esas palabras que no le había dicho ni averiguar si eran verdad. Estaba segura de que las tuyas no lo eran.

Entonces, ¿por qué ansiaba creer que sí?

Aquello había sido una pésima idea.

—Y ahora, ¿te lo puedes sacar de la cabeza? —le pregunté cuando ya había salido de mi interior y se había apartado, después de que se deshiciera del condón y se dejara caer en el sofá a mi lado. Me convencí de que quería que la respuesta fuera un «sí».

No dudó ni un segundo:

—No. ¿Y tú?

—Tampoco. —Estaba enganchada a este hombre igual que a una droga. Cuanto más me daba, más lo deseaba.

Y no me sorprendía, puesto que solía enamorarme de hombres que no tenían ninguna intención de quedarse conmigo. Aunque me extrañaba que hubiese una parte de mí que todavía se empeñaba en creer que con Scott sería distinto.

Más me valía ignorar esa ilusión.

Además, si quería conservar un poco de dignidad, tenía que establecer unos límites. Y debía empezar ya.

Me incorporé y lo miré a los ojos.

—A ver, ya sé que he sido yo la que te ha propuesto que nos acostáramos nada más llegar, pero ha sido muy inmaduro por mi parte, me he dejado llevar por la desesperación. La FLD me importa mucho, de verdad.

—Ya. Harías «cualquier cosa» —respondió. Era lo que había dicho mientras jugábamos.

Traté de no sonreír, pero no pude evitarlo. Scott era divertido. Mucho. No me cabía la menor duda de que, si pasara más tiempo con él, terminaría con el corazón roto. Era un motivo de peso para alejarme de él para siempre.

Pero no estaba dispuesta a renunciar a ese acuerdo de colaboración.

Y tendría que ver a Scott cada vez que acudiera a sus oficinas por ese motivo.

Perdí la sonrisa.

—Scott, esto no puede volver a...

Se incorporó y me cortó con acritud:

—Como me digas que no puede volver a pasar...

—No puede volver a pasar hasta que no se haya firmado el contrato. Ambos tenemos que comprometernos. Es la única forma de que podamos resistir. —No era un objetivo imposible.

Estaba priorizando los negocios con la promesa de que lo pasaríamos muy bien después, como Teyana me había sugerido.

También albergaba la ridícula esperanza de que pudiéramos disfrutar de la recompensa antes de que Kendra regresara y lo echara todo a perder. Razón de más para concentrarme en terminar el trabajo.

Alargué el brazo y le acaricié la mandíbula cubierta de barba.

—No me gustaría echarlo todo por la borda.

Me tomó la mano, se la llevó a los labios y me besó los nudillos con delicadeza.

—De acuerdo, vamos a comprometernos. —Se puso en pie y tiró de mí para que también me levantara—. Así tendré un incentivo para asegurarme que esto sale adelante. Y luego dices que no tienes ningún poder... —Negó con la cabeza, como si fuera lo más ridículo que había oído nunca.

Seguía sin entenderlo. No comprendía que cualquier grado de poder que ejerciera sobre él era pura fachada. Vale, sí, la libido era un incentivo para hacer avanzar el proceso de selección, pero ¿qué se jugaba él? ¿Quedarse con las ganas?

En cambio, si la firma del acuerdo se demorara mucho y me pillaran antes de conseguirlo, lo más probable era que yo me quedara sin trabajo y la FLD perdiera un acuerdo de colaboración que necesitaba muchísimo.

Y Scott no podría ni verme.

Y esa última consecuencia me parecía la peor de todas.

Capítulo 15

El jueves por la tarde acudí a Sebastian Industrial junto a Sarah Boynton, que se quedó asombrada con la sala de reuniones. Era más grande que la sala en la que me había reunido con el equipo, más impresionante. El mobiliario era de primera calidad y toda la pared del fondo estaba formada por ventanales que iban del suelo al techo y ofrecían unas vistas magníficas de los edificios del centro de la ciudad.

—Todavía no me creo que nos hayas conseguido un acuerdo de patrocinio con Sebastian Industrial —admitió—. Es como si estuviera soñando.

—Hoy solo haremos una reunión de coordinación, así que no nos emocionemos todavía. —Alargué el brazo y di unos golpecitos sobre la mesa de la sala de reuniones, que parecía de madera maciza. También aproveché para alisar uno de los folletos sobre disautonomía que Sarah había dispuesto sobre la mesa al llegar, aunque no eran necesarios. Y entonces me puse a alisarlos todos. Estaba tan inquieta y nerviosa que tenía que hacer algo con las manos, y eso que aquel día yo no era la ponente principal en la presentación.

—Sí, ya lo sé —Se acercó—, pero quiero que sepas que no tengo expectativas. Te agradezco que hayas conseguido que lleguemos tan lejos. Después de haber pasado tanto tiempo sin recibir ninguna ayuda, empezaba a preguntarme si nuestro acuerdo con Conscience Connect nos llevaría a alguna parte.

Si eso dependía de Kendra, lo más probable era que no.

Pero eso no se lo dije.

—Emparejar una empresa con una organización es como buscar pareja. Puedes tardar mucho en encontrar a la adecuada, pero cuando lo consigues, sucede la magia.

—Es un honor tener una primera cita con Sebastian Industrial. De verdad, muchas gracias otra vez.

Satisfecha con cómo habían quedado los folletos, me volví hacia Sarah.

—De nada otra vez.

Se había mostrado profundamente agradecida desde que, tras salir del despacho de Scott, la llamé para fijar esta reunión. No necesitaba oír cómo me daba las gracias, pero, cuando lo hacía, me recordaba por qué había empezado todo ese proceso. Me alegraba ver que correr el riesgo había valido la pena.

—Me hace incluso más ilusión que Kendra haya accedido a que te encargaras tú de las

presentaciones. Llevo meses animándola a que te deje tomar las riendas de este tema. La pasión convence mucho más que cualquier presentación, y cuando se trata de la FLD, a ti te sobra.

—Bueno... —Tragué saliva. Me planteé contarle la verdad, y no por primera vez. Sarah me había asegurado que, en cuanto quisiera, tendría un puesto de trabajo en la FLD, y probablemente necesitaría aceptarlo en un futuro no muy lejano. No sabía si en caso de explicarle que había actuado ignorando órdenes directas para conseguir el acuerdo de patrocinio se echaría atrás o si eso la impresionaría más.

La oportunidad de confesar desapareció cuando las puertas de la sala se abrieron y entraron los miembros del equipo, seguidos de los abogados de Sebastian Industrial y, poco después, Eden, que acompañaba a más representantes de la FLD. Me mantuve ocupada dando la bienvenida a todo el mundo e indicando a Eden las bebidas que quería cada uno, como una buena anfitriona. Reconozco que disfruté dándole órdenes, quizá más de lo que debería.

A las tres de la tarde en punto, las puertas volvieron a abrirse y Scott entró.

Me quedé sin aire en los pulmones.

Casi había logrado sacármelo de la cabeza durante los últimos días, pero verlo de nuevo bastó para que los pensamientos y emociones que había reprimido me invadieran como si se hubiera abierto la compuerta de un dique. Noté un hormigueo por toda la piel. Tenía palpitaciones en la entrepierna. La temperatura de mi sangre se elevó y noté el rubor en las mejillas.

—Empecemos, por favor —ordenó mientras se dirigía a la cabecera de la mesa. Todo el mundo se apresuró a tomar asiento, incluso quienes no tenían ni idea de quién era. Así era él: desprendía autoridad.

Y, sin duda, también tenía autoridad sobre mí.

Esos ojos azules en concreto eran mi perdición, por eso me había propuesto evitar cualquier contacto visual durante la reunión de aquel día. Sin embargo, mi mirada se topó con la suya de pura casualidad mientras ayudaba a todo el mundo a encontrar su asiento.

«Hola», me saludó con los labios, y un millón de mariposas revolotearon en mi estómago.

Traté de reprimir la sonrisa, pero no lo conseguí. Respondí «Hola» también sin mediar palabra.

Cuando logré desviar la mirada, descubrí que Brett nos estaba mirando. Observó a Scott y luego me miró a mí. No importaba que en ese momento Scott estuviera concentrado en los papeles que tenía delante, Brett nos había visto y su expresión indicaba que no le había hecho ninguna gracia.

No pasaba nada, pero su desaprobación me borró la sonrisa de la cara y me dejó un nudo en el estómago que sofocó a todas las mariposas.

Me alegré de no haberme sentado a su lado, puesto que, de lo contrario, seguro que me habría llevado algún sermón. Sin embargo, la silla que me tocaba aquel día no me pareció mucho mejor, ya que estaba junto a Scott.

Bueno, vale, era el mejor sitio de toda la sala y, cuando me di cuenta de que me iba a sentar a su lado, me emocioné en silencio. En las demás reuniones, solía sentarme justo en el otro lado. Ese día, el espacio había quedado vacío, lo que me recordaba de forma sutil que, de todos los presentes, solo había un hombre al mando.

Sin embargo, sentarme a su lado también tenía sus inconvenientes. Notaba el calor que

irradiaba su cuerpo. Olía ese perfume con notas de madera que me hacía perder la cabeza. Scott me distraía con su mera presencia. Estar tan cerca de él solo magnificaba ese efecto.

En cambio, parecía que a él no le afectaba en absoluto. Con suma profesionalidad y un dominio que nunca había visto en él, emprendió la tarea de dirigir la reunión, se presentó y, acto seguido, ofreció un breve discurso sobre la empresa.

¿En serio? ¿Con Scott?

Bajé la mirada al móvil cuando el mensaje de Brett apareció en la pantalla. Enfadada conmigo misma porque había permitido que se diera cuenta, me dispuse a darle la vuelta al asunto.

Sin embargo, en ese momento me embargó el impulso de defenderme. ¿Qué había visto? Tan solo que nos habíamos saludado. Nada más. No importaba que hubiera ocurrido algo más porque Brett no lo sabía.

Le mandé un mensaje rápido.

No sé a qué te refieres.

Respondió enseguida:

No te hagas la tonta. No es la primera vez que veo una miradita como la que le acabas de echar.

Alcé los ojos y le dediqué una expresión adusta que esperaba que expresara: «Venga ya, ¿lo dices en serio?».

Pero entonces descubrí que todo el mundo me estaba mirando porque, por lo visto, Scott acababa de cederme la palabra.

—Ah, sí, gracias, Scott —balbuceé y me recompuse en un segundo—. Creo que os he conocido a todos de forma individual, pero, por si acaso, me presento de nuevo. Me llamo Tess Turani. Estoy aquí para ejercer de enlace entre Sebastian Industrial y la Fundación para la Lucha contra la Disautonomía. En el primer punto del orden del día trataremos cómo la FLD prevé invertir cualquier suma percibida gracias a un acuerdo de patrocinio. Nos acompañan varios representantes de la FLD que nos lo explicarán.

Antes de que pudiera presentar a Sarah, las puertas de la sala de reuniones se abrieron de golpe y entró Henry Sebastian.

Si la forma de entrar de Scott me había parecido poderosa, palidecía en comparación con la de su padre. Henry se apoderó de la sala a la fuerza, como si él fuera el ojo de un ciclón y el resto nos moviéramos a su alrededor empujados por su fuerza. Eden se apresuró a proporcionarle agua. Brett se puso en pie para ofrecerle la silla que había en la otra cabecera de la mesa. Silvia cogió el folleto que tenía delante y lo añadió al resto de materiales informativos

que yo le había proporcionado y los colocó frente al asiento de Henry. Los demás también reaccionaron: irguieron la espalda, como si fueran alumnos y el director acabara de entrar en clase.

Incluso Scott parecía más atento.

—Tenía entendido que hoy te resultaba imposible venir —le dijo.

Henry no se molestó ni en mirarlo y se puso a hojear los folletos que le habían puesto delante.

—Me ha parecido lo suficientemente importante como para modificar todos mis compromisos. Si voy a firmar un cheque por valor de diez millones, quiero saber qué voy a sacar yo de todo esto.

«Qué iba a sacar él de todo eso».

Reprimí las ganas de poner los ojos en blanco. Era consciente, como todo el mundo, de que la mayor parte de las grandes empresas solo firmaban patrocinios solidarios para ganarse el favor de la opinión pública y mediática.

Scott, en cambio, sintió la necesidad de encararlo:

—Esa no es precisamente la actitud que se asocia a los actos caritativos, papá, pero me alegro de que hayas venido. Así sabrás todo el bien que la FLD podrá hacer con ese dinero.

Sin dejar tiempo para que su padre reaccionara a esa pulla sutil, prosiguió:

—Justo estábamos acabando las presentaciones. Continúa, Tess.

Tuve la inconfundible sensación de que padre e hijo estaban sumidos en un pulso de poder, y lo último que quería era llamar la atención.

Entonces, noté la calidez de la pantorrilla de Scott cuando la apretó contra la mía por debajo de la mesa. Habría creído que se trataba de un gesto accidental de no ser porque no la apartó, quizá porque disfrutaba con los juegos de poder y le ponía cachondo estar tonteando a escondidas, pero yo lo interpreté como una muestra de apoyo.

Y me ayudó. Sin perder ni un segundo, me lancé a presentar a los miembros de la FLD y, cuando terminé, cedí la palabra a Sarah para que explicara a qué querían dedicar los fondos del patrocinio.

—¿Y tú quién eres? —Henry interrumpió a Sarah antes de que esta pudiera decir más de dos palabras seguidas.

Pestañeó, porque ¿acaso el hombre no había estado prestando atención? A pesar de todo, Sarah gestionó la situación con elegancia:

—Me llamo Sarah Boynton, soy la...

Henry la cortó de nuevo.

—Tú no. Me refería a ti. —Sus ojos me miraron de hito en hito.

Ah, claro. No nos habíamos conocido de forma oficial. Y había entrado a la reunión después de que me presentara. Era normal que no supiese quién era yo.

Sin embargo, haberme convertido en el centro de atención de esa forma me provocó vértigo. Gracias a Dios que Scott mantenía la pierna junto a la mía.

—Soy Tess Turani, actúo de enlace entre Sebastian Industrial y la FLD.

Henry frunció el ceño, como si, a su entender, lo que acababa de decir no tuviera ningún sentido.

—Es la representante de Conscience Connect —explicó Scott.

El ceño de Henry se relajó, pero no parecía satisfecho del todo.

—¿Y por qué no ha venido Kendra Montgomery directamente?

Ay, madre. Conocía a Kendra. En persona. Claro que tampoco debería sorprenderme, puesto que ella ya me había dicho que los Sebastian eran amigos de sus padres, joder. La parte positiva era que quizá por eso conocía a Scott, lo que significaba que tal vez no se lo había tirado.

Aunque, sinceramente, ese punto positivo no me consolaba demasiado en ese momento. Estaba convencida de que esa era la situación que tanto había temido, que estaba a punto de ser descubierta y que, dada mi suerte, además, ocurriría delante de toda esa gente y sería un espectáculo.

Me entraron ganas de esconderme debajo de la mesa.

—No lo sé, papá —intervino Scott; su irritación era evidente—. Tal vez le pareció un conflicto de intereses. De todas formas, Tess ha realizado un trabajo excelente al presentar al equipo las diferentes opciones. Es evidente que Kendra ha mandado a su mejor empleada y tenemos suerte de poder contar con ella.

Yo era la típica chica que podía convertir un elogio como ese en toda una declaración de amor. En cualquier otra situación, habría caído rendida a sus pies.

Sin embargo, aquel día eso solo sirvió para que me sintiera peor. Porque Kendra no había «mandado a su mejor empleada». Ni siquiera me había mandado.

Ah, y, por si fuera poco, Sarah lo estaba presenciando todo. Ya podía despedirme de mi trabajo de reserva.

No obstante, en ese momento, Henry asintió con aire de aceptación.

—De acuerdo, entonces. Prosigamos.

Después de aquello no pude tranquilizarme, ni siquiera cuando retomamos el orden del día. Estaba segura de que la reunión era una absoluta pérdida de tiempo y de que Henry Sebastian estaba decidido a echarlo todo por la borda. No se me había ocurrido hasta entonces que Scott no tenía necesariamente la última palabra en el acuerdo de colaboración que debía vincular la FLD con Sebastian Industrial. Llegados a ese punto, comprendí que el verdadero poder lo ostentaba un narcisista despiadado y estaba segura de que el patrocinio no se firmaría.

Todos mis temores parecieron confirmarse cuando, después de las intervenciones de todos los representantes de la FLD, Henry señaló:

—Me preocupa que esta organización sea demasiado feminista. Las empresas están dirigidas por hombres. Si queremos ganarnos el respeto de las demás corporaciones, deberíamos negociar con una fundación que beneficie a la parte masculina.

Muy bien. Esta vez me iba a oír.

Tenía un sinfín de argumentos para rebatirlo. Empezaría diciendo que la idea de que los hombres eran quienes dirigían las empresas era extremadamente retrógrada. Después, le daría una clase magistral sobre cómo cualquier cosa que beneficie a las mujeres favorece a toda la sociedad. Para terminar, le presentaría una larga lista de adjetivos que servirían para describir al capullo que estaba hecho.

Afortunadamente, la nueva generación de Sebastians velaba por mí.

Un mensaje de Brett iluminó la pantalla de mi móvil:

No lo hagas.

Y en ese mismo momento, Scott contestó a los comentarios del imbécil de su padre.

—Es complicado saber por dónde empezar a rebatirlo. Las falacias en las que crees y que has dado a entender con lo que acabas de decir son espantosas y, si te soy sincero, me avergüenzan, pero soy consciente de que señalártelo no sirve de nada, así que deja que te lo explique en los términos que te interesan: con el tiempo, un largo historial de comportamientos misóginos ha perjudicado tu imagen pública. Los ataques que has recibido en este sentido han ido en aumento en los últimos años. Sé que mejorar esa reputación no es una de tus prioridades, pero, si lo hicieras, llamarías la atención de la prensa. ¿Te gustaría que dejaran de centrarse en los conflictos abiertos que tiene Sebastian Industrial? Pues te recomiendo que apoyes una fundación que da peso a la figura de la mujer y dejes que la opinión pública te elogie por haber recapacitado. Nadie sabrá que solo lo haces de cara a la galería.

La sala enmudeció. La tensión dominaba la mesa de punta a punta, el ambiente estaba tan cargado que costaba respirar.

Sin embargo, ni Scott ni Henry parecían preocupados, como si estuvieran acostumbrados a entablar conversaciones cargadas de tanta mordacidad todos los días. Y quizá eso era lo que sucedía. Nunca había presenciado una reunión en la que ambos estuvieran presentes, así que no tenía ni idea.

Scott había empleado palabras incisivas, pero su tono había sido pragmático, lo que suponía un punto a su favor. Aunque no dudaba en absoluto de sus habilidades de liderazgo, aquella era la primera vez que presenciaba cómo desempeñaba su papel de vicepresidente de Imagen y Comunicación. Con toda probabilidad, ese era el tipo de asuntos sobre los que aconsejaba a su padre y a la junta todo el tiempo. Empecé a pensar que quizá había planteado todas aquellas preguntas durante las reuniones que habíamos mantenido no solo porque se hubiera propuesto prolongar el proceso, sino también porque quería prepararse para lidiar con Henry Sebastian.

Supuse que enfrentarse a su padre de esa forma cada dos por tres tenía que ser muy duro para él. Quizá estaba extrapolando mi propia situación: jamás se me ocurriría hablar con esa dureza a mi padre. Aunque, dado que mi padre llevaba quince años sin hablar conmigo, intercambiar tan solo tres palabras era difícil de imaginar.

A pesar de todo, Scott me daba pena. Aunque denotaba una actitud estoica e indiferente, apreté la pierna contra la suya para ofrecerle el mismo apoyo que él me había prestado. Y para agradecerle que hubiera apoyado a la FLD cuando podría haber optado por presentarle otra cosa a su padre.

A modo de respuesta, Scott me miró con expresión grave. Sin embargo, sus ojos transmitían algo que no supe interpretar, algo que estaba segura de que solo iba dirigido a mí.

Bueno, al menos me llevaría eso. Cuando me quedara sin trabajo y me convirtiera en el hazmerreír de la gente, me acordaría de esa mirada. Quizá habría valido la pena perderlo todo solo por esos ojos.

Tras lo que me pareció una eternidad, Henry respondió al fin.

—Me has dado mucho que pensar. Lo tendré en cuenta para tomar la decisión. —Se puso en pie y, al mismo tiempo, se abrochó el botón de la americana—. Nos pondremos en contacto muy pronto.

Abandonó la sala de la misma forma abrupta en la que había entrado.

Tuve la sensación de que caía al vacío. Se suponía que las reuniones de coordinación eran una mera formalidad y, en cambio, aquel día la íbamos a terminar sin saber si el acuerdo de colaboración seguía en pie.

Sarah me miró con los ojos cargados de decepción.

«Lo arreglaré», traté de expresar con los míos. Pero se trataba de una promesa que no tenía derecho a hacerle.

Los asistentes a la reunión parecían confundidos. Unos pocos se revolvieron en el asiento, ya que no sabían si la sesión había terminado o no.

Brett trató de disipar las dudas:

—¿Deberíamos...?

Scott lo cortó:

—Vamos a seguir y empezaremos a preparar los contratos —zanjó, mientras miraba a los abogados presentes—. Sebastian Industrial tiene unos problemas de imagen pública muy concretos que hay que solucionar mediante la firma de este acuerdo de patrocinio. Y no existe mejor opción para ello que la Fundación para la Lucha contra la Disautonomía, y, aunque mi padre no esté convencido todavía, os aseguro que lo estará.

Era difícil no mirarlo como a un héroe, muy complicado no fijarme en la sensación cálida que me atenazaba el pecho tras oír esa galante muestra de apoyo.

Sin embargo, me asaltaba una duda: ¿también estaría Scott haciendo promesas que no tenía derecho a hacer?

Capítulo 16

Scott dio la reunión por finalizada tras esa afirmación tan atrevida y salió de la sala con el mismo paso ligero que su padre.

Me pesaba todo el cuerpo. En ningún momento había existido la posibilidad de que saliera de allí con los contratos firmados tras la reunión (aún había que redactarlos y, luego, negociar los detalles), pero debería haberme quedado con la sensación de que el trato estaba cerrado. No obstante, incluso tras la promesa de Scott, me parecía que estábamos a años luz de conseguirlo.

Necesitaba tomarme una copa.

Sin embargo, antes de ahogar las penas en alcohol, debía terminar mi trabajo; bueno, el trabajo que yo misma me había buscado.

—Sarah —la llamé mientras me acercaba a ella a toda prisa—. Lo siento mucho, nadie me había informado de que Henry Sebastian tenía que dar su visto bueno, de lo contrario me habría reunido con él antes de hacerte venir. De verdad, qué bochorno.

Sarah no parecía, ni por asomo, tan desanimada como yo. Más bien, estaba desconcertada.

—¿Te sabe mal que los Sebastian se pongan a preparar los contratos para un acuerdo de colaboración? A mí me alegra que hayamos llegado tan lejos.

¿Había estado en la misma sala y reunión que yo?

—Pero todavía no han confirmado si van a firmarlos. Y Henry se ha comportado... —Quería decir «como un auténtico imbécil», pero decidí que no sería muy profesional por mi parte—. Bueno, ha sido muy cruel con una organización que ayuda a muchísimas personas.

Sarah hizo un ruidito desdeñoso con la lengua.

—¿Crees que es el primer director general que insinúa que no se destinan fondos a la lucha contra la disautonomía porque es una enfermedad que afecta sobre todo a las mujeres? Ojalá. Nos lo han dicho más de una decena de veces y, aun así, te lo creas o no, solemos irnos con algún cheque firmado tras haber llegado a este punto. Si esto no acaba en un patrocinio, será un chasco, por supuesto, pero lo más probable es que, de todas formas, recibamos una donación considerable y me niego a considerarlo un fracaso.

A mí me costaba mucho ser tan optimista. Por supuesto, una donación no dejaba de ser una ayuda y la organización siempre necesitaba fondos. Sin embargo, ya no se trataba solo del dinero. Estaba segura de que un acuerdo de patrocinio con una gran empresa aumentaría la sensibilización de la sociedad respecto a una enfermedad común que muy pocas personas

conocían.

Por otra parte, y a título personal, Kendra no estaría dispuesta, bajo ningún concepto, a pasar por alto que había actuado a sus espaldas si no sacaba provecho de aquella situación. Quizá ese era un buen momento para empezar a preparar el terreno y plantearle a Sarah que necesitaba un trabajo.

Sin embargo, cuando abrí la boca, no tuve el valor para decírselo. En realidad, no quería abandonar Conscience Connect después de haber emprendido aquel proyecto y, tras realizar una presentación de verdad, todavía tenía menos ganas de irme. Y no solo porque sintiera cierta lealtad ridícula hacia Kendra (una lealtad tan mermada a esas alturas que casi era un elemento disuasorio), sino que quería quedarme porque creía en ese trabajo. Me importaban muchas otras organizaciones, no solo la Fundación para la Lucha contra la Disautonomía, y quería encontrarles un buen acuerdo de patrocinio a todas.

Y por eso no iba a perder la esperanza.

—Tienes razón, Sarah. Sería fantástico si recibierais cualquier donación, pero mi trabajo consiste en conseguir un acuerdo de patrocinio y te aseguro que eso es lo que voy a hacer.

Sonrió.

—Si me lo dices así, no me queda otra opción que creerte.

A esas alturas, la mayor parte de los asistentes ya se habían ido y yo todavía no había empezado a recoger. Sarah se ofreció a ayudarme, pero le prometí que la mantendría informada. Cuando se fue, me quedé a solas con Brett.

A juzgar por su expresión suspicaz, no se había quedado para echarme una mano.

—Solo has visto que lo saludaba con una sonrisa —le solté, exasperada—. No sé cómo eso te lleva a sacar ciertas conclusiones.

—Conozco bien a mi primo.

—Primo segundo —lo corregí, como si la diferencia importara, y empecé a recoger los folletos que habían quedado en la mesa de reunión.

Brett me seguía.

—No quita que seamos de la misma familia. No quita que hayamos pasado mucho tiempo juntos. No quita que sepa cómo se comporta con las mujeres y no quiero faltarle al respeto, pero no es que las trate demasiado bien, que digamos.

Hasta la fecha, Scott me había tratado de maravilla.

Pero sabía a qué se refería.

—Lo tendré en cuenta, gracias por avisar —le espeté, y no era ninguna mentira, ya que yo misma me advertía lo mismo desde hacía días.

Brett no se dio por satisfecho.

—Tess...

Dejé lo que estaba haciendo y me volví hacia él.

—¿Qué? Es un ligón. Vale. La próxima vez tendré en cuenta que no puedo volver a saludarlo con una sonrisa. —En público, en todo caso.

—Te lo digo en serio. Tiene fama de dar falsas ilusiones, incluso a sabiendas de que ellas malinterpretan sus intenciones.

Era muy probable que Scott se lo hubiera hecho a muchas chicas, pero, de pronto, tuve la impresión de que Brett se refería a Eden en concreto. ¿No me había dicho Scott que Brett y Eden

eran amigos? Tras ser testigo de cómo la había tratado Scott, entendía que hubiera sentido que él le había dado falsas esperanzas, y era muy probable que Brett estuviera resentido con Scott por ese motivo. Sobre todo si yo le gustaba, como parecía.

De todas formas, no necesitaba que me protegiera. Me gustaba asumir la responsabilidad de mis errores.

—Es una mierda que les haga eso —dije—. De verdad. A mí también me lo han hecho, más veces de las que podrías imaginar.

—Entonces entiendes a lo que me refiero.

—Sí, pero tú tienes que comprender que capto el mensaje. Sé de qué me intentas prevenir. Y te agradezco que te preocupes por mí. —Le ofrecí una sonrisa tranquilizadora—. Sé cuidar de mí misma, te lo prometo.

No era lo que Brett quería oír, de eso estaba segura. Habría preferido que le dijera que me mantendría alejada de Scott, pero no estaba dispuesta a prometerle eso. No podía.

Sin embargo, se le reflejaba en la cara mientras me observaba. Sabía lo que estaba pensando, porque yo misma me lo había planteado un millón de veces ya: ¿por qué una mujer querría enrollarse con un rompecorazones incluso cuando sabía que lo era? ¿Por qué no preferiría a un hombre decente que tratara a las mujeres con respeto?

«Buena pregunta, Brett. Ojalá lo supiera».

Parecía que él había llegado a la misma maldita conclusión:

—Si crees que tienes que acostarte con él para conseguir el contrato...

Bueno, eso sí que me ofendió. Había hecho lo imposible para evitar que se me acusara de cruzar esa línea, y Brett se había atrevido a insinuarlo de todas formas. Y solo porque había visto que nos saludábamos con una sonrisa. ¿De verdad creía que yo era así?

¿Y por qué tenía que llegar a esa conclusión, siquiera? ¿Cuál era el problema? ¿No tenía derecho a coquetear con un ligón si no me importaba tener un rollo? ¿Acaso las mujeres no podíamos tener sexo esporádico y sin ataduras como hacían los hombres?

La indignación debió de reflejarse en mi cara.

—Lo siento, no tendría que haber insinuado que serías capaz de hacer algo así. Solo quería que lo supieras, por si te había presionado o...

—¿Lo ha hecho alguna vez? —Una cosa era que Scott fuera un mujeriego. Otra muy distinta que usara su poder para coaccionar a las mujeres.

—No, que se sepa —admitió Brett—. Pero tampoco lo descartaría.

Pues sí que estaba resentido con su primo. Primo segundo.

Vacilé antes de contestar mientras analizaba, una por una, todas las interacciones que había tenido con Scott hasta la fecha en busca de alguna conducta poco ética o reprochable. No encontré nada salvo las que ya conocía, y yo había sido tan responsable de ellas como él. Menos mal que habíamos acordado poner en pausa lo que fuera que tuviéramos hasta que se firmaran los contratos, solo por si acaso.

A pesar de todo, lo deseaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Scott siempre ha mantenido una actitud muy profesional —aseguré a Brett—. Y, aunque es cierto que tengo muchas ganas de que Sebastian Industrial patrocine a la FLD, nunca usaría el sexo como medio para tal fin. —Que lo usara como juego de rol era otra historia.

—De acuerdo, me quedo más tranquilo. Solo quería asegurarme de que no hicieras nada que

te perjudicara. No quería presuponer lo peor.

—Ya lo sé. Gracias. Está todo controlado.

Asintió. Entonces, nos quedamos ahí, de pie, incómodos, sin saber qué decir.

—Debería terminar de... —Hice un gesto a la pila de folletos que tenía en la mano.

—Claro. ¿Te ayudo?

Ya casi había acabado, pero, aunque no fuera el caso, quería quedarme sola.

—No, no hace falta, ya casi estoy.

Cuando se marchó, metí los folletos en el maletín, recogí lo que había quedado sobre la mesa y suspiré. No tenía ni idea de si la sala estaba reservada para otra reunión después de la nuestra, así que debería haberme dado prisa en recoger e irme, pero estaba abrumada y necesitaba tomarme un respiro. Tenía muchos problemas: me preocupaba que Henry mandara el contrato a tomar viento, no sabía si iba a conservar mi trabajo cuando Kendra volviera ni qué haría con esa pasión que había descubierto que tenía para presentar causas benéficas si me echaba. También me preguntaba si la preocupación que había demostrado Brett respecto a Scott significaba que era más casanova de lo que creía.

En vez de tratar de solucionar nada, coloqué las manos sobre la mesa de reunión, inspiré hondo y me di permiso para guardar la calma ante tantos frentes abiertos.

Traté, con todas mis fuerzas, de no imaginarme que Scott me ordenaba recostarme bocabajo sobre la mesa y me follaba así.

Entonces, la puerta se abrió y me sobresalté, como si la persona que hubiera entrado pudiera acceder también a mi mente y descubrir mis fantasías. Pero seguro que era alguien que necesitaba la sala para otra reunión.

—¡Ya me iba! —exclamé. Me volví para coger el maletín, que estaba sobre una silla, y se me cayó de nuevo a la silla cuando giré la cabeza y vi quién había entrado.

—Esperaba que siguieras aquí —admitió Scott, con la mirada fija en mí. En ese momento, me di cuenta de que llevaba una corbata del mismo tono de azul que sus ojos. Iba a conjunto con los gemelos, y me pareció muy sensual.

En realidad, todo en él era una bomba de sensualidad. No podía mirarlo sin que despertara diversas reacciones en mí, como desatar una bandada de mariposas en mi estómago, ponerme la piel de gallina de todo el cuerpo y que las bragas, de repente, estuvieran empapadas.

No debería haberme emocionado tanto que hubiese venido a buscarme. Y más cuando no debería hacerlo.

Menos mal que le había dicho a Brett que lo tenía todo controlado.

—Me pillas por los pelos —contesté, con la esperanza de que mi voz no reflejara lo temblorosa que me sentía—. ¿Qué pasa?

—Quería disculparme por lo de mi padre. Lo invité por puro protocolo, pero nunca se presenta a estas reuniones. No creía que fuera a venir, si no te habría avisado.

Vaya. Se trataba de negocios.

Qué tonta, me había llevado un chasco.

No, al contrario, mucho mejor. Hablar de negocios estaba bien, era aceptable.

—No te voy a negar que me ha desconcertado. Sobre todo, me ha pillado por sorpresa descubrir que será él quien decida en última instancia si el proyecto sale adelante o no.

—Sí —confirmó—. De hecho, tiene la última palabra en todas las decisiones que Sebastian

Industrial toma. Lo que pasa es que no suele preocuparse de la mitad de ellas. No sé muy bien por qué ha decidido implicarse esta vez. Es probable que pensara que estaba tardando demasiado en firmar el acuerdo.

—Vaya, ¿por qué iba a pensar eso?

Se le contrajeron los labios en una sonrisa.

—El motivo no importa, no hay nada de lo que preocuparse. Entrará en razón. Así funcionan las cosas siempre con él. No le gusta que parezca que cede fácilmente.

Eso no me ayudaba a confiar en que todo fuera a salir bien, pero, en ese momento, no me interesaba centrarme en eso.

—Anda, así que lo has aprendido de él... —lo provoqué. Me lo había puesto en bandeja. Resultaba muy tentador tratar de sacarle otra sonrisa.

Pero esta vez no lo conseguí. Al contrario, fingió que se ofendía.

—No me parezco en nada a él.

—Bueno, a mí me aseguraron que tú eras «complicado». —Me convencí a mí misma de que la última advertencia de Brett no me preocupaba.

Scott me hizo callar.

—«Complicado» —caviló—. Me alegro de que Brett no se confíe.

—No es el único.

En algún momento se había acercado a mí. O yo me había acercado a él. La cuestión era que nos encontrábamos a medio metro de distancia. Si estiraba la mano, lo podía agarrar y acercarlo de un tirón.

Imaginármelo me hizo recordar otra situación parecida.

—¿Sabes? Si es cierto que tu padre siempre tiene la última palabra, entonces lo que ha pasado entre nosotros no puede considerarse inmoral, porque, para empezar, tú no tienes ningún poder.

Hizo una mueca.

—Yo no diría precisamente que no tengo ningún poder.

—Lo siento —dije con una sonrisa—. ¿He herido tu orgullo y tu masculinidad?

—Mi masculinidad está perfecta, no te preocupes. Solo quería asegurarme de que tuvieras claro lo que había ocurrido.

—Ahora me ha quedado clarísimo, gracias por explicármelo. Tampoco pretendía reducir tu autoridad, solo quería sentirme mejor.

—¿Y funciona? ¿Te hace sentir mejor? —Usó un tono de voz grave y sugerente. Además, se había acercado unos centímetros más.

O quizá lo había hecho yo, lo que no me sorprendería, puesto que empezaba a pensar que, si no tenía motivos para sentirme mejor por lo que habíamos hecho otras veces, tampoco los tenía para evitar que volviera a suceder.

Me pregunté si él pensaría lo mismo.

Como si me hubiera leído la mente, me informó:

—Por cierto, he cerrado la puerta con llave.

Había muchas otras razones por las que no debía lanzarme a sus brazos, más allá de la ética y la moral de la situación, como, por ejemplo, que seguro que era más casanova de lo que había

creído en un principio o que nos encontrábamos en la sala de reuniones de sus oficinas.

Pero, por lo visto, mi capacidad de razonar no funcionaba demasiado bien desde que había conocido a Scott Sebastian, de modo que, pocos segundos después, mi espalda chocó contra el ventanal mientras le rodeaba el muslo con una pierna y su erección me rozaba el vientre al tiempo que él me besaba con ansias famélicas.

—Date la vuelta —me ordenó cuando se separó para respirar.

Hice lo que me pedía, aunque las vistas que contemplaba apoyada en el ventanal me dieron un poco de vértigo. Pestañeeé y, cuando el mundo recuperó la verticalidad, caí en la cuenta de lo pervertidos que éramos. Nos encontrábamos a demasiada altura como para que se nos viera desde la calle y demasiado lejos del edificio que había enfrente, por lo que nadie podía saber qué hacíamos si miraban en nuestra dirección. Sin embargo, tenía la sensación de que estábamos expuestos por completo ante todo el centro de Nueva York y la idea me excitaba demasiado. Era mucho mejor que follar tendida bocabajo sobre la mesa de reuniones.

—Ay, sí —gemí mientras me desabrochaba los pantalones y me los bajaba hasta los tobillos, junto con las bragas.

—Eres una exhibicionista, cómo no. Sabía que eras perfecta, Tessa. —Oí cómo rasgaba el envoltorio del condón, que debió de ponerse a la velocidad de la luz porque, apenas unos segundos después, noté que colocaba la punta justo en el orificio y me penetró.

—Joder, Scott. —Aunque llevaba puesto el sujetador, los pechos me rebotaban contra el cristal. Impuso un ritmo implacable—. Es que... Joder.

—No he dejado de pensar en tu coño. Me he repetido una y otra vez que me estaba confundiendo, que no lo recordaba bien. No podía ser que me hubiese gustado tanto. No podía ser que follarte me hubiese gustado tanto.

—¿Y te gusta?

—Me gusta demasiado, joder.

—Y a mí, y a mí, y a mí. —No podía decidir si me destrozaba que me gustara tanto porque no quería volverme adicta a su polla o si me alegraba que le pasara lo mismo que a mí porque ya era adicta y necesitaba que me la metiera muchísimas más veces en mil situaciones distintas.

Me sentía de ambas formas. Abatida y emocionada y muy, pero que muy cachonda. Todo me hacía sentir así: que lo estuviéramos haciendo a escondidas, que rayásemos la línea de lo ético y que estuviéramos follando contra el ventanal de la sala de reuniones a plena luz del día.

—¿Crees que alguien nos estará viendo?

Me mordisqueó la oreja antes de responder:

—Si nos ve, no sabrá qué estamos haciendo. A no ser que tenga unos prismáticos.

Mi sexo se contrajo.

—Pues voy a imaginar que alguien los tiene.

Soltó un gruñido.

—Eres perfecta, joder. Todo esto lo es.

Sí, perfecto, exacto. El ritmo, el ángulo, el grosor, la longitud. Cómo daba en el punto exacto. Cada. Puñetera. Vez. Cómo me llamaba Tessa y cómo sonreía cuando me veía y los ojos se le iluminaban cada vez que se encontraban con los míos.

Mi libido debería haberse desplomado al darme cuenta de que pensaba en él en unos términos que excedían la relación puramente sexual, pero pareció que fue justo eso lo que me

ayudó a llegar al clímax. Me embargó como un vendaval, me retorció las entrañas e hizo que la cabeza me diera vueltas y viera chiribitas, como si fueran restos que había levantado la tormenta.

—Sí, joder, sí —masculló Scott entre dientes mientras seguía embistiéndome, y el último «sí» se le escapó justo cuando se puso rígido y se corrió entre espasmos.

En realidad, imaginé que se había corrido diciendo mi nombre: «Tessa, joder, Tesssssa». Pero no quería reconocerlo, y menos cuando estaba a punto de perder de vista lo que aquello significaba para nosotros, lo que debía significar para mí, porque para él era sexo y nada más. Las cosas bonitas que me decía carecían de sentido. La forma en la que pronunciaba mi nombre no quería decir nada.

Se quedó en mi interior mientras recuperaba el control de la respiración. Cuando se retiró, me hizo darme la vuelta de inmediato para que quedara frente a él y me agarró cuando trastabillé por culpa de los pantalones, que me atrapaban los tobillos. Habría sido más fácil de haber llevado falda, pero al menos en esa ocasión no podría robarme las braguitas.

Aunque no estaba segura de que aquello pudiera considerarse una victoria.

—Cena conmigo mañana por la noche —me pidió. Me dio un beso antes de que pudiera contestar, con menos urgencia que antes, pero con la misma determinación—. En mi casa. A las siete. No digas que no.

El corazón me latía a toda velocidad. Gracias a mi vasta experiencia con mujeriegos, era muy consciente de que ese era el momento en el que tenía que ponerle fin.

—No te diré que no.

Pero saber qué era lo que debía hacer y hacerlo eran dos cosas muy distintas.

Entrecerró los ojos, como si no se fiara.

—Tampoco me digas que quizá. Dime que vendrás. Necesito que vengas.

—Iré. —No podría contestarle otra cosa.

—Así me gusta. —Exhibió una sonrisa triunfal—. La próxima vez que te folle, será en una cama.

Capítulo 17

Me detuve en el umbral que separaba el salón de Scott de la terraza y sofoqué un grito.

—Menudo pisito de soltero te has montado.

Ya me había dado la sensación de que tenía un apartamento de lujo, pero, al parecer, no había visto la mejor parte. La terraza ocupaba toda la longitud de su casa, tenía una puerta que conectaba con la zona principal y otra que conectaba con el dormitorio, y con esa extensión y por cómo estaba amueblada, se convertía en otro espacio funcional más de la vivienda. Había una mesa redonda con varias sillas colocadas delante de una chimenea eléctrica alargada y rectangular que estaba encendida, menos mal, porque esa noche hacía frío. Varios sillones de exterior enormes llenaban el espacio restante, la mayoría con otomanas a juego, pero la pieza de mobiliario central era el sofá, tan grande que casi podía ser una cama.

Dado que la terraza estaba delimitada por paredes a los dos lados que la separaban de las viviendas contiguas, no tenía ninguna duda de que el sofá se había usado como cama. O, al menos, yo lo habría usado como tal si hubiera sido la propietaria.

—No estoy seguro de si es un elogio o una crítica —observó Scott mientras se acercaba a mí.

No iba a explicarle que, aparte de esas opciones, había una tercera que implicaba emociones complicadas como celos e inseguridades.

—Ni lo uno, ni lo otro. Solo estoy tratando de descubrir si esto es una cita o solo un revolcón.

—¿Hay alguna diferencia?

—Con eso ya me queda claro. —Y me recordaba algo que debía tener presente: Scott Sebastian no tenía citas. Tenía revolcones. Tenía muchos revolcones y en todos lo hacía de maravilla, seguramente gracias a su dilatada experiencia en ese campo.

Ojalá el recordatorio no me dejara tan hecha polvo.

Me envolví en el chal de puntilla que había tomado prestado del armario de Kendra, con el que cubría parte del vestido largo de satén con estampado de rosas, también de su vestidor, y me dirigí a la chimenea, con la esperanza de que pareciera que trataba de entrar en calor y no que me quería alejar de él.

En realidad no buscaba alejarme de él en sí, sino de los sentimientos cada vez más complejos que me provocaba, aunque de estos no había forma humana de huir. La procesión se lleva por

dentro.

Pero, por fuera, ese hombre se paseaba atractivo, guapísimo e inalcanzable. No tenía que mirarlo para averiguar hasta qué niveles poseía todos esos calificativos.

—Supongo que ahora es cuando debería soltarte el rollo.

Me volví para mirarlo y alcé ambas cejas con expresión inquisitiva. Por desgracia, no se me daba bien levantar solo una, como hacía Tey.

—El rollo en el que te cuento que a mí no me van las relaciones serias, que no me enamoro de nadie, que solo vamos a pasárnoslo bien, que no habrá rencores y que así es como soy.

Era increíble lo atractivo que resultaba su aspecto fuera del trabajo, aunque ni siquiera se lo propusiera. Llevaba el pelo despeinado, la corbata había desaparecido, tenía la camisa desabrochada por el cuello y sus manos descansaban en los bolsillos, lo que le otorgaba cierto aire desenfadado.

«Ay, sí, que me está soltando el discurso de que no me enamore de él. Debería prestarle atención».

—Pero... —continuó y se quedó en silencio.

—¿Pero te has dado cuenta de que ya sé todo eso debido a las circunstancias en las que te conocí?

—Bueno, eso por un lado, pero iba a decir que me he dado cuenta de que no... No quiero.

Tuve que obligarme a respirar. ¡Había mil formas de interpretar sus palabras y otorgarles un sentido mucho más profundo! Claro que también era probable que le dijera lo mismo a todas.

Seguro que la segunda opción era la correcta.

—Qué labia tienes.

—Esta vez estoy seguro de que no es un elogio.

Desvié la mirada, era incapaz de soportar la intensidad de sus ojos.

—No sé lo que es. Quizá una advertencia para recordarme a mí misma de que debo protegerme.

—Lo entiendo perfectamente, pero me gustaría que no te sintieras así.

Sabía cómo hacer que lo mirara. En esta ocasión, lo observé con detenimiento para buscar indicios que revelaran una falta de sinceridad. Necesitaba pruebas para convencer a mi corazón: «¿Lo ves, tonta? Lo tiene ensayado. No lo ha dicho con ningún sentido más profundo».

Al no encontrar nada que confirmara lo que necesitaba, decidí que había llegado el momento de salir de esas arenas movedizas:

—Creo que no estoy lista para hablar de sentimientos. ¿Es vino eso que veo?

—Es vino, sí.

Avanzó y empezó a servirlo en las copas que ya estaban colocadas en la mesa engalanada, como si estuviéramos en un restaurante de primera categoría en vez de en la terraza de su apartamento de lujo. Estaba cubierta con un largo mantel de color crema. Había encendido unas velas y el vino descansaba en una cubitera llena de hielo. Los platos estaban cubiertos con tapas de acero inoxidable y se encontraban en un bufé contiguo.

Había varios platos, de hecho. ¿Habría invitado a más gente?

Scott previó esta duda.

—No te pregunté qué preferías cenar, así que he pedido al chef que prepare distintas opciones. —Me ofreció la copa de vino y, cuando la acepté, le quedó una mano libre para

levantar las tapas de cada plato—. Berenjenas a la parmesana. Lasaña a la boloñesa. Ensalada de la huerta, con semillas en vez de picatostes, por si no puedes tomar gluten. Gambas a la parrilla. Ensalada *caprese*.

—¿Vas a pensar mal si como un poco de todo?

—Voy a pensar mal hagas lo que hagas.

—Eso espero. —Me provocó una sonrisa de forma espontánea, pero me dio la sensación de que, por algún motivo, era demasiado reveladora, así que dejé que se desvaneciera—. Me encanta la comida italiana. Muy buena elección.

Quizá me lo estuviera imaginando, pero me pareció que se le sonrosaban las mejillas y me asaltó la idea de que quizá no solía hacer estas cosas por una mujer. Pensé que, por lo general, no debía de tener muy en cuenta los gustos de su acompañante y seguro que pedía lo que a él le gustaba o cualquier plato que la impresionara.

Al menos eso era lo que me había enseñado la experiencia tras haberme topado con varios casanovas. Ni uno solo se había molestado en tener en cuenta qué me apetecería comer, o, al menos, no después de haberse acostado conmigo. Scott, en cambio, sí.

Era una línea de pensamiento peligrosa, no debía seguir por ahí, así que me concentré en el vino y en indicarle a Scott qué quería que me sirviera.

La comida estaba de rechupete, cada bocado era más delicioso que el anterior, algo sorprendente, puesto que el menú era muy sencillo. Debí de pasar diez minutos enteros alabando cada plato (con un estilo muy orgásmico, según señaló Scott), de forma que no nos preocupamos en mantener conversaciones triviales.

—Bueno, cuéntame algo sobre ti, Tessa —me pidió cuando el silencio comenzó a alargarse demasiado.

Pestañee varias veces mientras lo miraba con expresión horrorizada.

—Me acabas de provocar un *déjà vu* de todas las citas desastrosas que he tenido a través de Tinder. ¿Por qué me preguntas algo tan insustancial?

—Solo trataba de averiguar la diferencia que hay entre una cita y un revolcón. Pero tienes que aclararme una cosa: ¿tu definición de cita también incluye un revolcón?

—Siempre y cuando no se intente romper el hielo con frases como «cuéntame algo sobre ti». Su carcajada me derritió por dentro.

—Supongo que a estas alturas es evidente que se me da mucho mejor conocer a las mujeres de forma bíblica, que digamos.

—Bueno, yo creo que hace tiempo que es evidente.

Llegados a ese punto, la conversación tenía potencial para subir de tono y volverse obscena, y no me habría importado en absoluto.

Sin embargo, Scott adoptó una expresión seria.

—Pero quiero saber más sobre ti, Tessa. Intentaré que sea lo menos traumático posible. —Se lo pensó unos instantes—. ¿De dónde viene Tess? ¿Theresa?

Ay, mierda. Íbamos a meternos en ese berenjenal de verdad. Entonces pensé que la razón por la que me atraían los «folladores-vividores» era porque, con ellos, no me veía obligada a hablar de mí misma.

Aunque su pregunta no era demasiado difícil:

—Terese.

—Terese Turani. —Lo pronunció como si lo saboreara, de la misma forma en la que yo había degustado las berenjenas a la parmesana—. ¿Tienes un segundo nombre?

—No. —No iba a añadir nada más, pero entonces me reprendí: si él hacía un esfuerzo, yo también debería hacerlo—. Mi padre era iraní y allí no tienen la costumbre de poner segundos nombres, y creo que mi madre tampoco le dio tanta importancia como para proponérselo.

Vi el preciso instante en el que cayó en la cuenta, esa expresión típica de: «Ah, claro, por eso me parecía que tenía un aire étnico». Me había pasado toda la vida.

—Iraní —repite cuando ató cabos—. *Shomâ Fârsi sohbat mekunid?*

Esta sí que no me la esperaba. Normalmente, solo los nativos de la zona trataban de hablarme en el idioma. Nunca un hombre blanco lo había intentado.

—No tengo ni idea de lo que acabas de decir, pero deduzco que era en farsi y, la verdad, me ha parecido muy *sexy*.

—Te he preguntado si hablabas farsi, que es casi la única frase que sé decir en persa. Siento la decepción.

—¿Hablas otros idiomas?

—Español, alemán y un poco de francés.

—Pues me reafirmo en mi convicción de que es muy *sexy*.

—¿Y tú, qué?

—¿Yo? Yo también lo soy.

—Ni que lo jures. —Sus ojos se posaron en mi escote. Supuse que el vestido era mucho más revelador en mi cuerpo que en el de Kendra, puesto que ella no tenía tanto pecho como yo. Esa era precisamente la razón por la que lo había elegido.

El ardor que encerraba su mirada me indicó que le gustaba mi elección.

—Me refería a los idiomas. —Por lo visto, no le gustaba tanto como para dejar de lado la conversación para «conocerme mejor».

Decidí que había llegado el momento de cambiar de escenario.

Dejé la servilleta de tela sobre el plato y me levanté con la copa de vino en la mano para dirigirme hacia el sofá que podía ser perfectamente una cama.

—Inglés, como es evidente, y el español no se me da demasiado mal, pero ni de lejos puedo mantener una conversación.

Como esperaba, me imitó.

—Podríamos practicar.

—No si quieres ese revolcón.

—Nada de practicar idiomas, pues.

Sonreí, triunfal, y, entonces, me senté y me coloqué en lo que esperaba que pareciese una postura sugerente. Hasta ese momento no había sido necesario usar la seducción con Scott, de modo que me resultaba un poco extraño esforzarme en ello.

Pero no tenía de qué preocuparme. Se tumbó justo donde quería, a mi lado, apoyado sobre un codo y con todo el cuerpo vuelto hacia mí.

Pensé que esa nueva postura pondría fin a sus ganas de hablar de temas serios, pero me equivocaba.

—Entonces, tu padre es iraní, pero tú no hablas farsi. ¿No te llevas bien con él?

Tomé un sorbo de cabernet para ganar algo de tiempo y decidir cómo responder. No tenía por qué contestar. Podía distraerlo.

Sin embargo, aunque parezca raro, al tragar el vino decidí que quería explicárselo.

—Mi padre y mi madre no llegaron a casarse nunca. Formaron una pareja de hecho y tal, pero se separaron cuando yo tenía cuatro años. Más allá de enviar la manutención, a mi padre no se le dio muy bien seguir implicándose en mi vida después de la ruptura y, más tarde, cuando se casó con su mujer, la relación se cortó del todo. Como si solo pudiera decantarse por una opción. Como si hubiera tenido que elegir entre yo y ella y la hubiera elegido a ella. No he vuelto a hablar con él desde entonces. Creo que entonces tendría... ¿doce años?

—Lo siento, debió de ser muy duro.

Me encogí de hombros como si no me hubiera dolido tanto como lo había hecho en su momento. Como si no me doliera todavía.

—Mi madre se casó un año antes de que yo terminara el instituto. Ya era un poco tarde para tener una figura paterna, pero es un buen hombre. Desempeña el papel bastante bien.

Me arrepentí en cuanto lo dije. No porque no fuera cierto: Bruce era un buen hombre y, a efectos prácticos, cumplía con el papel que suponía que desempeñaba un padre. Me había enseñado a cambiar una rueda y a cuadrar las cuentas. Y le había soltado el discurso de «trata a mi niña con respeto» al chico que me llevó al baile de graduación.

No obstante, había ocultado parte de la verdad. Había sido muy duro crecer sin padre, mis amigas me daban envidia porque iban a bailes de padres e hijas, y siempre había tenido la sensación de que, sin importar lo que hiciera o llegara a conseguir, no había sido capaz de conservar el interés del hombre que, en teoría, debía ser el más fácil de conquistar.

También había sido muy duro sentir que estaba ligada inextricablemente a una cultura de la que no sabía nada en absoluto. Si bien es cierto que podría haberme informado sobre Irán por mi cuenta, no era lo mismo que si te lo enseñaba alguien que conocía el país de primera mano.

Por alguna razón, tenía ganas de seguir sincerándome, así que opté por desarrollar un poco más lo que pensaba, ya que era lo más fácil de admitir:

—Habría estado bien tener a alguien con quien hablar sobre las experiencias que se viven al tener un nombre persa y un color de piel persa. Me refiero a alguien que también lo hubiera sufrido. Por ejemplo, en todos los aeropuertos siempre me hacen registros «aleatorios». Y cada vez que alguien oye el apellido Turani, siente la necesidad de preguntarme de dónde soy, lo cual me resulta muy violento, porque ¿acaso no soy blanca? Pero claro, también soy «diferente», y en los formularios no hay ninguna casilla que refleje mi situación, ¿así que qué se supone que debo hacer? Son pequeños inconvenientes. No me estoy quejando de que se me trate de forma injusta. Pero habría estado bien poder contar con alguien que hubiera pasado por las mismas experiencias.

Negué con la cabeza al percatarme del inconveniente de este deseo:

—Aunque, claro, mi padre nació y se crio en Irán, tiene la piel mucho más oscura que yo, tiene acento y mantiene su cultura. Seguro que sus experiencias no tienen nada que ver con las mías.

—Pero habría estado bien que hubieras podido contárselas.

—Supongo que habría estado bien haberlo conocido y punto.

Scott me acarició despacio. Primero el torso, luego las caderas, los muslos y, entonces,

volvió a acariciarme en dirección ascendente.

—No sé. Si se parece en algo a mi padre, tal vez sea mejor que no lo conozcas.

—Si no conocieras a tu padre, tampoco vivirías esta vida.

—Seguramente valdría la pena.

Sus caricias me distraían, pero no tanto como para no fijarme en que trataba de darme pena. Esta sí que era la típica estrategia de ligón a la que estaba acostumbrada.

—Oh, pobrecito, ¿no te gusta tu vida de niño blanco y rico?

—Eh, no te pases. —Su mano se detuvo, pero se acomodó sobre mi cadera, así que tampoco me importó—. Soy consciente de mis privilegios, sí, pero eso no significa que cada día sea maravilloso y que me pase la vida entre fiestas y escapadas con el avión privado. No consigo todo lo que quiero. Y muchas de mis obligaciones son asfixiantes.

—¿Como por ejemplo? —Me costaba creer que supiera lo que significaba sentirse asfixiado de verdad. Había visto la vida que llevaba Kendra y aquello me había hecho llegar a la conclusión de que tal vez el dinero no lo compraba todo, pero sí que daba la libertad.

No tuvo que pensar la respuesta demasiado.

—El trabajo, para empezar. Si hubiese querido ser médico o abogado o artista, me habrían repudiado. Mi única opción era meterme en el negocio familiar. Mi vida ha estado planificada desde el día en que nací, me guste o no. Sebastian Industrial es la fuente de todo el dinero que espero heredar algún día, lo que significa que debo «echarle horas», como dice mi padre. Y aquí estoy, vicepresidente de Imagen y Comunicación, a pesar de que esta no era mi primera opción. Ni siquiera la décima. Pero es lo que toca porque mi padre quería que me dedicara a las relaciones públicas, así que ahora estoy atrapado en ese puesto hasta que él decida si merezco uno mejor.

Era consciente de que debía de ser muy duro para alguien como él prescindir del estilo de vida al que estaba acostumbrado, pero también sabía que, aunque lo hiciese, seguiría teniendo una vida mejor que mucha gente que yo conocía. En otras palabras, él todavía tendría una alternativa.

Sin embargo, me daba la impresión de que decírselo sería demasiado conflictivo para una primera cita, y, sin duda, estaría totalmente prohibido para un mero revolcón.

Opté por centrarme en otro aspecto que también había mencionado.

—Cuidadito, ¿eh? Que me gradué en Relaciones Públicas.

Abrió mucho los ojos, como si acabara de darse cuenta de algo que hasta entonces había pasado por alto.

—Ah, ahora todo tiene sentido. —Me dio la sensación de que desterraba ese pensamiento cuando cambió el rumbo de la conversación—: Yo estudié Empresariales y no es mi intención desmerecer la carrera de Relaciones Públicas. Tal vez lo disfrutaría si la situación fuera distinta, pero una cosa es dedicarte a vender una empresa o un producto que beneficia al mundo de alguna forma, hace que la vida sea más fácil u ofrece entretenimiento y otra muy diferente que tu trabajo consista en convencer a la gente de que el hombre que dirige la empresa no es un cabrón redomado, a pesar de que todo indique lo contrario.

Había sido muy duro. Quizá su vida era más complicada de lo que yo pensaba.

—Supongo que tengo suerte de poder dedicarme a vender algo en lo que creo.

—La verdad es que sí.

Su mano recorrió la misma trayectoria una vez más, arriba y abajo, y la piel de los brazos se me puso de gallina. Sus ojos se posaron en mis pechos. En mis labios. Me los humedecí, expectante.

En ese momento, justo cuando creía que se iba a lanzar, me hice a un lado.

—¿Qué querías decir con eso de que tenía sentido que me hubiera graduado en Relaciones Públicas?

—Pues que trabajas con Kendra. Y ella se ha graduado en lo mismo.

La mención de mi jefa me puso tensa. Me terminé el vino de un trago y me giré para dejar la copa vacía en el suelo. Y para no tener que mirarlo mientras respondía:

—Sí. Así nos conocimos, de hecho. En Georgetown. Íbamos a la misma clase.

—Impresionante. A mí me obligaron a ir a Columbia porque papá insistió en que hiciera prácticas en la empresa al mismo tiempo que estudiaba.

Al oírlo, giré la cabeza para mirarlo con expresión incrédula.

—¿En serio te estás quejando de haber estudiado en Columbia?

—No me quejo de nada. Te estoy contando mi vida.

—Vale, tienes razón.

—Entonces, ¿conociste a Kendra en la universidad y así es como acabaste trabajando con ella?

Me picaba la piel, y estaba incómoda. Quería ponerme en pie y alejarme: de ese tema, de la ansiedad que me generaba la verdad que no había dicho, de lo vulnerable que me hacía sentir hablar de ese asunto. Sin embargo, como me había ocurrido antes, sabía que no podía huir de nada de eso.

Así que me quedé donde estaba.

—Al principio nos hicimos amigas —comenté, con mucha cautela—. Y de Teyana también. Las tres éramos uña y carne en la universidad. Después, cuando estaba desesperada por encontrar un trabajo y Conscience Connect ya se había fundado, Kendra me ofreció un puesto allí. Creo que fue su forma de demostrarme que le importaba.

—Los Montgomery suelen hacer eso: sueltan el dinero en vez de expresar sus sentimientos.

—Ya me he dado cuenta con ella. —Lo había usado como excusa para justificar sus actos una y otra vez. Kendra sabía firmar un cheque, pero no sabía querer de verdad. En el fondo tenía buenas intenciones. El problema era que no sabía cómo demostrarlo.

A veces me culpaba a mí misma. Creía que podría ayudarla a cambiar esa faceta suya de alguna manera.

—Deduzco que ya no estáis tan unidas, entonces.

—Las relaciones laborales lo cambian todo —respondí.

—No siempre, pero sí. A veces pasa.

Era una invitación para que siguiera hablando, y una parte de mí quería hacerlo, pero no me apetecía continuar por ahí con Scott. Tendría que explicarle la verdadera relación que mantenía con Kendra, confesarle que solo era la chica de los recados y no alguien en quien ella confiara para asumir la mitad de las presentaciones. El mero hecho de hablar de ella ya nos había colocado en un terreno minado, y más cuando no sabía casi nada de la relación que tenían ellos dos.

Fruncí el ceño.

—¿Y tú qué? ¿Qué tipo de relación tienes con Kendra?

—Eh... —Retiró la mano con la que me acariciaba, lo que me hizo sentir como si se hubiera alejado a miles de kilómetros. Entonces, se la pasó por el pelo—. Nuestros padres son... amigos. No me parece una buena forma de definirlo porque tienen una relación muy superficial, pero creo que ellos la definirían en esos términos.

—¿Y tu relación con Kendra también es superficial?

—La verdad es que yo ni siquiera lo llamaría «relación». —Actuaba de forma evasiva y sus ojos se movían inquietos de aquí para allá.

La verdad era evidente, pero necesitaba escucharla de una vez por todas.

—¿Te has acostado con ella?

Una sonrisa de culpabilidad se le dibujó en la cara.

—Sí, me la he follado.

—Ya lo suponía. —De repente, agradecí que Kendra separara su vida personal y su vida laboral con tanto celo porque, si no, me habría preocupado que Scott pudiera saber más de lo que parecía acerca de mí y mi puesto de trabajo en Conscience Connect.

De hecho, incluso aunque Kendra no hubiese separado tanto los ámbitos de su vida, no me habría importado demasiado, porque me preocupaba mucho más el hecho de que, efectivamente, Scott se había tirado a mi jefa; que Kendra había estado desnuda con él antes que yo y que, como siempre, ella lo probaba todo primero y a mí solo me quedaban las sobras.

Aunque ninguna de las situaciones que había vivido con Scott podían equipararse con unas sobras.

—¿Te preocupa? —Los ojos le centellearon, como si le pareciera divertido.

No estaba segura de haberlo entendido bien.

—¿Preocuparme?

—Me ha parecido que sería más fácil admitir que te preocupa antes que confesar que te ha puesto celosa.

Me repateaba porque había dado en el clavo. No soportaba que me calara con tanta facilidad.

Así que, como era de esperar, me escapé por la tangente:

—Piensas mucho en ti mismo, ¿no?

—A mí me parece que en realidad demuestra lo que pienso y espero de ti. —Su mano había vuelto a las andadas, y, esta vez, me recorría el tirante del vestido con un solo dedo y me provocaba escalofríos.

¿Cómo iba a resistirme cuando me tocaba?

—De acuerdo, me he puesto un poco celosa.

—Bien, me alegro.

Quería interrogarlo sobre la relación, en ese momento ya inexistente, que había mantenido con Kendra (cuánto había durado, cuándo terminó, quién le había puesto fin), pero, al mismo tiempo, no quería saberlo.

Además, llegados a ese punto, ya ni siquiera importaba, porque Kendra estaba perdida en no se sabía dónde, centrada en sus asuntos; y yo, en cambio, estaba ahí, con Scott centrado en mí.

—No quiero seguir hablando de Kendra —dije, mientras me acercaba a él.

—Espero que no quieras seguir hablando en absoluto.

—Exacto. —Pero la palabra se perdió en la energía de su beso, embriagador y placentero.

Capítulo 18

Los besos enseguida dieron paso a algo más, como era de esperar dado nuestro historial. Aun así, no nos dejamos llevar por el frenesí, como solía ocurrirnos; lógico, puesto que no estábamos en un coche ni en un despacho ni en una sala de reuniones. Sabíamos que teníamos tiempo de sobra, así que lo único que nos apremiaba era la necesidad, la necesidad tanto de explorar como de llegar al clímax.

Y mientras pasábamos a la siguiente fase (las manos exploraban y nuestras caderas se restregaban), no dejamos de besarnos. Nunca nos habíamos besado tanto, en realidad, y parecía que Scott tenía tan pocas ganas de darse prisa como yo. Se entretuvo en mi boca, metía y sacaba la lengua despacio, y me demostraba cómo pretendía usar la polla conmigo más tarde, las intenciones que tenía de follarme poco a poco, bien y a fondo.

Cuando por fin decidió separarse de mis labios, siguió besándome el resto del cuerpo, el rostro, el cuello, la clavícula. No solo probaba cada centímetro de mi piel, sino que, además, lo degustaba. Por mi parte, estaba indecisa entre las ganas de descubrir también su cuerpo y las de limitarme a disfrutar de lo que me hacía. Al principio, traté de hacer ambas cosas, le mordisqueaba un poco la oreja y luego dejaba caer la cabeza hacia atrás de placer cuando su mano me acariciaba el pecho. Descubrí que le encantaba que le mordiera el cuello, y luego dejé que él viera lo mucho que me gustaba a mí también.

Enseguida, me sentí tan abrumada por las sensaciones que no podía concentrarme en hacerlo lo mejor posible, así que me rendí y dejé que se recreara tanto como quisiera con mi cuerpo.

—Me muero por verlas —dijo tras chuparme un pezón y hacer que se endureciera bajo el vestido de satén. Había tenido que prescindir del sujetador porque tenía toda la espalda descubierta, lo que había estado a punto de hacerme optar por otra prenda. Sin embargo, en ese momento me alegré, puesto que sabía que una capa más de tela habría reducido las sensaciones.

Claro que, por supuesto, podía quitarme el vestido.

Pero todavía no. No estaba lista para avanzar a la siguiente fase, y la verdad era que me moría de ganas de que me hiciera lo mismo en el otro pecho.

—Ya las has visto —le recordé. Me moví unos centímetros y se lo acerqué a la boca, una invitación que no rechazó—. Desperté desnuda en tu cama cuando estuve aquí, y no me creo que me desvistiera yo sola.

—Mmm... —Su murmullo hizo que mi pecho vibrara y me produjo un cosquilleo de éxtasis entre las piernas. Prosiguió con sus lametones durante tanto tiempo que casi olvidé de lo que

habíamos estado hablando cuando retomó la conversación—. Lo hice con los ojos cerrados.

Me reí.

—Mentiroso.

—Bueno, puede que echara una miradita. —Cuando rodeó el pezón con los dientes y tiró de él, mi risa se convirtió en un grito ahogado por el placer—. Pero no tuve tiempo para apreciarlas. Me vuelvo loco solo de imaginármelas desnudas y tan duras.

—Pues entonces quizá deberías hacer algo al respecto. —Empecé a darme la vuelta para que alcanzara la cremallera que el vestido tenía en la parte baja de la espalda, pero Scott me detuvo.

—Aunque me encanta tu inclinación por el exhibicionismo, tengo que insistir en que no te quites la ropa aquí fuera. Por lo general, tenemos privacidad, pero una vez los *paparazzi* sacaron fotos. —Su boca comenzó a descender y se entretuvo en el ombligo cuando lo encontró.

La amenaza de que nos observaran los *paparazzi* me sacó del momento por unos instantes porque me recordó lo diferentes que eran nuestros mundos. Kendra también tenía una terraza lujosa, pero ni siquiera ella era tan rica como para que su dinero le impidiera tomar el sol desnuda.

Sin embargo, tan solo me distraje durante unos segundos porque, a su vez, la amenaza de la presencia de los *paparazzi* también me excitaba. Evidentemente, por nada del mundo habría querido que me fotografiaran desnuda, pero ¿imaginar que alguien podía estar mirándonos? Aquello me ponía tan cachonda en la terraza como cuando me folló contra el ventanal de la sala de reuniones.

Me imaginé la situación.

—Entonces, ¿quieres verme desnuda, pero te estás reprimiendo para no arrancarme la ropa porque sientes la necesidad de protegerme? —No importaba que fuera una mujer que sabía cuidarse por sí misma, siempre me pondría cachonda que un hombre quisiera defender mi integridad—. ¿Es eso?

—Sí, exacto.

Se me escapó un gemido, los detalles de la fantasía acuciaban mi necesidad.

—Sí, Tessa, me voy a ocupar de ti.

Madre mía, era como si pudiera leerme la mente.

Empezó a descender y su cabeza tapó las vistas a cualquier espectador que pudiera estar observándonos mientras me subía el vestido hasta la cintura.

—Y, una vez más, no llevas ropa interior. Parece que te guste ponérmelo fácil.

—Prefiero evitar que añadas mis bragas a tu colección de ropa interior femenina.

Me acarició los labios con la nariz e inhaló al hacerlo.

—No colecciono ropa interior femenina.

Solté un ruidito a medio camino entre un «ejem» indignado y un «venga ya, por favor», porque era evidente que tenía una colección de ropa interior femenina, pero, al mismo tiempo, era muy complicado discutirle nada cuando me hacía aquellas cosas con la lengua en la entrada de la vagina.

De todas formas, pareció darse cuenta de que no lo creía.

—No la colecciono. Solo me guardo tu ropa interior. Nada más.

Esa afirmación era incluso más difícil de creer que la anterior, así que me incorporé sobre los codos, lista para cuestionársela. Era el tipo de comentario que no estaba dispuesta a dejar pasar.

Scott era un ligón. Lo había sabido desde el principio. Y no me había importado. Lo que no me hacía ninguna gracia era que fingiera que su relación conmigo era más profunda de lo que era en realidad.

De hecho, tampoco me haría ninguna gracia que Scott reconociera la verdad de la situación, pero ese era mi problema, no el suyo, y la única posibilidad que existía de que no me destrozara el corazón por completo era que se mostrara lo más transparente posible.

Sin embargo, mientras me acariciaba el contorno de los labios con un dedo y su lengua se movía alrededor de mi clítoris, hablar había quedado descartado, y, claro, no me encontraba en condiciones de recriminarle lo que había dicho.

Se recreaba mientras mi grado de excitación aumentaba, y Scott alternaba entre chupar y lamer el punto neurálgico de todo mi placer, sin dejar de meter y sacar un dedo. Pronto añadió otro dedo y me penetró con más profundidad, de modo que rozó el punto sensible de mi interior, todo a un ritmo tan exasperantemente lento que la tensión se acumulaba de una forma que se asemejaba a la que se siente al escalar una montaña. Noté que, poco a poco, avanzaba hacia la cima, que las palpitaciones de la entrepierna iban en aumento y los muslos comenzaban a temblarme, y sentí que el orgasmo se aproximaba a la cumbre.

Justo cuando creía que estaba a punto de llegar, Scott se apartó.

—Pensaba que me había imaginado lo bien que sabía tu coño, pero no.

—Supongo que eso es un cumplido, así que gracias. ¿Podrías volver a probarlo, por favor?

Se rio entre dientes cuando acerqué las caderas a su boca, pero hizo lo que le pedía y se entregó de nuevo a su cometido. Volvió a empezar. La corta interrupción me había mandado a la casilla de salida. Afortunadamente, esta vez los lengüetazos fueron más voraces y eso ayudó a que la tensión creciera a más velocidad.

Sin embargo, como había hecho antes, se detuvo para observarme justo cuando estaba a punto de llegar al clímax. Lucía una sonrisa que revelaba que me estaba torturando a propósito.

—¿Qué haces? —Mi voz reflejaba desesperación.

En comparación, la suya rezumaba tranquilidad.

—Provocarte.

Me sopló con suavidad en la vagina, húmeda, y me provocó una sucesión de estremecimientos que recorrieron mi cuerpo de arriba abajo. No podía aguantarlo. Era demasiado. O quizá no era suficiente. Era ambas cosas.

Me zafé de sus brazos y me puse en pie como pude. Me dirigí hacia el dormitorio y, de camino, recuperé los zapatos que me había quitado antes. A unos pasos de la puerta, me detuve para llevarme la mano a la espalda y bajarme la cremallera, de modo que le ofrecí unas buenas vistas de mi culo. Volví un poco la cabeza para asegurarme de que me estaba mirando.

En efecto.

—¿Qué haces? —preguntó. Esta vez era su voz la que sonaba alterada.

—Provocarte —respondí y abrí la puerta corredera del dormitorio, que no había visto cuando había estado allí porque la cubrían las cortinas opacas. Entonces, entré.

Debió de seguirme a toda prisa porque, en cuanto me di la vuelta, descubrí que lo tenía detrás. Dejé caer los zapatos al suelo y rodeé su cuello con los brazos para acercar su boca a la mía. Él colocó sus manos en mi cintura, dibujó un círculo y las metió por dentro del vestido abierto. Me agarró el culo y me estrechó contra él, de forma que su erección se clavó en mi

vientre, dura como el acero.

Estaba preparada para que me penetrara. Más que preparada. La atención que me había dedicado en la zona de la entrepierna me había dejado con mi sexo dolorido, vacío y desesperado por tenerlo dentro.

No obstante, aunque me moría de ganas de que se introdujera dentro de mí, de pronto me di cuenta de que también ansiaba contemplar todo su cuerpo. Su pene era ya un viejo conocido, no solo por las veces que me lo había metido en la vagina, sino también por las que había estado en mi boca, pero seguía sin conocer el resto de su cuerpo porque solo había podido echarle un vistazo cuando había tratado de irme a hurtadillas de su casa la primera noche. Quería saber qué escondía debajo de esos trajes que le sentaban como un guante.

Con la intención de ponerle remedio, empecé a desabrocharle la camisa. Solo había liberado un par de botones cuando me agarró las manos para frenarme.

—Quiero verte entero. —La desesperación hizo que casi pareciera que lloriqueaba.

Me besó, como si así pudiera calmar mi deseo de ver, tocar, lamer y conquistar todo su cuerpo.

—Y lo harás, pero la última vez que estuviste aquí me porté tan bien que creo que merezco verte yo a ti primero.

No me parecía un argumento demasiado lógico. Él había podido echar un vistacito, pero yo no había visto nada. ¿No se suponía que, llegados a ese punto, me tocaba a mí disfrutar del espectáculo? Era lo más justo.

Por otro lado, la forma en que me miraba (como si apenas pudiera contenerse, como si fuera a devorarme, obedeciera o no) hizo que dejara de importarme si era justo o no.

—Si tantas ganas tienes, quizá será mejor que te lo enseñe. —Lo empujé levemente en dirección a la cama—. Siéntate.

Por lo visto, la idea de que yo llevara la voz cantante no lo seducía demasiado, pero hizo lo que le ordené y, mientras se sentaba, se desabrochó los puños.

—Estoy esperando.

Di un paso atrás para que pudiera verme bien de arriba abajo y, entonces, me bajé un tirante por el hombro, luego el otro, y dejé que el vestido cayera al suelo. Me quedé desnuda de pies a cabeza.

Después de haber montado ese numerito para desvestirme, pensé que yo no era tan valiente. O, al menos, que no me sentía tan segura con mi cuerpo. Y menos para quedarme desnuda por completo.

Ahora bien, Scott Sebastian tenía el poder de hacerme sentir deseada tal y como era, sin que necesitara cambiar nada de mí misma.

Aunque, claro, en realidad yo no era la persona que Scott creía conocer, pero no iba a preocuparme por eso en aquel momento, así que me centré en sus ojos, tan ávidos sobre mi cuerpo desnudo. Se tomó su tiempo para pasear la mirada por cada centímetro de mi cuerpo y se entretuvo en la punta de los pezones, en la turgencia de las caderas, en la curva de los muslos.

Entonces, se aclaró la garganta.

—Ha valido la pena esperar. —Su voz sonó ronca mientras se acariciaba con la palma de la mano el bulto que tenía en los pantalones—. Ven aquí. —Me acerqué al espacio que había entre sus rodillas. Me agarró de las caderas y me acercó todavía más a él para enterrar el rostro entre

mis pechos—. Podría pasarme la noche entera chupándote las tetas.

—Siempre y cuando te desnudes primero, no veo por qué no.

Estaba demasiado ocupado tocando, lamiendo y explorando como para responder y, cuando por fin retomó la palabra, fue para hacerme cumplidos y halagos y decir guarradas sobre mi cuerpo.

De modo que yo misma me encargué de desnudarlo.

Mientras me mordisqueaba la parte inferior de un pecho, empecé a desabrocharle la camisa. Me sorprendió que cooperara. Retiró las manos de mi cuerpo, primero una y luego la otra, mientras le sacaba las mangas por cada brazo. Cuando la camisa cayó sobre la cama, me deleité con sus músculos duros, planos y tonificados, aunque me resultaba muy difícil lograr las vistas que quería porque él no dejaba de adorar mi cuerpo.

Así que cambié de táctica.

—Necesito que me la metas —admití mientras le acariciaba la polla con la mano por encima de los pantalones—. Por favor, Scott. Quiero tenerte dentro, tengo tantas ganas que hasta duele.

Entonces, me senté a horcajadas sobre su regazo, me planté justo sobre su erección y me empecé a restregar. Percibir su sofoco y su dureza me distrajo de las ganas que tenía de verlo desnudo. Me moría porque me penetrara. Y la urgencia me dolía de verdad.

Con el siguiente bamboleo, me agarró de las caderas y me detuvo. Seguí la dirección de su mirada y vi que le estaba dejando una mancha de humedad en los pantalones.

—Mira lo que has hecho. Joder, Tessa, cómo me pones.

Él también me había excitado a mí. Y mucho.

De pronto, me agarró y me lanzó a la cama. Me moví para acercarme a las almohadas sin apartar los ojos de Scott mientras él se quitaba los zapatos y después los pantalones y la ropa interior de un tirón.

Entonces, se quedó ahí parado. De pie, con la polla en la mano, mientras se bajaba y subía la piel y me devoraba entera con la mirada.

Y, por fin, yo también me lo pude comer con los ojos.

Madre mía, ese hombre era una obra de arte. No habría sido más perfecto ni aunque lo hubieran tallado en piedra. Tenía un pectoral esculpido a la perfección. Los músculos de sus caderas estaban muy marcados y nunca en la vida había terminado de entender lo que era una buena tableta de chocolate hasta ese momento. Sus piernas no se quedaban atrás. Su cuerpo era largo y esbelto, y sus muslos, fuertes y tonificados. Resultaba evidente que hacía ejercicio. Y que comía sano. Dos cosas que yo no había sido capaz de incorporar a mi vida diaria, y aunque en ese instante me hacían sentir un poco culpable, en el fondo tenía la sensación de que me había tocado la lotería. Además, no era un culturista de esos que tenían pinta de esforzarse demasiado. Parecía que había conseguido ese físico gracias a llevar una vida activa.

Scott se pasaba la mayor parte del día sentado ante un escritorio, por lo que no me cabía duda de que debía ir con bastante frecuencia al gimnasio para estar así. No sabía quién era su entrenador personal, pero esperaba que le pagara bien porque, joder, se lo merecía.

Y eso me provocó otra punzada de culpabilidad, porque yo a él no lo merecía. Le había mentado, ¿no? O, como mínimo, había omitido parte de la verdad sobre qué cargo ocupaba en Conscience Connect. Había dejado que dedujera que poseía más autoridad de la que tenía en realidad. No merecía esa lotería. Ni poder contemplar su maravilloso cuerpo. Ni tampoco

disfrutar de esa increíble polla. No merecía que se quedara mis braguitas para una colección compuesta solo de mi ropa interior y de la de nadie más, según me había asegurado, y yo, claro, me lo había creído como una tonta.

Pero, me lo mereciera o no, estaba allí y no tenía ninguna intención de irme.

No. Lo que iba a hacer era dejar que me follara.

Mientras me lo había comido con los ojos, Scott había sacado un condón de la mesita de noche y había abierto el envoltorio con los dedos. Sin dejar de mirarme, se lo había colocado.

—¿Estás preparada, Tessa? ¿Lista para que te folle en una cama?

Estaba más que lista.

Sin embargo, no estaba preparada ni por asomo para la forma en la que Scott Sebastian me estaba transformando ni para todas las emociones que me provocaba.

Pero como a él no le importaba lo que me pasara por la cabeza ni por el corazón, me limité a responder:

—Sí, estoy lista.

Que Scott Sebastian me follara en una cama no era muy distinto a que lo hiciera en el despacho o en una sala de reuniones y, a la vez, era completamente diferente. La sensación de tenerlo dentro era la misma. Llevaba el mismo ritmo galopante y me decía las mismas guarradas mientras me partía en dos con su maravillosa polla.

Sin embargo, esta vez también prestó más atención a otras partes de mi anatomía que en ocasiones anteriores había descuidado. Sus manos y su boca me recorrieron el cuerpo entero. Aunque sus embestidas eran rápidas, el acto en sí no era en absoluto nada rápido. Este hombre tenía una resistencia infinita, y sabía moverse (y moverme) para alcanzar nuevos puntos en mi interior, la existencia de muchos de los cuales desconocía hasta aquel momento.

Aquella vez también parecía más pendiente de mis reacciones que en otras ocasiones, cuando habíamos echado polvos rápidos. Estaba más concentrado en cómo me sentía. Siempre conseguía que me corriera, por supuesto, pero, en esa ocasión, se trataba de algo que iba más allá del orgasmo.

—¿Y ahora, cómo me notas ahí? —me preguntó—. ¿Qué te parece? ¿Te gusta? ¿Te gusta más que antes?

Las preguntas que me hacía no solo aludían al placer que me provocaba su pene al rozarme las entrañas, sino también a si me gustaban otras cosas. Quería saber si prefería que me chupara o me mordisqueara los pezones. Si me gustaba cuando me pellizcaba el clítoris o cuando me daba unos azotes en el culo. Era como si quisiera aprenderse mis preferencias para más adelante. Como si quisiera que lo nuestro no acabara.

No era así como habían funcionado las relaciones sexuales con los ligones con los que había estado otras veces. Parecía que su lema de vida era «vive el presente» o «disfruta del ahora». No había motivos para descubrir las preferencias de la otra persona si no tenías intenciones de follártela durante mucho más tiempo.

Pero ese hombre... Ese hombre me volvía loca.

Una infinidad de orgasmos más tarde, dos de los cuales habían sido de Scott, me desplomé en la cama mientras él desaparecía por la puerta del cuarto de baño para limpiarse. Me sentía deshecha y agotada. Habría jurado que había usado todos y cada uno de los músculos del cuerpo. Sabía que me dormiría enseguida si cerraba los ojos.

Estar despierta significaba que mantenía el cerebro activo. Mientras la euforia se desvanecía y con el apetito sexual bien saciado, me puse a pensar en cosas que no debería y a darles un significado que estaba segura de que en realidad no tenían. Era evidente que Scott me deseaba, tanto como yo a él. La química entre nosotros era innegable, pero ¿podría haber algo más en un futuro? ¿Lo había ya? ¿Era lo que él quería?

Volvió del baño con una toallita y me limpió con mucha delicadeza, otro gesto que me llevó a acariciar la posibilidad de que tuviéramos «algo más». Un gesto como aquel era más propio de un amante que de un ligón. ¿Qué pretendía?

Cuando terminó, apoyó una rodilla en la cama y me besó antes de ponerme de pie. En ese momento, todo me cuadró. Estaba segura de que me soltaría el típico discurso de «me lo he pasado muy bien, toma, aquí tienes dinero para el taxi».

Pero nada más lejos de la realidad. En lugar de eso, me rodeó el cuerpo con los brazos.

—Me encantaría que te quedaras a pasar la noche.

—Bueno, ya estaba medio dormida cuando me has sacado de la cama.

—Era para poder meterte debajo de las sábanas antes de que te quedaras frita.

—Ah. —Que la realidad resultara gratamente distinta de lo que había imaginado no era algo que me ocurriera a menudo—. De acuerdo, me quedo.

—Bien. —Abrió el edredón y lo sostuvo en alto para que me resultara más fácil meterme. Luego, apagó la luz y se introdujo en la cama a mi lado, pegó su cuerpo al mío y me abrazó por detrás.

En esa situación, con las luces apagadas y arrebujada en sus brazos, me costaba más mantener los pies en la tierra. Empecé a creer que podía llegar a ser alguien especial para él, que quizá ya empezaba a serlo, más allá de alguien con quien divertirse un viernes por la noche.

—¿Scott? —No lo había dicho en voz muy alta, pero me dio la sensación de que retumbaba en la oscuridad—. ¿Por qué no me has soltado el típico discurso antes? El de «no te encariñes, solo quiero pasarlo bien». —En ese momento necesitaba oírlo de su boca.

Pasó tanto rato hasta que contestó que creí que se había quedado dormido. Yo misma estaba a punto de caer rendida al sueño.

—Creo... —dijo al fin, y abrí los ojos sobresaltada. Se quedó en silencio. Y luego prosiguió —: que me gustas mucho. Mucho, Tessa Turani.

Y, entonces, dejé de preocuparme por si este hombre me robaba el corazón.

Porque ya lo había hecho.

Capítulo 19

—Estás despierta. —Scott me contemplaba desde el umbral del dormitorio. Solo llevaba puestos unos pantalones de chándal; demasiada ropa para mi gusto.

—Bueno... —Me incorporé mientras bostezaba. Sentía que a mi cuerpo no le vendrían mal un par de horas más de descanso, pero notaba mi alma en paz—. Quizá despertaría del todo si lo que llevas en la mano es café y me dejas robarte un poco.

Se acercó con la mano estirada.

—Es para ti. Y aquí tienes tu móvil. No ha dejado de vibrar mientras molía el café.

Dejé el teléfono sobre la cama, a mi lado, sin mirarlo. En ese momento, solo podía pensar en el olor a café recién tostado. Bueno, en eso y en el hombre de cuerpazo esculpido, demasiado perfecto para ser real, que acababa de sentarse en el borde de la cama a mi lado.

—Justo como a mí me gusta —comenté tras tomar el primer sorbo. Incluso podía ir más allá y afirmar que era el mejor café que había tomado en la vida, pero, aunque la mezcla de café me parecía muy bien preparada, lo de «mejor» seguramente estaba más relacionado con el hecho de que Scott estuviera presente.

—Con un chorrito de leche y dos terrones de azúcar. Presto atención.

Estaba impresionada. Y me sentía halagada. Pero aquello rozaba lo sospechoso. ¿Qué tipo de tío presta atención a cómo le gusta tomar el café a una chica? Solo el que está dispuesto a usar esa información con malas intenciones. Y esos eran los hombres que siempre pasaban página demasiado rápido.

Pero me sentía tan a gusto que no iba a preocuparme por eso en aquel momento.

—Me sorprende. Siempre estabas tan absorto en el móvil durante las reuniones... Bueno, excepto para someterme a un tercer grado. Incluso me planteé que tuvieras una seria adicción a Clash of Clans.

—Básicamente, estaba comprando y vendiendo acciones. Probaba suerte para no pensar en las ganas que tenía de desnudarte y hacértelo allí mismo, sobre la mesa de la sala de reuniones.

Vaya, entonces no era la única que había tenido aquellas fantasías.

La sonrisa que le ofrecí debió de revelarle lo que estaba pensando, porque me quitó la taza de las manos, la dejó en la mesita de noche y se inclinó hacia mí.

Entonces, me aparté.

—Seguro que el aliento me huele fatal.

—No me importa.

Igual que a mí tampoco me había importado que me despertara en plena noche para un segundo asalto. Como tampoco me había importado que se produjese un tercer asalto por la mañana, cuando el sol empezaba a colarse por la ventana y Scott se había levantado para correr las cortinas opacas.

Vale. Bueno. Tampoco me importaba en ese mismo instante.

—Sabes a café —me dijo tras darme un beso que me revolvió la sangre.

—Y tú sabes a sexo.

Sonrió sobre mis labios y luego se centró en bajar la sábana para que mis pechos quedaran a la vista. Después, el vientre. Por fin, el resto del cuerpo.

Reprimí la necesidad de hacerme un ovillo y esconderme, y opté por alimentar su avidez, reflejada en sus ojos, de modo que me estiré y le ofrecí un espectáculo, aunque mis músculos cansados protestaron.

—Tenías razón cuando me dijiste que, si hubiéramos follado, lo sabría.

—No me digas... —Describió un círculo con la lengua alrededor de un pezón erizado y luego fue bajando.

—Todo mi cuerpo sabe que he follado.

La sonrisa de satisfacción que me regaló me indicó que estaba encantadísimo de oírlo, y la forma en la que, acto seguido, empezó a lamerme justo en la entrepierna, me dio a entender que estábamos a punto de follar de nuevo.

De repente, mi móvil comenzó a vibrar sobre la cama, a nuestro lado, y me recordó dónde lo había dejado. A decir verdad, me sorprendía que todavía tuviera batería. Lo agarré para dejarlo en la mesita de noche y cometí el error de echarle un vistazo. Entonces me di cuenta de que no iba a follar, pero sí que estaba bien jodida.

Entre los millones de mensajes y llamadas perdidas que había recibido de Kendra (de su número real y no de uno oculto, por lo que la cosa no pintaba nada bien), destacaba uno especialmente:

Estoy volviendo a casa.

—¡Mierda! —El corazón se me aceleró mientras repasaba todos los mensajes, uno por uno, que había recibido a horas intempestivas, como a las siete de la mañana.

A casa de mis padres, quiero decir.

Necesito que nos veamos allí.

¿Te compro el billete de tren para las 14:00 o para las 17:00?

Te he comprado el de las 17:00. Comprueba la bandeja de correo. Puedes quedarte a pasar la noche.

IMPORTANTE: necesito que me traigas uno de mis bolsos.

Te voy a llamar para indicarte cuál.

Llamada perdida de Kendra.

Es el bolso rojo de Dolce & Gabbana. Te voy a enviar una foto.

El siguiente mensaje era una fotografía del bolso que había sacado de internet.

Necesito ESTE bolso en concreto.

Contéstame para que sepa que puedo contar contigo.

Llamada perdida de Kendra.

Llamada perdida de Kendra.

¡¿DÓNDE ESTÁS?!

El portero ha llamado a la puerta de casa y no le has abierto. Le he mandado un mensaje a Tey. Me ha dicho que tampoco has pasado la noche en tu casa. ¿Estás bien?

¿DEBERÍA LLAMAR A LA POLICÍA, TESS? ¿DÓNDE ESTÁS? ESTOY PREOCUPADA.

—Mierda, mierda, mierda, mierda, ¡mierda!

Scott levantó la vista desde mi entrepierna.

—Esa no era exactamente la reacción que esperaba.

Estaba tratando de escribir una respuesta a tanta velocidad que ya era la segunda vez que tenía que empezar de nuevo.

—Lo siento —le dije al final—. Tengo que irme. Debería... —Dejé de teclear para mirar la hora. Eran casi las once y media. «¡Miiiiierda!».

Y solo me quedaba un once por ciento de batería.

—Ya. Debería irme ya.

Me acabo de despertar. Te llamo en 10 minutos.

Releí mi mensaje antes de enviarlo y entonces lancé el móvil a la mesita de noche y me puse

en pie a toda prisa en busca de mi vestido. Y de mis zapatos.

Perdón: el vestido y los zapatos de Kendra.

Joder. Estaba bien jodida. Al menos todavía no había vuelto a la ciudad, aunque era altamente probable que quisiera volver conmigo a Nueva York al día siguiente, y no estaba preparada para eso todavía. No había fregado los platos. Tenía que ordenar todo el apartamento y pasar por la tintorería para recoger la ropa.

¡Mierda!

No tenía ropa limpia en su casa porque me había puesto la suya, lo que significaba que necesitaba pasar por mi apartamento en Jersey City y prepararme una bolsa de viaje para una noche.

Y además... ¡Jo-der!

Tenía que encontrar la forma de explicarle lo del acuerdo con Sebastian Industrial. Y, como había muchas probabilidades de que me quedara sin trabajo después de eso, también debía asegurarme de que no me dejaba nada en su apartamento que luego fuera a echar de menos para siempre. Y todo eso antes de subirme al tren de las cinco.

Ya me había puesto el vestido y subido la cremallera y había encontrado una sandalia, pero la otra no aparecía. Levanté el edredón que habíamos tirado al suelo en algún momento de la noche. No estaba. Miré bajo la camisa de Scott. Bajo los pantalones.

—¿Has visto la sandalia que me falta? —Divisé un brillo dorado bajo las cortinas—. ¡Ahí está!

—¿Lo de salir corriendo por la mañana es una costumbre que tienes o...? Y hoy es sábado, así que la iglesia no sirve como excusa.

Mierda. Scott.

Había olvidado que también tenía que hablar con él. Joder.

Aunque también podía ignorar a Kendra. Podía quedarme allí y pasar el día en la cama con Scott. Podía decirle que mi móvil había muerto. Y si me despedía, bueno... Lo más seguro era que lo fuera a hacer de todos modos.

Pero ¿qué pasaría entonces con la FLD? Los contratos no se habían firmado todavía. Si quería cerrar el acuerdo, lo mejor que podía hacer era quedar bien con Kendra.

Me coloqué una sandalia y me volví hacia Scott, que estaba sentado en el borde de la cama y me miraba con esos ojos azules que me derretían por dentro. Existía la posibilidad de que nuestra relación llegara pronto a su fin, así que, a pesar de que iba escasa de tiempo, me puse la otra sandalia y me acerqué a él hasta quedarme de pie entre sus piernas.

Le acaricié la barba.

—No, no es ninguna costumbre. Lo siento. Es que... —Me detuve antes de decir «mi jefa»—. Ha surgido un tema de trabajo. Otro cliente. Y tengo que irme y ponerme con ello ahora mismo.

Me rodeó los muslos con las manos y me acercó a él para acariciarme los pechos con la nariz.

—¿Ahora mismo? ¿Ya?

Oh, guau. Me torturaba con la boca como ya había hecho en otra ocasión, y la tela del vestido me frotaba los pezones de forma muy placentera. Se me contrajo la vagina, el clítoris me empezó a palpar y un hormigueo se extendió por mis muslos.

El tren no pasaba hasta las cinco. Podía permitirme perder unos minutos más, ¿verdad?

—Bueno... —El móvil, que descansaba en la mesilla de noche, volvió a vibrar. La respuesta de Kendra, seguro. Ay, mierda. Le había dicho que la llamaba en diez minutos—. Sí, sí. Tengo que irme ya. Lo siento. Lo siento muchísimo...

Lo sentía por muchos motivos, en realidad. Por haberle mentido sobre mi puesto de trabajo y mi relación con Kendra, por haber bajado la guardia y haberle dejado entrar en mi corazón.

Con la decepción dibujada en su rostro, dejó de torturarme, pero no apartó los brazos de mi cuerpo, que aún me rodeaban con fuerza.

—Al menos dime cuándo te volveré a ver.

Después de que la verdad saliera a la luz, no querría verme ni en pintura.

¿O tal vez sí? Quizá si confesaba la verdad antes de que todo me explotara en la cara... Quizá lo entendería. Quizá podría seguir con él. Claro que ninguna mujer puede seguir con un ligón durante mucho tiempo, pero al menos un poquito más.

—¿Mañana por la noche? —Imaginaba que para entonces ya me habría librado de Kendra.

Parecía que mi propuesta lo tranquilizaba. Incluso parecía que se emocionaba.

—Puedo reservar en algún sitio para cenar.

Se me hizo un nudo en el estómago. No podía soportar la idea de que cortara conmigo en un restaurante de primera categoría. Aunque, en realidad, no estábamos juntos, así que no podía cortar conmigo. Daba igual. La cuestión era que prefería afrontar la verdad en privado.

—¿Sabes? Me doy por satisfecha con que pasemos la noche aquí otra vez. Soy una chica fácil. —Me serví del doble sentido con la esperanza de que eso lo distrajera de cualquier indicio que revelara la ansiedad que me atenazaba.

—Vaya... Me gusta oírlo. Podrías acostarte desnuda sobre la mesa del comedor mientras te doy de comer *sushi* y yo te como a ti.

—No haría falta ni el *sushi*.

—¿Te he dicho ya que eres perfecta?

—Llevabas una hora sin decírmelo. —Le di un beso e introduje la lengua entre sus labios, cuando en realidad no tenía derecho a calentarlo de aquella forma. Y a mí tampoco. Pero besarlo era como una droga y una vez empezaba...

El móvil volvió a vibrar.

Joder.

—Tengo que irme. Lo siento.

Marcharme era muy duro y, de pronto, comprendí por qué la Cenicienta se había quedado tanto tiempo en el baile antes de irse a toda prisa. Me sentía identificada con ella: una plebeya disfrazada que se hacía pasar por otra persona en un mundo que no era el suyo. Cenicienta había huido a toda velocidad. Había sido la única forma de que los pies la obedecieran cuando en realidad solo ansiaba quedarse.

Su príncipe la había encontrado. El mío también lo había hecho, a la primera, y sin necesitar ningún zapato.

Al final, a su príncipe no le había importado quién era Cenicienta en realidad.

¿Le importaría al mío?

Capítulo 20

—¡Gracias a Dios! —exclamó Kendra cuando la llamé mientras me dirigía al ascensor—. ¡Te juro que estaba a punto de darme un ataque!

Qué detalle, preocuparse por la amiga que no había ido a dormir a casa. Pero estaba segura al cien por cien de que solo se había angustiado porque mi ausencia le había causado muchas molestias.

—Lo siento. Me he quedado durmiendo hasta tarde y ayer por la noche me olvidé de cargar el móvil. Ahora solo tengo un diez por ciento de batería, así que si dejo de responder es por eso.

—Ya te digo que si has dormido... Es casi mediodía.

Lo último que necesitaba en ese momento era que Kendra me juzgara.

—Entonces, ¿cojo el tren de las cinco?

—Sí. ¿Has recibido el billete?

Me aparté el móvil de la oreja para comprobar el correo electrónico.

—Sí.

—¿Y tienes la dirección de la casa de mis padres?

Pues claro que tenía la puñetera dirección. ¡Era su asistenta, joder! Tenía todos los datos importantes. Eso sin contar que conocía a sus padres. Les mandaba una postal cada año por Navidad. Y había estado en esa casa varias veces.

—Ajá. —Me mordí la lengua para no contestarle lo que en realidad quería—. Me llevo una bolsa de viaje y el bolso que me has pedido. ¿Algo más?

—No. Pero asegúrate de que es el bolso que te he dicho. El de la foto que te he enviado.

—Sí.

—¿Puedes mandarme una foto para que me asegure de que has cogido el bolso correcto?

Por el amor de Dios. ¿No confiaba en mí para nada?

No iba a parar hasta que no viera el bolso, me lo había enseñado la experiencia. Y yo no iba a admitir que no me encontraba en su casa en ese momento. Por suerte, en cuanto entré en el ascensor, la llamada se cortó.

Perfecto. Fingiría que se me había acabado la batería y le mandaría la foto cuando llegara a su casa.

Sin embargo, llamé a Tey en cuanto puse un pie fuera del ascensor.

—¡SOS! —exclamé en vez de saludarle.

—Kendra me ha mandado un mensaje, así que supongo que la cosa está jodida. ¿Qué pasa?

Salí a la calle y paré un taxi mientras la ponía al día, agradecida de que las nubes que copaban el cielo no hubieran decidido descargar todavía, porque era imposible conseguir un taxi cuando llovía y no llevaba la ropa adecuada.

A salvo en el coche de camino al apartamento de Kendra, debería haberme tranquilizado, pero cada vez me sentía peor por todo.

—Se va a ir todo al garete, Tey. Se va a desmoronar. Y Kendra me descubrirá, Scott no podrá ni verme, no elegirán la FLD para patrocinarla, Sarah no me contratará y Scott segurísimo que no podrá ni verme.

—Eso lo has dicho dos veces.

—Es lo suficientemente importante como para decirlo dos veces. ¿No me estabas escuchando cuando te he contado que lo de esta noche ha sido increíble, joder? Y le gusto. Me ha dicho que «le gusto mucho». No lo ha dicho en serio, ¿verdad? En realidad, no lo sentía, ¿a que no? Estaba jugando conmigo, ¿verdad?

Efectivamente, empezaba a perder la calma.

—Tranquilízate, chica, respira. —Mi mejor amiga era la mejor para hacerme recobrar la compostura. Aunque normalmente era yo la que ayudaba a Teyana cuando le entraban ataques de pánico debido a la enfermedad, a ella también le había tocado tranquilizarme en muchas ocasiones, y me daba vergüenza, porque mi ansiedad siempre solía estar relacionada con un puñetero tío bueno.

—Vale. Estoy respirando —contesté entre inhalaciones y exhalaciones.

—Bien, ahora escúchame. Sí, es posible que estuviera jugando contigo, pero vi cómo te miraba la noche que fuimos a la ópera y me dio la sensación de que es de los que no te dirá nada que no sienta de verdad. Pero ahora no es momento de pensar en eso. Ahora tienes que centrarte en Kendra, y sé que a veces puede ser una cabrona, pero, en el fondo, tiene buen corazón y buenas intenciones, y me apostaría lo que fuera a que lo entenderá si eres sincera y se lo explicas todo. Hoy céntrate en eso. Y mañana ya pensarás en el chico.

Claro, claro. Ese era el plan que tenía que seguir.

—¿Acabas de decir algo bonito sobre Kendra?

—Sí, pero no se lo digas a nadie. Y te lo digo en serio, no es estúpida. Y querrá hacer las cosas bien por la FLD, lo que significa que terminará lo que tú hayas empezado. Además, le importas. ¿Se va a sentir muy dolida? Sí, pero no te va a poner de patitas en la calle.

Tenía el presentimiento de que Teyana llevaba razón. Se había pasado tantas horas criticando a Kendra (ambas lo habíamos hecho) que me había convencido de que era peor de lo que en realidad era.

—Sí que le importamos, ¿verdad? ¿Por qué rajamos tanto de ella?

—Porque nos da envidia, vive rodeada de privilegios y a veces nos hace daño sin querer. Y porque es lo que hacemos todas las mujeres.

Eso me hizo sentir mal. Sobre todo, me sentía culpable por haber actuado a sus espaldas, por no haber pensado en que eso le dolería. Seguro que el mero hecho de planteármelo implicaba que me afectaría como me afectaba en ese momento: me sentía como una mierda.

—Recuerda que, ante todo, querías contribuir y ayudar a la FLD —prosiguió Tey; parecía que, a través del teléfono, fuera capaz de percibir cuánto me odiaba a mí misma y quisiera

consolarme.

De hecho, había puesto el mismo empeño en contribuir a mi propio placer. Pero seguir por ahí solo servía para hacerme sentir peor, así que dejé de lado esa parte de la verdad.

—Por eso tengo que conseguir que se cierre el trato. Por la FLD. —Por Tey.

—Y lo lograrás. ¿Quieres que vaya contigo a Greenwich? ¿Como apoyo moral?

«¡Sí!».

—No, no te voy a hacer eso.

—Pero ya vas con retraso. Puedo prepararte la bolsa de viaje, nos encontramos en casa de Kendra y te ayudo a limpiar.

—Ni en broma vas a limpiarle la casa.

—Pues nos vemos en la Estación Central.

—Si hicieras semejante esfuerzo, tendrías que pasarte todo el fin de semana postrada en la cama.

—¡Pero lo haría por ti!

—Lo sé, pero no voy a permitirlo. —Y menos cuando yo no iba a estar presente para cuidar de ella.

Tey soltó un suspiro de frustración.

—Entonces te prepararé la bolsa para que solo tengas que entrar y salir.

Eso sí que podía aceptarlo.

—Gracias por ayudarme siempre que lo necesito, Tey.

—Solo te devuelvo lo que tú me das.

—Te quiero, nos vemos pronto.

En cuanto llegué a casa de Kendra, empecé a correr. Colgué el vestido que llevaba en el armario con la esperanza de que no olierá a usado (tampoco lo había llevado puesto mucho rato) y me vestí con unas mallas cómodas y una camiseta que eran mías y que debería haber lavado hacía tiempo. Después puse a cargar el móvil, recogí todos los platos sucios que tenía desperdigados por la casa y los metí en el lavavajillas sin enjuagarlos antes. Lo más probable era que con eso no bastara, pero algo es algo. El resto del apartamento no estaba tan sucio como creía porque la mujer de la limpieza había pasado por allí el día anterior. Al vestidor tuve que dedicarle más tiempo, me esforcé por dejarlo todo lo más parecido posible a como lo había dejado Kendra. Al final, tras haber invertido demasiado tiempo, desistí y decidí que le diría que había tenido que rebuscar para encontrar el bolso que quería, puesto que era verdad.

Después fui a la tintorería para recoger la ropa y volví al apartamento para dejarla. También recogí toda mi ropa sucia, el móvil y el puñetero bolso rojo y despilfarré el dinero en un taxi que me llevara a Jersey City, puesto que, si usaba el transporte público, tendría que ir en metro y luego coger un autobús y, aunque lloviera, si iba en coche me ahorraría media hora.

Tal y como habíamos quedado, Tey me esperaba en la puerta, me dio la bolsa de viaje que había preparado y una batería externa y yo le entregué mi ropa sucia.

—¿Tienes tiempo de ducharte? —me preguntó.

En realidad no; pero olía a sexo y a Scott, dos fragancias que, en otras circunstancias, no me habría importado conservar, pero no podía presentarme de esa manera en casa de los Montgomery, en absoluto.

—Tardaré dos segundos.

Veinte minutos después, con el pelo mojado y un sándwich que Tey me había preparado mientras yo me daba una ducha, me metí en otro taxi en dirección a la Estación Central de Nueva York.

Me subí al tren justo cuando sonaba el aviso por megafonía de que la salida era inminente.

El viaje hasta Connecticut duraba una hora. No era mucho, pero sí lo suficiente para serenarme y decidir qué le diría a Kendra. Tonta de mí, no hice ni lo uno ni lo otro y terminé pasándome la mayor parte del trayecto buscando a Scott Sebastian en Google. Era algo que debería haber hecho mucho antes, porque los resultados de la búsqueda me recordaron claramente qué tipo de hombre era. En todas las imágenes, Scott aparecía siempre impecable, sofisticado y guapo a rabiar, pero la chica despampanante que lo agarraba del brazo era diferente cada vez. En algunas fotografías aparecían posando en actos formales, otras eran espontáneas. Y, entonces, encontré una que había hecho un *paparazzi* en la que salían él y una mujer en el sofá-cama de la terraza. No era un primer plano, pero se apreciaba que ella tenía la cabeza en su regazo y era evidente lo que le hacía.

Las analicé todas mientras esperaba notar la puñalada de celos que sentía cada vez que veía a un hombre que me gustaba con mujeres más guapas que yo. Pero no ocurrió. Me encontraba en el séptimo cielo porque me había despertado en su cama y eso no me haría venirme abajo. Estaba extasiada porque lo había visto la noche anterior, esa misma mañana y volvería a verlo otra vez al día siguiente, mientras que ninguna de las mujeres que salían en las fotos habían vuelto a aparecer en una segunda instantánea con él.

Eso no significaba nada, ya lo sabía. Las fotografías solo reflejaban un fragmento de la vida real. Al fin y al cabo, a mí no me habían fotografiado con él, que yo supiera. Con todo, era una sensación, una corazonada, que me llevaba a sentirme especial y, aunque lo más probable era que mi presentimiento no tuviera ningún fundamento y fuera fruto de mi imaginación, aun así mi corazón optó por creer que podía haber algo auténtico entre nosotros.

¿Era un disparate?

De repente me topé con una imagen que sí me afectó: en ella aparecían Scott y Kendra. Era una foto de grupo y ni siquiera estaba segura de que aparecieran como pareja, pero Kendra salía a su lado y, aunque la sonrisa de Scott no se le reflejaba en los ojos, la de ella parecía sincera. No era más que una fotografía tomada en un evento benéfico multitudinario financiado por los Montgomery. Había muchos motivos por los que Kendra podía estar contenta en esa foto y que no tuvieran nada que ver con Scott Sebastian.

Sin embargo, un dolor incómodo me atravesó las costillas solo de pensar que su felicidad podía deberse a Scott Sebastian. ¿Por qué Kendra siempre se había negado a proponer un acuerdo a los Sebastian? ¿Sería porque suspiraba por uno de los hijos de Henry? En ese caso, ¿le gustaba tanto como para echar por tierra un posible acuerdo de patrocinio si descubría que me había acostado con él?

No tenía sentido hacer elucubraciones. Además, yo poseía una imaginación poderosa a la que estaba dando rienda suelta, y quizá estaba yendo demasiado lejos solo por una sonrisa.

Cuando llegué a la estación de Greenwich estaba lloviendo, de modo que tuve que pedir un Uber y esperar. Y cuando llegué a casa de los padres de Kendra, una propiedad de trece mil metros cuadrados de un barrio residencial, ya eran casi las siete de la tarde.

Se me tiró encima en cuanto el mayordomo me hizo pasar (sí, los Montgomery tenían un mayordomo de carne y hueso).

—¡Ya estás aquí, has llegado, por fin! —Me estrechó con fuerza. Por lo visto, no le importaba que estuviera mojada por la lluvia y que ella fuera de punta en blanco, aunque, la verdad, no me parecía que el vestido que llevaba pegara con el bolso rojo, pero yo no estaba tan puesta en el mundo de la moda como ella—. Gracias por venir. Me has salvado el culo. Como siempre. ¿Qué haría sin ti?

No tuve tiempo de responder porque continuó:

—¿Me has traído el bolso?

—Sí, sí. —Me recoliqué la bolsa de viaje en un hombro para buscarlo. Lo había metido ahí para que no le pasara nada, puesto que, al parecer, era tan importante—. Toma, aquí lo tienes.

—¡Ay! ¡Gracias! —Abrió el bolso y rebuscó en el bolsillo interior, de donde sacó un anillo que se colocó en un dedo.

Vaya. Así que el bolso no importaba en absoluto, sino las joyas. Frívola como ella sola. No me extrañaba en absoluto.

Antes de que pudiera darle más vueltas, Kendra me miró de arriba abajo y soltó un ruidito de fastidio.

—¿Vas a llevar eso?

Eché un vistazo al vestido ancho y no demasiado informal que me había puesto al salir de la ducha.

—Eh... ¿Sí? ¿Se suponía que tenía que venir vestida de alguna forma en concreto?

Suspiró. Para sí misma, no para mí.

—Debería haberte dicho que lo de hoy era formal, pero puedes coger lo que quieras de mi armario de arriba.

No me había dicho que había un evento en el que yo fuera a participar ese día. Me había dado la impresión de que solo le traía un bolso para los planes que ella tuviera con su familia, y que yo me encerraría en uno de los muchos cuartos de invitados que había y pasaría la noche sola, tapada con una manta mientras veía algo en Netflix.

Sobre todo porque me había traído el vibrador de bolsillo y no podía dejar de pensar en Scott.

Al observar a mi alrededor por primera vez, me di cuenta de que los supuestos planes familiares eran algo más que eso. En la enorme sala que quedaba a sus espaldas había preparada una enorme mesa de banquete. En torno a la mesa, el personal encargado del *catering* iba de aquí para allá ultimando los preparativos. Leila Montgomery, la madre de Kendra, llevaba un vestido de fiesta y, como buena anfitriona, daba órdenes a alguien que llevaba un gorro de chef. Y al echar un vistazo a la rotonda de la entrada a través del ventanal que había junto a la puerta me di cuenta de que un grupo de personas vestidas con ropa elegante se bajaban de un coche y detrás de ellos llegaban más vehículos.

—¿En serio? ¿Dais una fiesta? —Ya había estado en alguna fiesta de los Montgomery. Eran eventos agotadores que solían poner muy nerviosa a Kendra, y no porque sus padres fueran unos aristócratas elitistas, sino porque los invitados sí que lo eran. Gran parte de esos invitados también eran clientes potenciales de Kendra. No me extrañaba que hubiera estado preocupada por estar perfecta.

—No es una fiesta —me aseguró—. Es un encuentro improvisado. Mis padres lo han organizado esta mañana cuando se han enterado de que venía.

Parecía que el mundo entero se postrara a los pies de Kendra si ella chasqueaba los dedos, y yo no era una excepción. ¿Había que recriminárselo a ella o la culpa la teníamos quienes la rodeábamos?

Lo que estaba claro es que, en esta ocasión, yo me lavaba las manos:

—No voy a entrometerme en vuestra fiesta. Estoy muy cansada y quiero irme a la cama. Además, nadie notará mi ausencia si paso la noche en la habitación de invitados.

—Pero ¿qué dices? El *catering* que ha encargado mamá es espectacular.

—Pillaré algo de la cocina.

—Terese Turani, deja de comportarte como una antisocial. —Y me lo decía una mujer que había desaparecido para estar sola consigo misma durante las dos últimas semanas y media—. Ven y quédate conmigo. ¡Te he echado de menos!

Me dedicó la misma sonrisa sincera que le había visto en la fotografía en la que salía con Scott. Era una sonrisa que conocía bien, como todas las sonrisas que Kendra ofrecía, porque hacía muchos años que nos conocíamos. Era una sonrisa que me indicaba que lo decía en serio, que me había echado de menos de verdad y que quería que estuviera con ella. Me recordó por qué la quería, a pesar de todo el resentimiento que había acumulado. Porque era una mujer llena de vida con una energía contagiosa y, aunque a veces me agotaba, también me llenaba.

—Vale, de acuerdo. —El timbre de la puerta sonó a mis espaldas—. Será mejor que suba y me arregle un poco.

Esperó a que desapareciera por las escaleras antes de abrir la puerta, lo cual agradecí, porque, aunque iba bien vestida para pasar una noche tranquila con los Montgomery, no ofrecía el aspecto adecuado para que me vieran sus invitados.

Tras dejar la bolsa de viaje en la habitación que siempre se me asignaba cuando iba, me dirigí al dormitorio de Kendra y elegí un vestido sencillo de tubo negro: era lo suficientemente elegante como para encajar y, a la vez, lo bastante discreto como para no hacerme destacar. La gracia estaba en que, por enésima vez, volvía a llevar su ropa. No tendría ni que haberme molestado en traerme una bolsa con mi propia ropa.

Sin embargo, me alegraba de haber podido ducharme. No tenía el pelo en condiciones para llevarlo suelto, pero estaba limpio y podía hacerme un moño fácilmente. Kendra y yo no teníamos el mismo tono de piel, así que no podía usar gran parte de su maquillaje, pero de todas formas rebusqué por los cajones y encontré un colorete que me sentaba bien, me puse un poco de rímel y un toque de un pintalabios que me había traído.

Casi media hora después, volví a bajar y descubrí que la fiesta (ni de lejos aquello era un simple «encuentro») ya había empezado. Había que reconocer que no era tan concurrida como los eventos que solían organizar los Montgomery, a los que invitaban a doscientas personas, pero esas fiestas siempre se celebraban en el patio, así que las cincuenta personas, más o menos, que calculé que había parecían una gran multitud al estar en el interior de la casa.

La buena noticia era que había tanta gente que podría escabullirme pronto, después de haber hecho acto de presencia. Pero primero tenía que encontrar a Kendra.

Me detuve en el último escalón y contemplé el mar de rostros en busca del suyo mientras trataba de recordar cómo iba vestida.

Pero alguien me encontró antes de que diera con ella.

—¡Tess, has podido venir! Me alegro de verte. Sé que a Kendra le hacía mucha ilusión que

pudieras acompañarla esta noche. —Leila me estrechó en sus brazos y me recordó lo bien que se le daban los abrazos—. ¿Te gusta tu dormitorio?

Solía olvidarlo cuando hacía mucho que no iba a visitarlos. Resultaba muy fácil meter a Leila en el mismo saco que el resto de adinerados con los que tratábamos en Conscience Connect y, a menudo, yo misma la percibía como una mujer de la alta sociedad que no tenía contacto con la vida real, cuando en realidad era una mujer muy generosa y cercana. Como tenía mucho dinero, me empeñaba en creer que era egoísta y materialista, pero nada más lejos de la realidad. Por el amor de Dios, si incluso había dedicado toda su vida a la caridad. Había criado a una hija que había fundado una empresa que se dedicaba a ayudar a organizaciones benéficas para que obtuvieran financiación. Llevaba dedicación y entrega en la sangre y daba unos abrazos maravillosos.

—El dormitorio está perfecto, gracias.

—Menos mal, qué alivio. No lo hemos usado desde la última vez que viniste, prácticamente, y esta noche se quedan más invitados, así que no tenía adónde trasladarte si hubieras tenido alguna objeción. ¿Sabes dónde está la ropa de cama por si necesitas más?

—Sí, me acuerdo.

—Pues claro. —Me miró de arriba abajo, y no como si quisiera comprobar si iba bien vestida, sino como si realmente estuviera interesada en observarme—. Estás fantástica, por cierto. ¿Te has hecho algo distinto en el pelo?

Lo único distinto que había hecho desde la última vez que la había visto había sido traicionar a su hija y follarme a Scott Sebastian. Y si estaba fantástica era porque llevaba un vestido de su hija.

—Creo que he ganado unos dos kilitos...

—Pues te sientan de maravilla. No te olvides de pasar por la barra de postres y ganar un par más.

—Lo haré. —Y era verdad. Leila siempre contrataba a las mejores empresas de *catering* y, después de socializar tanto, necesitaría algo ostentoso y bien cargado de chocolate—. ¿Sabes dónde puede estar...?

Antes de terminar la pregunta, Kendra apareció a mi lado y me cogió de la mano como si fuéramos dos adolescentes en vez de dos mujeres que rozaban la treintena.

—¡Qué buena elección! —exclamó mientras señalaba el vestido—. Debería haberte dicho que cogieras alguna joya también, te quedaría perfecto con una gargantilla que tengo, con un diamante colgando.

Sin tomar aire siquiera, devolvió el saludo a alguien que estaba al otro lado de la sala.

—Tenemos que ponernos al día, Kay. Más tarde. Primero come algo.

Y volvió a centrarse en mí.

—Menos mal que has venido. Me he vuelto tan antisocial que no recuerdo cómo se hace. ¿Me refrescas la mente, porfi? —De nuevo, alguien llamó su atención—. ¡Janet! ¡Pero mira qué barriga de embarazada tienes! ¿Cuánto te falta, tres meses?

—Trece semanas —repuso Janet, como si esa semana de más fuera trascendental—. Demasiado.

—Se te pasarán en un santiamén. —A mí me parecía que Kendra se acordaba perfectamente de socializar.

Sin embargo, también sabía que hacerlo la dejaba exhausta.

—Simplemente límitate a hacer lo que estás haciendo. Y luego, cuando todo termine, te llevas una taza de chocolate caliente arriba y te das un buen baño mientras ves *Outlander*.

Cerró los ojos y soltó un ruidito de placer, como si ya se lo imaginara.

—Ay, me encanta *Outlander*. Y el chocolate caliente. Y darme un buen baño.

—Lo sé.

Sus ojos se perdieron entre el gentío.

—¡Bruce y Cathy! ¡Me alegro de veros!

—Y nosotros a ti. Felicidades —le dijo uno de los dos. Bruce, supuse, porque era una voz masculina.

—¡Gracias! —Entrelazó su brazo con el mío—. Acompáñame a dar la vuelta de rigor, por favor —me pidió mientras me llevaba a rastras hacia el gentío.

—Claro. —De repente, sin embargo, había algo que me inquietaba—. ¿Hay algo... que celebrar?

Saludó a alguien con un «hola» que solo articuló con los labios y a otra persona al otro lado del salón con un gesto de la mano que me hizo reparar, por fin, en el anillo que había sacado del bolso rojo. Lo analicé bien y me di cuenta de que se lo había puesto en el dedo anular.

—Kendra, ese anillo parece una alianza de compromiso.

—Ah, sí —suspiró, como si la historia que iba a contarme fuera un rollo—. Debería habértelo contado, pero es que no sabía... ¡Ajá! Aquí estás. Os presento.

Estaba bastante segura de que las últimas frases que Kendra había dicho no iban dirigidas a mí, sino a un hombre con esmoquin, porque se había separado de mí para hablar con él.

—Ha venido mi asistente. Me gustaría que la conocieras.

El hombre se encontraba de espaldas a mí y yo tenía los ojos clavados en la alianza que Kendra llevaba en un dedo de la mano, que había colocado con actitud posesiva sobre su hombro. Menudo anillo. ¿Sería de tres quilates? ¿Cuatro?

Entonces, me fijé bien en la espalda del hombre. La mayor parte de los hombres tenían el mismo aspecto cuando se ponían un esmoquin y este no era una excepción, pero esa complexión me resultaba familiar. Y la longitud del pelo y cómo lo llevaba peinado. ¿No era un chupetón eso que asomaba tras el cuello de la americana?

Conocía muy bien ese chupetón. Se lo había hecho yo.

El pánico, el horror y la conmoción más absoluta se apoderaron de mí. Quería huir de allí a toda prisa. Tenía que salir corriendo, pero los pies se me habían quedado clavados en el suelo y, entonces, él empezó a girar sobre los talones.

Dicho sea en su favor, mantuvo una expresión impasible mientras Kendra me lo presentaba:

—Tess —anunció, llena de alegría—, te presento a Scott Sebastian, mi prometido.

Continuará...

La historia de Scott y Tess finaliza en *Un hombre para siempre*

Scott Sebastian es un mentiroso.

Muy apropiado, puesto que yo también lo soy.

Pero no hay lugar para mí en su mundo maravilloso de medias verdades.

Ahora que nuestros secretos han salido a la luz, debería dejar de esforzarme. Debería haber huido de allí tras descubrirlo. No puedo seguir deseando a un hombre enamorado si no soy yo la mujer a la que desea.

Pero no es tan fácil escapar de los Sebastian.

Y ya se sabe que son los dueños de media ciudad.

Ahora descubriré si también mandan sobre su propio hijo.

Hola:

Por último, quería invitarte a que te unas a mi grupo de lectura, *The Sky Launch*.

También puedes seguirme en Bookhub y en Instagram.

Da me gusta a mi página de escritora.

Apúntate a mi *newsletter* para recibir un libro gratis de autores éxito de ventas cada mes, solo disponible para mis suscriptores, así como información actualizada de mis últimas publicaciones.

Visita www.laurelinpaige.com y descubre más sobre mí y sobre todas mis obras.

Sobre la autora



Laurelin Paige es una autora de novela romántica y erótica que ha vendido millones de ejemplares y ha estado en las listas de más vendidos del *New York Times*, el *Wall Street Journal* y el *USA Today*. Las buenas historias románticas son su debilidad y se emociona con cualquier escena que incluya besos, para eterna vergüenza de sus tres hijas. Sin embargo, parece que su marido no tiene ninguna queja al respecto. Cuando no está leyendo o escribiendo, lo más probable es que esté cantando, viendo series como *Killing Eve*, *Letterkenny* o *A Discovery of Witches*, o soñando con Michael Fassbender. También se enorgullece de ser miembro de la organización para personas de altas capacidades Mensa International, aunque no hace nada con la organización salvo usarla como información para incluirla en su biografía.

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que hayas disfrutado de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.




KATY EVANS

PECADO

PECAR LA CAMBIÓ
PARA SIEMPRE

SERIE PECADO 3

CHIC 

Pecado (Vol.3)

Evans, Katy

9788417972059

128 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Desde el momento en que lo vi, supe que nunca me cansaría de pecar

Tras superar nuestros problemas, Malcolm Saint y yo estamos viviendo nuestro cuento de hadas.

El hombre más codiciado y mujeriego de Chicago quiere dejar atrás su pasado y pasar el resto de su vida a mi lado.

Parece que Saint está preparado para sentar la cabeza, pero ¿será una sola mujer suficiente para él?

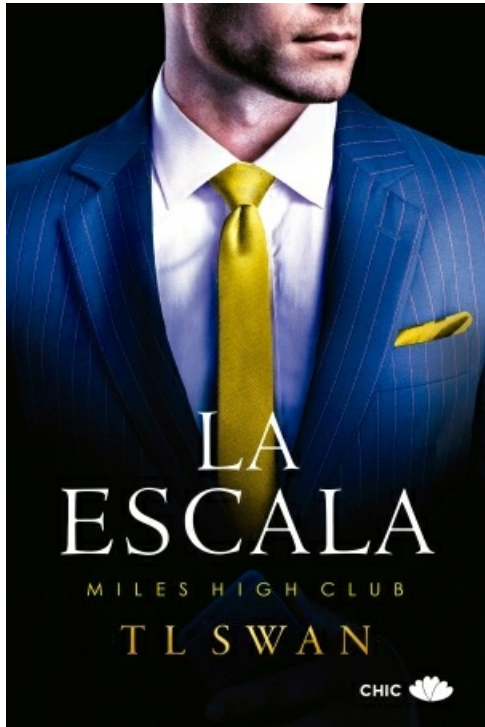
"Una novela corta dulce y sexy que hará las delicias de los lectores de Katy Evans."

SmexyBooks

"Los fans de la serie Pecado disfrutarán con el "Y vivieron felices y comieron perdices" de Rachel y Saint".

Harlequin Junkie


[Cómpralo y empieza a leer](#)



LA
ESCALA

MILES HIGH CLUB

T L SWAN

CHIC 

La escala

Swan, T L

9788417972394

448 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Bienvenida a bordo del mejor viaje de tu vida, Emily. Agárrate, vienen turbulencias.

El champán y el servicio fueron impecables. Y el hombre de ojos azules sentado a mi lado fue incluso mejor. Íbamos a Nueva York e hicimos escala en Boston. Disfrutamos de una noche de pasión y nos despedimos para siempre. De eso hace un año. Así que imaginad mi cara al verlo en la oficina en mi primer día de trabajo. Pero, por mucho que lo desee, estoy decidida a no dejarme tentar por los malditos ojos azules de mi jefe.

Descubre el mundo *Miles High Club*, de la autora *best seller* del *Wall Street Journal*.

"Una obra maravillosamente escrita que me ha atrapado por completo. ¡Una lectura obligatoria!"
TDC Book Reviews

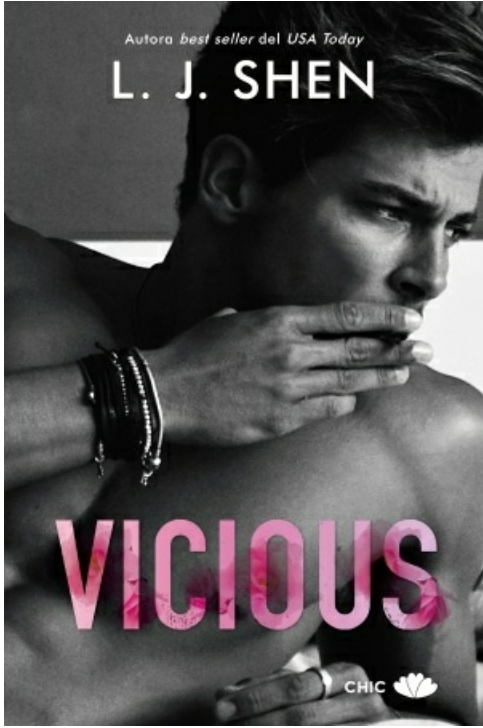
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Autora best seller del USA Today

L. J. SHEN

VICIOUS

CHIC 



Vicious

Shen, L. J.

9788417972240

384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Era el hombre de mis sueños, pero también mi peor pesadilla...

Dicen que el amor y el odio son el mismo sentimiento experimentado de formas distintas, y tienen razón.

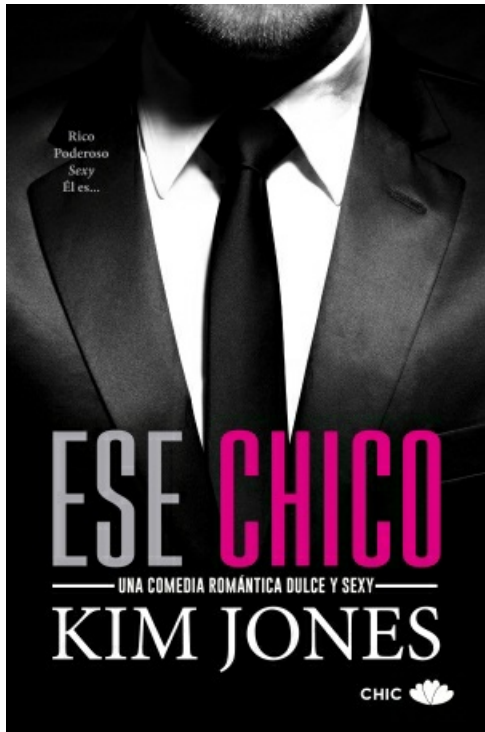
Vicious es frío, cruel y peligroso, pero no puedo evitar sentirme atraída por él.

Hace diez años, me arruinó la vida. Ahora ha vuelto a por mí porque soy la única que conoce su secreto y no parará hasta hacerme suya.

"No sé por dónde empezar. Este es, quizá, el primer libro que me ha dejado sin palabras. No puedo describir lo mucho que me ha gustado Vicious."

Togan Book Lover

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Ese chico

Jones, Kim

9788417972332

320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Atractivo, rico, poderoso, enigmático y muy sexy... Jake Swagger es ese chico.

Penelope es una autora en busca de inspiración y, cuando conoce a Jake, un empresario al más puro estilo Christian Grey, idea un plan muy simple: hacer que se enamore de ella, descubrir los secretos que Jake oculta tras esa fachada de tipo duro y escribir una novela con él como protagonista que la lance a la fama.

Pero Penelope está jugando a un juego muy peligroso...

Llega Kim Jones, la nueva reina de la comedia romántica y erótica.

"Extremadamente divertido. Encantadoramente sexy. Realmente fresco. ¡No podía dejar de leer!"

Colleen Hoover, autora best seller

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Un hombre para un destino

Keeland, Vi

9788417972264

320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

"Todo empezó con un vestido..."

Cuando entré en aquella tienda de segunda mano, allí estaba: el vestido perfecto, con plumas y... una misteriosa nota de un tal Reed Eastwood.

Parecía el hombre más romántico del mundo, pero nada más lejos de la realidad.

Es arrogante y cínico, y ahora, además, es mi jefe.

Necesito descubrir la verdad tras esa preciosa nota y nada me detendrá.

Un relato sobre segundas oportunidades *best seller* del *Wall Street Journal*

[Cómpralo y empieza a leer](#)